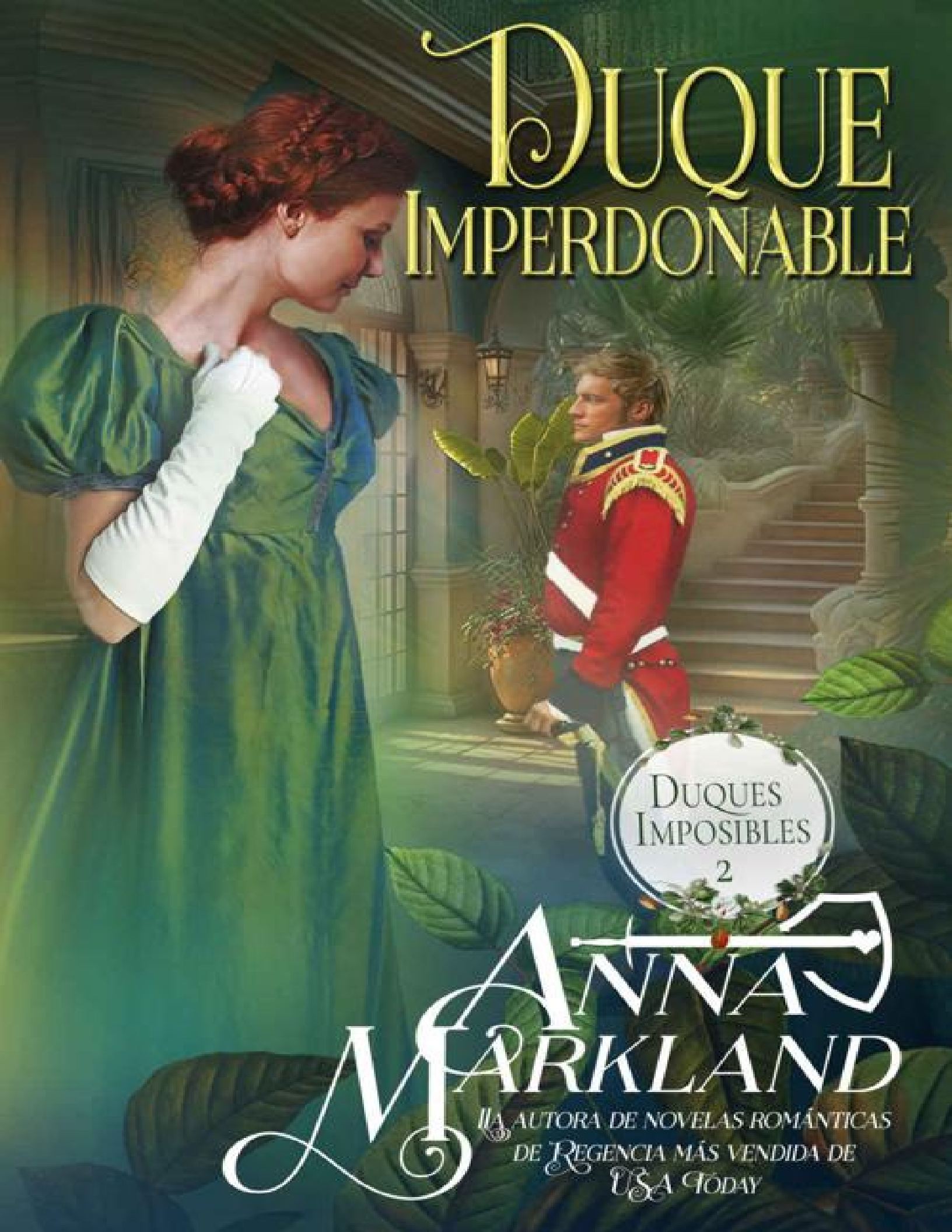




DUQUE IMPERDONABLE

DUQUES
IMPOSIBLES

2

ANNA
MARKLAND

IIA AUTORA DE NOVELAS ROMÁNTICAS
DE REGENCIA MÁS VENDIDA DE
USA TODAY

DUQUE IMPERDONABLE

DUQUE IMPERDONABLE LIBRO 2

ANNA MARKLAND

Contenido

[DUQUE IMPERDONABLE](#)
[UNA NUEVA MISIÓN](#)
[DERECHOS DE LAS MUJERES](#)
[ALMUERZO](#)
[LA LIBRERÍA](#)
[EN DESVENTAJA](#)
[SKINNER STREET](#)
[RUMORES](#)
[CÁSCARAS DE HUEVO](#)
[COMPAÑEROS CON IDEAS AFINES](#)
[CONTROLAR LA NARRATIVA](#)
[DISIDENTES DEL PUERTO](#)
[JURAR EL SECRETO](#)
[BANDERA BLANCA](#)
[MALESTAR](#)
[INFORMACIÓN VITAL](#)
[DISMINUIR LA SOSPECHA](#)
[DESARROLLOS](#)
[REVELACIONES ASOMBROSAS](#)
[PLAN LUNÁTICO](#)
[ALGO HA CAMBIADO](#)
[TORMENTA DE EMOCIONES](#)
[COMPLICACIONES](#)
[SU ALTEZA REAL](#)
[REGRESA A MÍ](#)
[¡ESTÁN AFUERA!](#)
[ENCONTRAR REFUGIO](#)
[FRÍA RECEPCIÓN](#)
[LA DRAGONA](#)
[SUFICIENTE ES SUFICIENTE](#)
[NERVIOS](#)
[UNA BODA ÍNTIMA](#)
[UN NOVIO EN ASCUAS](#)
[NOCHE DE BODAS](#)
[VILLANÍA](#)
[FUEGO Y AZUFRE](#)
[VIVO PERO NO PATEANDO](#)
[SECUELAS](#)
[INSTALÁNDOSE](#)
[CEREMONIA DE INVESTIDURA](#)

[LLÁMAME DOT](#)
[INSACIABLE](#)
[EPÍLOGO](#)
[NOTAS A PIE](#)

UNA NUEVA MISIÓN

Whitehall, Londres, 1819

Philip Fortescue se estremeció cuando Edgar Fotheringay aspiró la pipa que apretaba entre sus dientes amarillentos y dijo arrastrando las palabras:

—Mi querido marqués, siempre ha aceptado que el gobierno de Su Majestad no tuviera conocimiento de sus actividades si lo atrapaban.

El rostro sonrosado se volvió aún más rojo cuando una tos resonante retumbó desde lo más profundo de su pecho mientras nubes de humo azul acre llenaban el aire viciado de la estrecha oficina.

Philip se había preguntado a menudo cómo el maltrecho funcionario de Whitehall a quien reportaba había obtenido una posición de importancia en el tan arriesgado mundo del espionaje. Parpadeó para evitar el escozor del humo, seguro de que la única explicación era que el tipo tenía conexiones en la corte del Regente.

—No me atraparon, señor —respondió, esforzándose por no perder los estribos—. Todo lo contrario. Circulan rumores maliciosos de que espí para los franceses, no para los británicos. Fueron instigados por Derrick Peploe. Hace mucho que se fue, pero ya sabe cómo estas cosas cobran vida propia.

—Ah, sí. Peploe. Todavía en Francia, hasta donde sabemos. Pero lo atraparemos tan pronto como ponga un pie en Inglaterra. Tendrá que responder a los cargos de intento de asesinato e incendio provocado.

Philip cambió su peso en la incómoda silla de madera, sin sentirse tranquilo en absoluto.

Mientras tamborileaba con sus dedos regordetes sobre el escritorio, Fotheringay adoptó una expresión de paciencia infinita, como si Philip fuera el tonto.

—Toda eso es una tontería, por supuesto. Sin embargo, no nos involucraremos en refutar los rumores ya que no podemos reconocer que sus invaluable contribuciones clandestinas ayudaron a poner fin a las ambiciones del corso.

A Philip lo invadió un temor irracional de que su superior le diera unas palmaditas en la cabeza como a un cachorro obediente. —Entonces, he arriesgado el cuello para traerle información vital y ahora me arrojará a los perros.

—En cierto modo, sí.

La sonrisita tensa de Fotheringay era exasperante.

—¿Y eso qué significa, señor?

—Si todavía quiere ayudar a socavar sólidas amenazas a su rey y a su país, tengo una nueva misión para usted.

A pesar de su disgusto porque no se podía hacer nada con respecto a los rumores, Philip estaba intrigado.

—Napoleón está a salvo en Santa Elena. ¿A qué amenaza se enfrenta Inglaterra ahora?

—¿Necesito acaso mencionar Spa Fields, Pentrich y, más recientemente, la llamada Masacre de Peterloo?

—Terribles disturbios con resultados desafortunados, pero no logro ver...

—Los republicanos estaban detrás de cada uno de ellos —exclamó Fotheringay.

Philip se enfureció cuando su superior dejó la pipa, sacó una caja de rapé e inhaló ruidosamente una pizca. Detestaba aquello que su pomposo padre esnifaba habitualmente.

—Tenía entendido que los alborotadores eran en su mayoría trabajadores textiles que

protestaban por la falta de trabajo.

Las tres papadas de Fotheringay se metamorfosearon en una mientras miraba hacia el techo con paneles.

—Ustedes, los aristócratas, lamentablemente están fuera de lo que sucede —suspiró—. Los antimonárquicos están provocando pequeños disturbios sociales para encubrir sus actividades.

Philip se ofuscó ante su insulto a la nobleza, aunque la acusación a menudo era tristemente cierta. La sede ducal de su padre estaba en Lincolnshire, pero Philip prefería vivir en el condado vecino de Yorkshire. Su padre era un ejemplo de la arrogancia de la clase privilegiada y hacía años que no estaban de acuerdo. Hull era donde Philip practicaba la medicina. Según los rumores que había oído, los disturbios en las zonas más industrializadas del país definitivamente no eran *menores*.

—¿Puede darme mas detalles?

—Para eso lo necesitamos, amigo. Estaría en una posición ideal en el norte.

—¿Está sugiriendo que me infiltre en un grupo antimonárquico? Sospecho que son en su mayoría de clase trabajadora. Sobresaldría como un perro verde.

—Usted logró convencer a los gabachos de que era uno de ellos. Le sorprenderá saber que muchos de los líderes son hombres acomodados. La primera persona con la que le sugiero que se haga amigo es William Middleditch.

—¿Ese dramaturgo de tercera categoría?

—Y un destacado defensor de la anarquía. Huyó a Yorkshire y abrió una librería y una editorial cuando las autoridades de Londres comenzaron a acosarlo. Su primera esposa fue la fallecida Mary Wallwork, ampliamente reconocida como una mujer de moral relajada. Sus escritos radicales sobre los derechos de las mujeres despertaron un avispero. ¡Como si las mujeres alguna vez pudieran ser iguales a los hombres! ¿Qué sigue, me pregunto? ¿Derechos de los perros?

Philip consideró bueno que la esposa de su mejor amigo, Eliza, duquesa de Harrowby, no estuviera presente. O su hermana Jenny Saxton, sin ir más lejos. Ambas mujeres trabajaban incansablemente para mejorar la suerte de las mujeres desfavorecidas. Eran ávidas defensoras del acceso a la educación del sexo débil y con frecuencia se quejaban de que los perros tenían más derechos, especialmente las jaurías de canes de caza que mantenía la nobleza. Eliza, nacida plebeya, expresaba con frecuencia la opinión de que la aristocracia estaba fuera de contacto con la realidad. Philip estaba cada vez más de acuerdo con sus sentimientos.

Sin embargo, al pensar en Jenny le vinieron demasiados recuerdos dolorosos. Si su padre no hubiera apretado los hilos del bolsillo ducal y amenazado con arruinar a toda la familia Saxton, la habría tomado por esposa. Jenny había despertado sentimientos y emociones que él nunca había sentido por ninguna mujer, pero ella era una plebeya y el duque de Wentworth se negó rotundamente a permitir que su hijo se casara *por debajo de su categoría*.

—Haz de la moza tu amante —fueron las perlas de sabiduría de su padre.

Las siguientes palabras de Fotheringay lo sacaron de su preocupación por Jenny.

—Middleditch incluso está relacionado de alguna manera con ese frívolo inútil de Lord Byron.

Cuando su superior empezó a golpear el escritorio con su pipa para soltar el tabaco gastado, Philip sintió ganas de marcharse. Sin embargo, la entrevista no había terminado.

—Debe tener en cuenta que Middleditch anteriormente pasó cinco años como ministro congregacional. En otras palabras, fue educado en Hoxton por las lumbreras de la disidencia

inglesa, el ala conflictiva del inconformismo religioso.

Philip conocía sólo vagamente el seminario de Hoxton y la política religiosa no le interesaba, pero guardó aquella información aparentemente inútil.

—Su actual esposa aporta experiencia práctica a su negocio. Trabajó como editora para una popular editorial infantil en Londres. Mis fuentes me dicen que ella es el cerebro detrás del éxito de la librería y la editorial. No la subestimes.

—Es bueno saberlo —respondió Philip.

—Además, se crió en Francia.

Por tanto, Philip supuso que la señora Middleditch hablaba francés. Esto podría resultar una pieza de inteligencia útil.

Cuando finalmente pudo despedirse, llenó sus pulmones. El aire de la capital no era tan limpio y fresco como el de Yorkshire, pero suponía una mejora con respecto a la atmósfera opresiva de la oficina sin ventanas de Fotheringay.

DERECHOS DE LAS MUJERES

Cuando Jenny escuchó la voz de su hermana casada resonando en el vestíbulo de Harrowby Dower House, dejó a un lado su libro y salió apresuradamente del salón.

—¿Has caminado desde la casa principal? —preguntó, extendiendo los brazos hacia el bebé que había sido bautizado Saxton en honor al apellido de soltera de su madre.

—Por supuesto —respondió Eliza—. No está lejos y el aire fresco es estimulante.

Jenny inhaló el aroma de bebé recién nacido que aún emanaba su sobrino.

—Tienes mucha suerte de tener a este dulce niño.

—Ya llegará tu turno —le aseguró Eliza mientras caminaban hacia el salón.

—Té, por favor, Swann —le dijo al mayordomo que la había dejado entrar en la casa.

—Debería haberlo pedido yo —dijo Jenny, contenta por el cambio de tema—. Nunca me acostumbraré a tener sirvientes.

—Sé lo que quieres decir. Supongo que estábamos acostumbradas a valernos por nosotras mismas cuando sólo éramos las chicas Saxton que vivían en una cabaña modesta.

—Especialmente después de que la muerte de papá nos dejara sin fondos —añadió Jenny—. Pero como luego te casaste con un duque vinimos a vivir a Dower House con mamá.

—Tal cual —asintió Eliza con una sonrisa mientras Felicity traía el carrito del té.

—Y gracias a eso, llegó este niño tan bonito, Su Alteza —declaró la doncella con una sonrisa mientras comenzaba a servir con confianza.

—Se está volviendo muy competente en su labor, Felicity —dijo Jenny—. Mudarse aquí con nosotras también ha sido bueno para usted.

—Sí, señorita Saxton, y estoy muy agradecida por la oportunidad de ser una criada de verdad. A Frank le encanta ser su jardinero.

—Debería hablar con su hermano para que me ayude con los jardines de la casa principal —dijo Eliza—. Se está volviendo demasiado trabajo para Egerton.

—Gracias, Su Alteza —respondió Felicity antes de hacer una reverencia y retirarse.

—Veo que mamá la tiene bien entrenada —comentó Eliza.

Jenny puso los ojos en blanco.

—Mamá tiene estándares increíblemente altos, como sabes. Pero Felicity se lo toma todo con cautela.

—Es una muchacha sensata de Yorkshire. ¿Qué has hecho esta mañana?

—He estado leyendo un libro extraordinario —respondió Jenny, levantando a Saxton sobre su hombro cuando comenzó a ponerse inquieto.

—Frotarle la espalda parece ayudar —dijo Eliza mientras se levantaba para recuperar el libro de su hermana de la mesa auxiliar al lado del sofá—. *Los derechos de las mujeres* de Mary Wallwork. ¿Dónde lograste encontrar esto?

—Mildred Thompson lo llevó a *Winifred Oliver House*. Increíble ¿verdad?

—En realidad, no me sorprende —respondió Eliza—. Desde que dio a luz a su hijo, se la ha oído murmurar sobre las injusticias que existen en este mundo.

—Como si ser expulsada de su casa por su padre y abandonada por un amante traicionero no fuera suficiente —exclamó Jenny, poniéndose de pie en un esfuerzo por calmar a Saxton—. Tenía mis dudas cuando la nombraste responsable de las otras madres solteras en *Winifred Oliver House*, pero resultó ser buena en su trabajo.

—He oído hablar de Wallwork y sus escritos —dijo Eliza—Aparentemente, su esposo,

un hombre llamado William Middleditch, escribió un libro sobre ella después de que murió al dar a luz. Reveló algunas cosas muy explícitas, incluido que ella había vivido fuera del matrimonio con un aventurero estadounidense y le dio una hija a ese hombre.

—Lo cual la condenaría inmediatamente a los ojos de la sociedad —comentó Jenny—. A pesar de que tengan el mismo tipo de comportamiento escandaloso. Definitivamente estaba adelantada a su tiempo. Ésa es una de las razones por las que vale la pena leer sus reflexiones sobre los derechos de las mujeres.

Charlaron durante un largo rato, disfrutando del té y galletas, hasta que Saxton empezó a quejarse.

—Tal vez me puedas prestar el libro de Wallwork cuando lo hayas terminado —dijo Eliza—. Creo que Sax tiene hambre. Será mejor que lo alimente antes de regresar a casa.

Jenny entregó al inquieto bebé a su madre y observó cómo Eliza lo ponía en su pecho. Los golosos sonidos de su sobrino amamantando despertaron antojos que pensó que había desterrado para siempre. Eliza era la prueba viviente de que los tiempos estaban cambiando y que los aristócratas podían casarse con plebeyos. Philip Fortescue finalmente heredaría un ducado. Había soñado tontamente con algún día amamantar a los bebés de Philip. Serían rubios y de ojos azules, como su papá. Pero eso era antes de que cediera a la orden de su padre de no tener nada que ver con una plebeya. Quizás nunca lo perdonaría.

* * *

Frobisher le abrió la puerta principal de Harrowby Hall a Eliza cuando ésta regresó de Dower House. No se sorprendió cuando su marido apareció casi de inmediato para tomar a su hijo de sus brazos. Alex había formado un vínculo instantáneo con Saxton. El bebé siempre le sonreía a su padre y el placer de Alex al sostener y jugar con el heredero de su ducado era una fuente de gran alegría. Tenía la sensación de que pocos hombres del rango de Alex jugaban con sus hijos pequeños.

—¿Tuviste una buena visita a tu familia? —Preguntó, levantando a Saxton en el aire.

—Sí —respondió ella, impresionada por la mejora de la fuerza de la parte superior de su cuerpo mientras le entregaba su capa con capucha y sus guantes a Frobisher—. Jenny estaba sola. Mamá todavía estaba en la cama y Amelia ha ido a ayudar a lavar la ropa a *Winifred Oliver House*.

—Este joven apenas puede mantener los ojos abiertos —dijo su marido con una sonrisa.

—Está contento ahora que tiene la barriga llena —respondió ella—. Yo desaconsejaría hacer demasiados malabarismos con él.

Eliza siguió a Alex por dos tramos de escaleras hasta la guardería y notó con gran satisfacción que ahora tenía mucha más confianza en las escaleras.

En la guardería, su marido colocó con cuidado a Saxton en su moisés.

—Ya está dormido —susurró.

La niñera Brown se acomodó en la mecedora al lado de la cuna y sacó su tejido.

Satisfechos de que la competente niñera cuidaría de su hijo, Alex y Eliza bajaron a su estudio.

—¿Y en qué está Jenny estos días? —preguntó mientras se quitaba el abrigo y se arremangaba la camisa.

—Está leyendo un libro de Mary Wallwork, la difunta esposa de un hombre llamado Middleditch. ¡Qué nombre tan extraño! Ah, y aún finge no estar desconsolada por lo de Philip —respondió mientras se embarcaban juntos en su rutina diaria de ejercicios.

—No sé qué decir de mi amigo —dijo, levantando los brazos con gracia, como ella le

había enseñado—. Creo que se ha ido a Londres para hacer algo con respecto a los falsos rumores sobre actividades de traición.

—Lamento decir que parece que el romance entre mi hermana y él ha terminado.

—El tema es que es difícil saber qué pasó —respondió Alex, inclinándose hacia atrás para mirar el techo—. Philip parecía entusiasmado con la necesidad de acabar con las actitudes estrictas sobre las clases sociales en estos tiempos cambiantes —se enderezó e inhaló lentamente—. Creo que su padre intervino y le hizo la vida difícil.

—Probablemente después de ver a Philip y Jenny juntos en nuestra boda —respondió ella—. La atracción entre ellos era obvia.

Eliza encontró gratificante que su marido ahora pudiera realizar sin problemas la rutina de ejercicios suecos que había diseñado para combatir las terribles lesiones que había sufrido en Waterloo. Ya no tenía que tomar la iniciativa.

—Supongo que los Lores cercanos a Philip le ayudarán a sofocar los falsos rumores. Tu equilibrio y facilidad de movimiento son mucho mejores últimamente.

—Gracias al ejercicio que estoy haciendo, dentro y fuera de la cama —respondió seductoramente—. Sospecho que Philip está concentrando sus esfuerzos en Whitehall, pero nunca supe realmente el alcance total de su trabajo con ellos.

Su comentario fue una sorpresa.

—¿Quieres decir espionaje?

—Sé que pasó un tiempo en Francia durante los Cien Días de Napoleón, pero...

Con las caderas adoloridas, Eliza se desplomó en el sofá. Todo esto era demasiado para asimilar.

—Ahora eres mejor que yo en estos ejercicios —declaró, impresionada por su postura bien equilibrada con los brazos en el aire y un pie hacia un lado.

—Puede que sea cierto, pero todavía me siento como una maldita bailarina —respondió—. Pero yo no tengo rollitos por el bebé...

* * *

Su esposa confirmó que Alex había hablado tontamente y sin pensar.

—¿Dijiste que estaba leyendo Mary Wallwork? —preguntó en un esfuerzo por distraerla de aquel insulto involuntario—. Es bastante controvertida.

—Estoy gorda —gimió ella en respuesta—. Es muy difícil perder peso.

Se sentó a su lado y le rodeó los hombros con su brazo. No le gustaba ver a su resistente esposa verse derrotada. Y además por su propia culpa.

—Pero lo perderás —le aseguró, dejando que su mano libre se dirigiera a su cadera—. En realidad, me gusta más tener estos preciosos rollitos para agarrar cuando...

Ella le apartó la mano y se puso de pie.

—Está siendo un fresco, Su Alteza.

—Y a usted le encanta, Su Alteza —respondió, aliviado al verla sonreír.

—Terminemos los ejercicios y subamos luego para que recibas tu masaje.

—Estoy a sus órdenes, señorita Saxton —respondió mientras se ponía de pie con una agilidad que pensó que nunca recuperaría después de Waterloo.

ALMUERZO

Contento de volver a respirar el aire fresco de Yorkshire después de sus sesiones informativas en Whitehall, Philip decidió visitar a su íntimo amigo, el duque de Harrowby. Había jurado guardar secreto, por lo que no podía divulgar detalles de su misión. Sin embargo, Alex Harcourt sabía escuchar y era un hombre inteligente. La insistencia de Fotheringay sobre la gravedad de la amenaza de los antimonárquicos le había preocupado. Obviamente, no estaba en contacto con el ritmo del cambio social. Al parecer, para algunos las cosas no estaban cambiando lo bastante rápido. La opinión de Alex sobre la mejor manera de lograr la reforma influiría en las decisiones de Philip y en sus acciones posteriores. Valoraba la amistad genuina que habían compartido desde sus días en Eton y estaba agradecido de haber desempeñado un papel en salvar la vida de su amigo después de que quedó atrapado bajo un caballo moribundo en Waterloo.

El matrimonio de Alex con Eliza, una plebeya que participaba en obras de caridad, les había aportado a ambos nuevos conocimientos sobre las vidas de personas menos afortunadas que ellos.

—Me alegro de verte de regreso —exclamó Alex, levantándose de su silla cuando Frobisher acompañó a Philip al estudio—. Estábamos preocupados de que hubieras decidido quedarte en la gran ciudad.

—No hay peligro de eso, te lo aseguro —respondió Philip, tomando asiento en el sofá después de que los dos amigos se abrazaran y se dieran palmadas en la espalda—. Tienes buen aspecto, Alex. La nariz nueva y el parche en el ojo te hacen parecer un pícaro apuesto.

Alex se rió entre dientes.

—Me he acostumbrado más o menos a la nariz. En cuanto al ojo de cristal, todavía uso el parche porque mi amada esposa tiene la misma opinión que tú.

—Te ves en forma y saludable.

—Eliza es una capataz dura. Me mantiene haciendo mis ejercicios. Tengo que agradecerte por insistir en que ella fuera mi cuidadora hace ya tantos meses.

—Me alegra que haya funcionado, física y románticamente. Está claro que Eliza y tú estabais hechos el uno para el otro.

Álex frunció el ceño.

—Lo que me lleva a mencionar a Jenny. Acaso...

—En realidad —interrumpió Philip—. No tengo mucho tiempo y mi propósito al venir aquí era aprovecharme de tu cerebro.

Se sintió aliviado cuando su amigo no reaccionó ante su abrupta respuesta, dejando rápidamente el asunto de la hermana de Eliza.

—Adelante —dijo Alex.

—Tú y yo somos conscientes del desprecio que mucha gente en este país siente por la monarquía británica —comenzó Philip.

Álex asintió.

—En la opinión de muchos, el Regente se ha reducido a una caricatura obesa, mujeriego y autoindulgente.

Animado, Philip prosiguió.

—Ambos reconocemos que la aristocracia, de la que somos miembros, tiene fallas y en gran medida está fuera de contacto con la sociedad moderna de posguerra.

—De acuerdo. ¿Pero a dónde nos lleva esto?

—Mientras estaba fuera, leí un libro de un tipo llamado William Middleditch. Escrito cuando la Revolución Francesa estaba en pleno apogeo, *Justicia Política* es básicamente una justificación para una sociedad anarquista —no se sintió obligado a explicar por qué se había familiarizado con los escritos de Middleditch.

—Bueno, no veo que la anarquía funcione —respondió Alex—. Es una coincidencia que menciones Middleditch. Su nombre surgió en la conversación de hoy.

Un escalofrío recorrió la nuca de Philip.

—¿Oh?

—Jenny Saxton está leyendo un libro de su difunta esposa, *Derechos de la Mujer*.

La mención de Jenny provocó los habituales sentimientos de intenso arrepentimiento, pero Philip decidió no detenerse demasiado por la coincidencia. No fue ninguna sorpresa que Jenny estuviera interesada en la causa de ampliar la educación de las mujeres.

—Simplemente estoy tratando de ordenar mis propios pensamientos —explicó—. Estoy seguro de que la mayoría de nuestros compatriotas no desean que Inglaterra sea víctima de los excesos que caracterizaron la revolución en Francia.

—Bien. Y la guerra para establecer una república en las colonias americanas se basó en un conjunto diferente de circunstancias.

Philip decidió ir al meollo del asunto.

—Entonces, supongo que no estarías a favor de acabar con el rey loco y su regente.

Alex lo estudió detenidamente antes de responder.

—Eso no resolvería los problemas de Gran Bretaña, del mismo modo que la independencia no ha resuelto todos los problemas en los llamados Estados Unidos de América.

—Exactamente. La revolución no es la respuesta. La reforma sí lo es. Hay que dar voz a más personas sobre cómo gobernar el país.

—Sí, pero...

—Los terratenientes ricos siempre han votado por lo que era mejor para sus propios intereses. Mi padre es un excelente ejemplo. Él piensa que si no tienes propiedades, no se puede confiar en que tomes decisiones acertadas.

—No estoy seguro de adónde quieres llegar con esto, Philip —dijo Alex—. ¿No estarás de acuerdo con la premisa estadounidense de que todos los hombres son creados iguales? Mira lo que pasó cuando la turba de analfabetos tomó el poder en Francia.

Temeroso de revelar demasiado sobre su participación en la campaña de Whitehall para proteger la monarquía, Philip se puso de pie y caminó hacia el aparador.

—Tienes razón. La reforma tiene que ser medida y gradual —afirmó—. ¿Puedo servirte un brandy?

—Por supuesto, pero es un poco temprano para mí —respondió Alex—. Eliza querrá que te quedes a almorzar.

La esposa de su amigo haría insinuaciones sobre su hermana, Jenny, pero sería de mala educación rechazar la invitación.

—Por supuesto —dijo.

* * *

Al menos dos veces por semana, Jenny caminaba la corta distancia desde Dower House hasta Harrowby Hall con su hermana y su madre para almorzar con los Harcourt. Su cuñado había instalado la costumbre. Puede que Alex fuera duque, pero entendía la necesidad de su esposa de mantenerse en estrecho contacto con su familia, al menos con sus hermanas. Desde que se mudó a Dower House del ducado de Harrowby, Lady Penelope Saxton parecía haberse

convencido de que realmente era la duquesa viuda y no la madre de la duquesa actual.

A pesar de su madre, Jenny estaba disfrutando del aire fresco y de la oportunidad de conversar durante la caminata de cuarto de milla.

—Quizás dedicamos demasiado tiempo a trabajar con las madres solteras en Winifred Oliver House —le dijo a Amelia—. Rara vez tenemos tiempo para una conversación.

—Es cierto —respondió su hermana menor—. Pero es importante que las preparemos para una vida mejor después del nacimiento de sus bebés.

Lady Penélope carraspeó.

—Al menos Amelia dedica tiempo a redactar cartas de solicitud para puestos de institutriz. Hace años que tiene puesta su intención en seguir esa carrera que vale la pena, mientras que tú, Jennifer...

Jenny no necesitaba escuchar la habitual diatriba materna sobre la necesidad de encontrar un marido. Se tomó del brazo de Amelia y aceleró el paso. Ser institutriz no le atraía en absoluto y el único hombre que quería era Philip Fortescue. Si ella no podía estar con él...

Amelia habló.

—Antes de que Eliza fuera contratada como cuidadora de Alex, temía la perspectiva de terminar cuidando a niños ricos. No podía entender mi deseo de ser institutriz.

—Creo que ha logrado entender que eso es lo que realmente quieres —respondió Jenny—. Aunque ninguna de nosotras realmente necesita trabajar para mantenernos, ahora somos dependientes de un duque.

—En relación a tus comentarios sobre las madres solteras —continuó—. He estado leyendo un libro interesante sobre los derechos de las mujeres. Mary Wallwork creía firmemente que las mujeres deberían tener igual acceso a la educación.

—Tuvimos suerte de que papá nos proporcionara tutores —coincidió Amelia.

—Una pérdida de dinero —murmuró su madre—. Y desperdiciar dinero en enviar a Eliza a estudiar en el Gymnasium en Suecia. ¡Menuda idea!

Jenny se acercó al oído de su hermana.

—Si Eliza no hubiera ido a Suecia para aprender los beneficios médicos del ejercicio y los masajes, nunca habría conocido a Alex Harcourt.

Amelia se rio, pero se puso seria rápidamente.

—No puedo evitar pensar que si algunas de las madres solteras hubieran tenido una mejor educación, no se habrían encontrado trabajando en tareas serviles para aristócratas depredadores.

Todavía preocupada por idear algún tipo de plan para su futuro, Jenny se detuvo abruptamente cuando avistaron Harrowby Hall.

—Ese es el carruaje de Philip —dijo, de repente incapaz de recuperar el aliento—. Debe haber regresado de Londres.

Todavía parloteando sobre las oportunidades perdidas, su madre casi choca contra ella.

—Probablemente esté hablando con mi querido yerno. Vamos, llegaremos tarde al almuerzo.

Los pies de Jenny se negaron a moverse, pero Amelia tiró de su brazo.

—No puedes esconderte de él para siempre. Ánimo.

* * *

—Chicas, hagan una reverencia al marqués —espetó lady Penélope cuando Philip entró en el comedor.

Su cáustica orden fue el primer indicio de que la familia de Eliza estaría presente en el almuerzo de los Harcourt.

—No hay necesidad de eso —respondió, horrorizado ante la perspectiva de que Jenny le hiciera una reverencia.

Pero ya era demasiado tarde. Jenny y Amelia ya habían hecho profundas reverencias, con las cabezas inclinadas.

Jenny lo miró brevemente, con el rostro tan rojo como su cabello y los ojos verdes llameantes.

A su tonta polla no se le ocurrió nada mejor que saludar bajo el pantalón su furiosa belleza.

—Lo siento, viejo amigo —susurró Alex mientras conducía a Philip a través de la puerta—. Olvidé que vendrían hoy.

Philip estaba avergonzado e incómodo, pero no podía negar que su corazón estaba contento de ver a Jenny nuevamente después de tantas semanas. Si tan solo pudiera explicarlo. ¿Pero qué decir? Para proteger a la familia Saxton, había cedido a las amenazas de su padre contra ellas. Jenny era una persona de todo o nada que nunca aceptaría eso y lucharía por lo que quería. Pero ella no había cuestionado su retirada, así que tal vez no lo deseaba lo suficiente.

—Por favor, tome asiento, mi señor —dijo la señora Saxton, como si fuera la anfitriona.

El calor inundó el rostro de Philip cuando se dio cuenta de que era la única persona que seguía en pie.

—Lo siento, estaba distraído —le dijo sin convicción al desconcertado lacayo que le ofrecía su silla.

—Philip acaba de regresar de Londres —explicó Alex.

—Me alegro de que hayas regresado sano y salvo —añadió Eliza—Estoy segura de que los demás también.

—La mayoría de nosotras, al menos —murmuró la señora Saxton, ganándose una mirada fulminante de Eliza.

Haciendo caso omiso del insulto de la excéntrica mujer, Philip declaró lo feliz que estaba de estar de regreso en Yorkshire.

—Londres es una ciudad sucia.

—Entonces, ¿por qué ir allí? —Preguntó la madre de Jenny.

Alex se aclaró la garganta, pero fue Eliza quien acudió al rescate de Philip.

—Eso no es asunto nuestro, mamá.

Él agradeció su intervención, hasta que ella dijo:

—Nuestro invitado probablemente asume correctamente que he estado ocupada con nuestro hijo, pero tal vez le gustaría saber qué has estado haciendo tú, Jenny.

* * *

La sopa de guisantes aromatizada con tocino y hierbas nunca llegó a la boca de Jenny. Estaba sentada como una boba boquiabierta con la cuchara goteando suspendida en el aire.

Su madre suspiró al estilo viuda indignada.

Alex tosió de nuevo.

Amelia estudió su sopa, aparentemente fascinada por los trozos de tocino que flotaban en el plato.

Jenny se arriesgó a mirar a Philip, complacida de ver que estaba tan desconcertado como ella.

Decidida a no permitirle vislumbrar su corazón roto, dejó la cuchara, cuadró los hombros y dijo: —Sí, por supuesto. De hecho, he estado leyendo un libro fascinante. Se titula *Derechos de*

las mujeres, escrito por Mary Wallwork.

Ella esperaba que se produjera una discusión. No se hablaba de mejorar la situación de las mujeres sin que alguien, generalmente su madre, ofreciera alguna respuesta del siglo XVIII.

Lo que no esperaba era que Philip dejara caer la cuchara mientras el color desaparecía de su rostro.

Como de costumbre, fue Eliza quien sintió que se avecinaba una crisis e intervino.

—He oído que la reputación de Wallwork no es todo lo que podría ser —dijo.

De repente, Philip se puso de pie, sorprendiéndolos a todos.

—Si me disculpan —dijo—. Acabo de recordar una cita anterior. Perdonadme.

—Pero estamos sirviendo tu favorito —respondió Eliza—. Tejón asado en vino de pasas.

—Lo lamento. Debo irme —insistió.

Jenny luchó por controlar el impulso de rogarle que no se fuera.

Alex cojeó tras él mientras salía corriendo del comedor.

LA LIBRERÍA

Fotheringay había proporcionado la dirección actual de Middleditch en Skinner Street en Hull, la ubicación de su editorial especializada en libros para jóvenes. A primera vista, la *Biblioteca Infantil* parecía un lugar improbable para encontrar un foco de intriga revolucionaria.

La casa de Philip estaba ubicada en la elegante zona de Hull, pero la mayoría de la gente local lo conocía como médico en la Royal Infirmary, no como marqués. Él lo prefería así. Un título tendía a ahuyentar a la gente corriente. Había pasado a menudo por Skinner Street de camino a Harrowby Hall en Beverly, pero nunca había prestado mucha atención a las tiendas.

En su primera visita, pasó aproximadamente media hora examinando los estantes y se sorprendió gratamente al descubrir que los Middleditch eran los editores de algunos títulos conocidos, entre ellos *Cuentos de Shakespeare para Niños*.

Unos días más tarde, volvió a visitarlos con el objetivo de entablar una conversación cortés con la delgada dependienta que supuso era la señora Middleditch.

No llegaría muy lejos si adoptara la apariencia de un aristócrata rico a favor de la reforma. Y un trabajador desgarrado no frecuentaría una librería. Finalmente decidió presentarse como lo que era en el fondo: un médico con especial interés en las enfermedades infecciosas. Creía sinceramente que la erradicación de las desigualdades en la sociedad acabaría rápidamente con flagelos como la viruela y la fiebre tifoidea, que prosperaban en condiciones insalubres.

—Encontró el camino de regreso aquí, señor —dijo la mujer cuando una campana desafinada sobre la puerta anunció su entrada.

Había estado ocupada con otros clientes en su primera visita y él pensó que no le había prestado atención. Claramente lo había hecho. Era mejor que tuviera presente la advertencia de Fotheringay.

—Así es —respondió—. Tienen muchos libros interesantes, pero probablemente estoy buscando en el lugar equivocado lo que necesito.

—Señora. Middleditch a su servicio, señor. Como propietaria, estaré encantada de ayudarle a encontrar lo que busca.

—Bien. Fortescue es mi nombre. Estoy comprometido en intentar erradicar la viruela.

La señora Middleditch entrecerró los ojos.

—¿Es usted médico?

—Sí, en la Royal Infirmary. Me resulta difícil transmitirles a mis pacientes más pobres que la enfermedad prospera en la suciedad. Pensé que algunos de ellos podrían entenderlo si les leía un libro para niños sobre el tema.

A sus propios oídos le pareció poco probable, por lo que añadió:

—Pero supongo que es una fantasía.

—No, señor. Es noble de su parte querer mejorar las condiciones de vida de las masas pobres y oprimidas. Sin embargo, no recuerdo que tengamos un libro sobre ese tema. Quizás la Biblioteca Circulante.

La señora Middleditch era claramente una mujer inteligente a cuyo ojo agudo no se le escapaba nada. Su forma de hablar la etiquetaba como sureña. De Londres, con toda probabilidad, aunque persistía un rastro de su educación francesa. Dada la reputación de agitador de su marido y de que previamente hubiese estado casado con una mujer relajada, era probable que no tardara en tomar la medida de los recién llegados.

—Me alegra conocer a alguien tan preocupado como yo por la difícil situación de los

pobres —respondió—. Examinaré los estantes un poco antes de dirigirme a la biblioteca.

—Avíseme si puedo ser de ayuda.

Quince minutos más tarde, tras haber descubierto sin querer un estante de novelas que definitivamente no estaban escritas para lectores jóvenes, compró un ejemplar de *Cuentos de Shakespeare para Niños*.

—Para mi sobrino —explicó, omitiendo el hecho de que Saxton Harcourt era un bebé de brazos y en realidad no era un pariente consanguíneo.

* * *

A Jenny nunca le había gustado Mildred Thompson. Eliza afirmaba que la hija del barón había suavizado su actitud de clase alta hacia los menos afortunados, pero Jenny la encontraba autoritaria y altiva. Sin embargo, *Lady* Mildred, como todavía insistía en que la llamaran, ciertamente se manejaba muy bien como matrona de Winifred Oliver House, la institución fundada por la hermana y el cuñado de Jenny. Pocos fuera de la familia sabían que Winifred era el segundo nombre de la esposa de Alex y Oliver era uno de los segundos nombres de Alex. Los Harcourt habían pensado, con razón como resultó después, que Winifred Oliver House atraería menos censura local que etiquetar el establecimiento como un hogar para madres solteras. La gente de Yorkshire tenía el corazón de oro, pero podía juzgar.

En sus visitas semanales al refugio, Jenny enseñaba lectura y sumas sencillas a mujeres analfabetas; tenía talento para la aritmética y disfrutaba transmitiendo sus conocimientos. También ayudaba con algunas de las tareas domésticas mundanas. Le resultaba difícil entablar una conversación con Mildred. A pesar de ser madre soltera, la mujer se mostraba condescendiente con las demás residentes. Hablaba con Jenny y Amelia como si fueran sus sirvientas.

Fue Mildred quien le prestó el libro de Wallwork a Jenny, lo que parecía paradójico. La obra promocionaba los derechos de las mujeres, pero Mildred trataba a las otras con desdén. Jenny sentía curiosidad por su postura sobre el tema. Aprovechó la oportunidad cuando Mildred hizo una aparición inusual en el sofocante sótano donde se lavaba la ropa.

—Estoy aproximadamente a la mitad del libro de Mary Wallwork

—dijo, agregando la sábana que acababa de doblar a la creciente pila de ropa de cama limpia.

Con los labios fruncidos, Mildred la miró tomar otra sábana recién lavada, sin intentar compartir la tarea de doblarla.

—Me gustaría recuperarlo pronto —dijo—. Otras desean leerlo.

—Mi hermana me lo ha pedido prestado —respondió Jenny, arrepintiéndose instantáneamente de haberlo revelado.

—¿La duquesa? ¡No me digas! —Mildred se burló.

—Nosotras las Saxton somos firmes defensoras de la educación de las mujeres —respondió Jenny, preguntándose por qué siempre sentía la necesidad de defenderse ante la muchacha: la hija de un barón que se había acostado con un criminal malicioso y luego había intentó endilgarle a Alex su bebé. Mildred, antaño prometida con Alex, no podía soportar mirarlo cuando regresó de la guerra herido y terriblemente desfigurado. Una persona tan desconcertante y engañosa pertenecía en un manicomio, no a una posición de autoridad.

—Sin embargo, no te veo a ti ni a tus hermanas en ninguna de las reuniones —siseó Mildred en respuesta.

—¿Reuniones? —preguntó Jenny.

—Aquellas de nosotras comprometidos con la causa nos reunimos una vez al mes en una librería infantil en Hull. El propietario estuvo casado con Mary Wallwork.

* * *

Mildred cerró la boca de golpe, deseando no haber mencionado la librería o la conexión de William Middleditch con Wallwork. El hábito de hablar sin pensarlo era algo que necesitaba controlar. No podía importarle menos la educación de las mujeres de clase baja y ciertamente no quería que las Saxton visitaran el salón de los Middleditch. Era posible que rápidamente se dieran cuenta del verdadero motivo de sus visitas a la Librería Infantil.

—Amelia y yo estaríamos interesadas en ir contigo a una reunión— dijo la chica Saxton—. ¿Cómo vas hasta Hull?

Por muy humillante que fuera admitir que no tenía los medios para viajar cómodamente, Mildred respondió:

—Voy caminando, por supuesto. Son sólo ocho millas.

—Entonces te alegrarás de tener compañía —respondió Jenny.

—Muy bien —accedió Mildred—. El sábado próximo. Salgo de aquí a las ocho en punto de la mañana.

Más tarde, simplemente le explicaría que tenía se había confundido con los días.

EN DESVENTAJA

— No confío en Mildred Thompson —les dijo Jenny a sus hermanas cuando Eliza llegó a Dower House a las once al día siguiente.

— Sé lo que quieres decir —concordó Amelia—. Es una persona difícil de entender.

— ¿Qué ha hecho ahora? —preguntó Eliza.

Jenny le explicó rápidamente sobre la librería de Hull.

— Suena intrigante —dijo Eliza en voz baja, preocupada por no despertar al bebé que dormía en sus brazos.

— Nunca había oído hablar de una tienda que vendiera sólo libros para niños —comentó Amelia—. Me encantaría pasar un rato allí.

— Probablemente encontrarás material que podría resultar muy útil para una institutriz —dijo Jenny—. Sin embargo, estoy más interesada en el tal Middleditch. Tiene fama de ser todo un agitador. Me pregunto cómo acabó en Hull dirigiendo una librería.

— Me gustaría poder ir contigo el sábado, pero no puedo dejar al bebé en todo el día —dijo Eliza—. Alex no hace ningún trabajo de la finca los fines de semana, así podemos pasar tiempo en familia.

— Sospecho que Mildred encontrará alguna manera de frustrar nuestra intención de asistir a esta reunión —dijo Jenny.

— Para ser honesta —añadió Amelia—. No me agrada la perspectiva de tener que andar todo ese camino.

— Sólo acepté eso para perturbarla un poco —respondió Jenny—. Pensé que apareceríamos con nuestro propio carruaje.

— ¿Cómo puedes estar segura de que la reunión será el sábado? —preguntó Eliza.

— Buen punto —dijo Jenny—. Tal vez deberíamos ir allí hoy, sólo para hacer un reconocimiento.

— ¿Sabes donde está? —Preguntó Amelia.

— No, pero ¿cuántas librerías infantiles puede haber en Hull?

* * *

Era arriesgado y podría despertar las sospechas de la señora Middleditch, pero Philip decidió hacer otra visita a la librería. Toda mujer inteligente apreciaba que la trataran con respeto y él ciertamente era capaz de ser respetuoso y encantador.

Su sonrisa de saludo cuando entró fue una buena señal.

— Buenos días, señora Middleditch —dijo, quitándose el sombrero de copa e inclinándose cortésmente.

— Ha vuelto, Dr. Fortescue —respondió ella.

No le sorprendió que ella hubiera recordado su nombre, él también sonrió.

— Por desgracia, la búsqueda del libro que le mencioné continúa, pero no aquí, por supuesto.

— Entonces, ¿qué puedo ayudarle a encontrar hoy? ¿Algo más para su sobrino?

— Sí. Perdona mi impertinencia, también me preguntaba si está relacionada con William Middleditch, que escribió *Justicia política*.

— Pues sí —respondió ella, entrecerrando los ojos—. Él es mi esposo. Sin embargo, escribió eso hace mucho tiempo y no tenemos copias en stock. Tenemos copias de su novela *Las aventuras de Jonas Williams*.

—Bueno —dijo entusiasmado—. Sería un honor conocer al señor Middleditch. He leído y disfrutado ambas obras. Necesitamos más escritores con ideas afines en estos días. Quizás por el momento me conforme con algo para mi sobrino.

Sonriendo, lo condujo hacia las estanterías y señaló una hilera de libros.

— *Las aventuras de Ulises* quizás sean demasiado avanzadas. ¿Cuál es la edad de este niño?

—Er... creo que tiene cinco años —mintió, irritado porque no había estado preparado para esa pregunta obvia.

La señora Middleditch se limitó a sonreír con indulgencia.

—Crecen tan rápido que es difícil llevar la cuenta ¿verdad?

—Sí —respondió, improvisando un plan creíble en el acto que nunca era una buena idea—. En realidad no sabe leer, pero sus padres le leen mucho.

—Seguramente a los cinco puede leer algunas palabras —dijo ella, mirándolo con curiosidad.

Atrapado a la defensiva, no creía que pudiera sentirse menos como uno de los espías más experimentados y competentes de Inglaterra, hasta que se giró al oír el timbre roto y vio a Jenny Saxton entrar por la puerta con su hermana.

Su corazón se aceleró y sólo podía estar agradecido de no haber usado su levita.

* * *

Philip era la última persona con la que Jenny esperaba encontrarse. Su primer instinto fue dar media vuelta y volver rápidamente al carruaje. Sin embargo, Amelia estaba justo detrás de ella, aparentemente no dispuesta a apartarse del camino: la muy traidora.

No había más remedio que enfrentarse al enemigo.

—Mi señor —dijo con todo el aplomo que pudo reunir—. Qué sorpresa...

—De hecho, señorita Saxton —respondió, sus ojos mirando en todas las direcciones como un zorro acorralado por los perros.

Obviamente, él no estaba feliz de verla. Había estado hablando con una mujer, pero parecía mayor y tal vez fuera la dependienta. Por lo tanto, realmente no había necesidad de que las abejas celosas zumbaran en su cerebro.

—Estaré con ustedes en un momento, señoras —dijo la mujer—. Dr. Fortescue está buscando un libro para su sobrino.

—¿Sobrino? —Jenny respondió antes de que pudiera organizar sus pensamientos.

—Sí —dijo Philip, caminando hacia ella con la mandíbula apretada. —el pequeño saxofonista.

—Pero... —comenzó, vacilando cuando descifró el mensaje en sus ojos azules.

—Le estaba explicando a la señora Middleditch que Sax sólo tiene cinco años —dijo, tomándola de las manos—. Por supuesto, puede leer algunas palabras, pero...

—¿Puedo sugerir *La familia suiza Robinson* ? —intervino la señora Middleditch, sacando un libro del estante—. Yo misma traduje esta versión inglesa del alemán original.

La calidez de las manos de Philip penetró en el alma de Jenny. Una niebla nubló sus pensamientos. Sensaciones peculiares florecieron en un lugar muy secreto. Sus pezones hormiguearon.

—Eh...

—Eso suena perfecto —declaró Amelia, tomando el libro de manos de la mujer que aparentemente era la propietaria—. A Sax le encantará.

Jenny nunca había apreciado más a su ingeniosa hermana.

—Sí —asintió, soltando sus manos de las de Philip—. Estoy segura.

Decidida a liberarse de la capacidad de este hombre de causar estragos en sus emociones y convertirla en una lasciva, levantó la barbilla y se dirigió al otro extremo de la tienda. Haciendo un gran teatro de leer los títulos mientras Philip pagaba su libro, apenas escuchó sus educadas palabras de despedida cuando él se fue.

La campana despertó las inevitables dudas sobre lo que debería haber dicho. Debería haberlo desafiado, recriminado por haberse alejado de esa manera. Pero estaban en un lugar público con una comerciante a la que había mentido. Philip Fortescue era simplemente demasiado complicado para entenderlo. Sería mejor que buscara otro novio. Si sólo fuera así de simple.

—¿A qué se debe todo eso? —Amelia susurró cerca de su oído.

—Claramente, estaba aquí con falsos pretextos —respondió ella, tosiendo para alertar a su hermana sobre la señora Middleditch que se acercaba.

—Ahora, ¿qué puedo ayudarlas a encontrar, señoras? Una novela, tal vez. Tenemos una buena variedad de libros en francés, para adultos, si les interesa.

Amelia jadeó, claramente indignada por la sugerencia de que eran el tipo de mujeres que estarían interesadas en libros *para adultos* que debían haber sido contrabandeados desde un país conocido por su material de lectura escandaloso.

—Suenan intrigante —dijo Jenny antes de que Amelia pudiera hablar—. Sin embargo, venimos a preguntar sobre las reuniones que realizan a favor de una educación más amplia para las mujeres.

—¿Reuniones? —Preguntó la señora Middleditch con el ceño fruncido—. Mi marido y yo organizamos un salón los viernes por la noche, pero nuestros invitados discuten una amplia gama de temas. ¿Quién le habló de nuestras reuniones?

—Lady Mildred Thompson —respondió Amelia—. Le prestó a mi hermana su copia del libro de Mary Wallwork.

—Ah. Lady Mildred —respondió crípticamente la señora Middleditch.

Jenny estuvo tentada de soltar que Mildred había mentido sobre el día en que se celebraron las reuniones, pero era evidente que la mujer no se había granjeado el cariño de la señora Middleditch.

—Pensamos que podríamos acompañar a Mildred para asistir la próxima vez que haya reunión.

—Me temo que necesitaré una invitación, querida. Entonces ¿le gustaría ver nuestra selección de novelas?

SKINNER STREET

En el laboratorio de la enfermería, Philip y un colega médico discutían las últimas teorías sobre la erradicación de la viruela. Al contrario de lo que le había insinuado a la señora Middleditch, la viruela era una enfermedad que no discriminaba. Mataba a los ricos, a los pobres, a los jóvenes y a los viejos. Incluso Isabel Tudor había contraído la enfermedad a una edad temprana y aparentemente tenía cicatrices que lo demostraban. Muchas víctimas que sobrevivieron quedaron ciegas o infértiles.

—Lo más irritante es la feroz oposición de algunos sectores a la vacuna de Jenner — declaró su colega—. A pesar de su eficacia probada.

—Estoy de acuerdo —respondió Philip—. Aunque me preocupa vacunar a las mujeres embarazadas.

Su colega se disponía a continuar la discusión cuando un discreto golpe en la puerta los interrumpió. Entró un mensajero con librea.

—Dr. ¿Fortescue? —Preguntó el mensajero.

—Soy yo —respondió Philip, aceptando la misiva que le entregaron. Su curiosidad creció cuando no reconoció la mano que había escrito audazmente *Dr. P. Fortescue* con tinta negra.

—Claramente, no de un amante —bromeó su colega médico, con una ceja levantada—. Sin perfume floral.

Recordando nuevamente a Jenny y reacio a abrir la carta, Philip se la guardó en el bolsillo interior de su levita.

—No tengo un amante —siseó en respuesta.

Su colega no podía saber de la angustia de Philip por la dolorosa pérdida de Jenny, pero captó la indirecta y se excusó.

Philip recuperó la carta, la abrió y examinó el contenido.

* * *

Dr. Fortescue,

El Sr. William Middleditch estará encantado de conocerle. Está invitado a asistir a un salón informal en nuestra casa encima del local comercial el próximo viernes a las siete de la tarde.

* * *

Estaba escrito con una letra femenina casi perfecta y firmado por Mary Jane Middleditch. No había ningún requisito de confirmación de asistencia.

—Bueno, eso resuelve el problema de infiltrarse en una reunión — murmuró.

* * *

A última hora de la tarde del viernes, Jenny y Amelia condujeron el carruaje hasta Hull, aliviadas pero extrañamente decepcionadas de no pasar a buscar Mildred en el camino. Disfrutaron de una deliciosa comida de pastel de cerdo y patatas en un café cerca del Market Hall y luego se dirigieron a Skinner Street. Jenny estacionó el vehículo lo suficientemente cerca de la librería para ver qué pasaba, pero lo suficientemente lejos como para no ser vista. Cuando anocheció, las hermanas levantaron la capota, colocaron la bolsa nasal del pony, extendieron una manta sobre sus piernas y esperaron.

La calle se llenó poco a poco de carruajes que transportaban al menos dos docenas de personas, en su mayoría hombres, que entraron al edificio por una puerta lateral. La luz brillaba desde dos grandes ventanales en el piso superior del edificio hasta que alguien cerró las cortinas.

Cada vez más impaciente, Jenny se sobresaltó cuando Amelia le dio un codazo.

—La pobre parece agotada —susurró su hermana cuando la persona que esperaban ver entró en el triángulo dorado de luz debajo de la lámpara de gas en Skinner Street.

Mildred se acercó a la puerta lateral y llamó. Mirando nerviosamente a su alrededor, se enderezó el sombrero y se sacudió la pelliza.

El trasero de Jenny se había entumecido y no se sentía tan caritativa como su hermana. — Si no hubiera mentido sobre el día de las reuniones, podría haber viajado en nuestro carruaje. Por eso ha tenido que caminar y nosotras hemos llegado cómodamente.

—Sí, pero no estamos invitadas a la reunión —señaló Amelia por enésima vez.

Jenny reconoció la probable inutilidad de su viaje clandestino, pero estaba decidida a no admitirlo. —No hay necesidad de susurrar. No nos ve con la capota puesta y la calle está llena de carruajes. De todos modos está demasiado oscuro. Sólo quería ver si ella realmente asiste o si eso también era mentira.

—Parece que le están permitiendo entrar —dijo Amelia mientras veían a Mildred desaparecer en el edificio.

—Imagínate —respondió Jenny, hirviendo por dentro—. Nosotras no estamos invitadas, pero Lady Mildred sí. No creo que esté ni remotamente interesada en los derechos de las mujeres. Me parece que hay más hombres que mujeres, lo cual es extraño si la reunión pretende promover nuestros derechos. Debe haber algún motivo oculto para su asistencia.

—Quizás conozca a alguien aquí —sugirió Amelia—. Una cita, tal vez.

Momentos después, el lento sonido de los cascos sobre los adoquines anunció la llegada de un jinete solitario. A Jenny se le heló la sangre cuando reconoció fácilmente a Philip Fortescue sentado erguido en la silla. No podía apartar la vista de sus largas y poderosas piernas mientras él desmontaba con su habitual gracia atlética. Tras atar su caballo al poste de enganche, se quitó los guantes y vaciló un momento mientras examinaba el edificio. Luego se acercó a la puerta lateral, se quitó el sombrero de copa, se lo puso bajo el brazo y llamó. Habló con la persona que la abrió y lo hicieron pasar al interior. Claramente, lo esperaban.

El corazón de Jenny se hizo añicos. ¿Philip y Mildred? ¿Era ésta la razón por la que había venido a la librería?

—Nunca lo perdonaré —siseó mientras Amelia le daba un apretón comprensivo en la mano.

* * *

Tras ser conducido arriba, Philip entregó su sombrero, capa y guantes a un lacayo que esperaba, sorprendido de ver tanta asistencia. La espaciosa y elegante habitación estaba llena de gente, en su mayoría hombres. La conversación fue animada y el nivel de ruido bastante significativo. Era difícil imaginar la posibilidad de que se tramaran complots de traición en una atmósfera tan agradable.

Un hombre ligeramente calvo que parecía tener poco más de cincuenta años se abrió paso entre la multitud para saludarlo.

—Dr..., supongo que es Fortescue —gritó el tipo corpulento, golpeando vigorosamente la mano de Philip—. Bienvenido. Encantado de que pudieras venir. Soy William Middleditch.

El anfitrión lucía una corbata inmaculadamente anudada. Philip no podía imaginar a nadie que pareciera menos revolucionario, pero las apariencias engañan. Puede que Middleditch pareciera un editor inofensivo de libros para niños, pero había sido un agitador, una espina clavada para las autoridades durante años.

Un leopardo no puede cambiar sus manchas, recordó el dicho mientras forzaba una

sonrisa y decía: —Gracias por invitarme. Hace tiempo que quería conocer al autor de *Justicia Política*.

—Me siento halagado de que hayas leído mis insignificantes esfuerzos —respondió Middleditch, arrastrándolo a la refriega donde una de las pocas mujeres presentes estaba charlando con un grupo de hombres—. Ahora, ¿puedo presentarles a mi hija, Mary Arbor? Quizás hayas oído hablar de un libro que ella escribió, *El monstruo*.

Philip reconoció el título, pero el libro se había publicado de forma anónima. ¿Podría esta bella joven haber escrito la historia de un científico que creó un monstruo?

—No cree que soy la autora —dijo Mary, ofreciéndole una mano elegante—. No se preocupe. Estoy acostumbrada.

—Estoy encantado de conocer a una escritora tan creativa —respondió, dándole un beso cortés en los nudillos—. Perdone mi típica reacción masculina. ¿Cuál fue su inspiración para la historia?

—Fue realmente divertido —respondió ella—. Mi esposo, mi primo y yo nos desafiábamos mutuamente a escribir una historia de terror. Había viajado a varios castillos históricos en Alemania, así que usé parte de esa fascinante historia como inspiración.

—Maravilloso —respondió Philip, genuinamente impresionado.

Un joven desgarrado a su lado le tendió la mano.

—William Middleditch hijo —dijo cortésmente—. Me alegra que haya llegado a tiempo para escuchar mi conferencia sobre *El carácter del pueblo*.

Philip consideró que era un tema serio para un joven, pero la señora Middleditch llamó la atención de todos antes de que él tuviera oportunidad de responder.

—Mi madre solía ser editora de Tabart, ¿sabes? —susurró William con orgullo—. Es una editorial infantil muy conocida.

El ruido de la conversación cesó abruptamente cuando todos los ojos se dirigieron al podio. La gente comenzó a acercarse. Philip se contentó con quedarse donde estaba, en la periferia. Era más alto que la mayoría y podía ver todo lo que deseaba. Por un momento, creyó vislumbrar a Mildred Thompson entre la multitud. Estaba susurrando a un hombre de espesa barba que le parecía vagamente familiar. Al no volver a ver a la pareja después de la conferencia, asumió que estaba equivocado.

Aunque tenía esperanza de pasar desapercibido cuando la velada parecía llegar a su fin, fue presentado a una multitud de aspirantes a escritores, exiliados y emigrados. Luego fue asaltado por Middleditch quien le presentó a un estadounidense. Al parecer, Aaron Burr se había desempeñado como vicepresidente de los Estados Unidos. Parecía muy impresionado por la gravedad y el decoro del joven William Middleditch durante su conferencia. También manifestó gran interés por la investigación británica sobre la erradicación de enfermedades mortales.

Cuando finalmente pudo salir de la reunión, Philip llenó sus pulmones con aire frío. Mientras montaba en su caballo y daba las buenas noches a los demás que subían a los carruajes, no podía decir que había asistido a una reunión subversiva. Por otro lado, se sentía extrañamente incómodo, aunque le resultaría difícil explicar el motivo.

* * *

Torciendo la muñeca de Mildred, Derrick Peploe la presionó contra la húmeda pared de piedra en un estrecho callejón de la Skinner Street.

—¿Qué está haciendo Fortescue en la reunión? —exigió después de prácticamente arrastrarla fuera del edificio.

Ella siempre había tenido miedo de su temperamento volátil. Su ira había despertado. El

duro miembro masculino tocando su vientre era prueba de ello. No lo pensaría dos veces antes de tomarla ahí mismo, en un callejón sucio que apestaba a desechos humanos.

—Me estás lastimando, Derrick, ¿y cómo debería saberlo?

¿Por qué no había visto lo que él era hace tantos años? La había cautivado para que se acostara con él después de que su prometido regresara a casa desde Waterloo con heridas horribles. Él comprendía su renuencia a honrar su compromiso con un monstruo deforme. Sólo meses después, cuando él confesó alegremente que había diseñado el catastrófico *accidente de Alex Harcourt*, ella se dio cuenta de que él había destruido cualquier futuro que ella pudiera haber tenido como duquesa de Harrowby. Para entonces, estaba atrapada y no tenía nadie más a quien recurrir.

No tendría nada más que ver con el Sr. Derrick Peploe si no fuera por las monedas que él proporcionaba a regañadientes para el mantenimiento de su hijo. El estipendio como matrona ciertamente no era suficiente. Un día, pensaría en una manera de liberarse de Derrick. Buscado por las autoridades por su papel en un incendio provocado contra la familia Saxton, había huido a Francia. Ella poco a poco había construido una nueva vida junto a su hijo, aunque depender de la caridad de los Harcourt había sido irritante. Entonces, el desgraciado había reaparecido, con su cabello castaño teñido de negro y luciendo la barba roja más espesa que jamás había visto.

Él apretó la mandíbula y balanceó las caderas contra las de ella.

—Revelarse en público es arriesgado. Si me viera...

Ella puso los ojos en blanco, intentando sin éxito liberar su brazo de su agarre. —Él estaba en el otro extremo de la sala grande y llena de gente y tu barba es tan espesa que apenas te reconozco. Además, los Harcourt y los Saxton creen que todavía estás en Francia.

—Al igual que las autoridades —se rio entre dientes, soltando su muñeca para poder acariciar su pecho—. Fue lamentablemente fácil regresar a Inglaterra.

Cuando él apretó un pezón, ella luchó contra la sensación que provocaba en un sus partes privadas, pero él sabía cómo jugar con ella. El deseo traicionero le dio valor. —No entiendo por qué no te quedaste en Francia. Podrías habernos llamado a Nicholas y a mí.

—No te corresponde a ti cuestionar mis motivos, Mildred —soltó, apretando con fuerza—. Tenía un derecho legítimo a ser el próximo duque de Harrowby. Luego, Alexander Harcourt se casa con una don nadie y la deja embarazada. Una traición así le da a un hombre una mejor apreciación de la ira de los campesinos contra los aristócratas franceses.

Un escalofrío le recorrió la nuca.

—¿No estarás pensando que queremos una revolución aquí en Inglaterra?

—¿Quién lo dice? —resopló—. Mucha gente está haciendo campaña por el derrocamiento de la monarquía y el fin de los privilegios aristocráticos. Pensé que querías vengarte de tu insensible padre después de que te echó de la casa. Ahora, enrolla tu astuta mano alrededor de esto y házmelo.

Se le hizo un nudo en la garganta. Claramente, tenía toda la intención de derramar su semilla sin tener en cuenta su placer. Se vería obligada a caminar hasta Beverly en la oscuridad, junto con varias docenas de trabajadores que volvían a casa después de un turno nocturno en los muelles. Tendría que buscar refugio en su estrecha habitación antes de que alguna de las perras lascivas de *Winifred Oliver House* pudiera oler que había estado con un hombre. Forzando una sonrisa, canturreó: —¿Por qué no vamos a tus habitaciones y disfrutamos en una cama adecuada?

Incluso su alojamiento infestado de alimañas sería mejor que un callejón.

—No hay tiempo —gruñó—. Tengo que mantenerme fuera de la vista.

Apretando los dientes, agarró el turgente miembro que él había liberado de los confines de sus pantalones, cerró los ojos y lo acarició.

* * *

RUMORES

El día después del viaje clandestino a Skinner Street, Jenny se levantó al amanecer. No tenía mucho sentido quedarse en la cama ya que no había dormido nada, sus pensamientos inquietos estaban llenos de resentimiento. Pasó la mayor parte de la mañana absorta terminando el libro de Wallwork. Ardía de ganas de entregárselo a Eliza cuando llegó a tomar su habitual taza de té a las once en punto.

El único inconveniente era la presencia de su madre. Jenny esperaba los habituales comentarios obsoletos sobre el lugar de la mujer en la sociedad, a pesar del caso omiso de sus hijas.

—Creo que estas caminatas diarias me están ayudando con mi peso —dijo Eliza mientras le entregaba a Saxton a su abuela, que le hacía caritas.

—Querías leer esto —dijo Jenny, tendiéndole el libro después de que su hermana se acomodó en el sofá.

—¿Ya lo has acabado? — Preguntó Eliza, fingiendo sorpresa por el peso del tomo cuando lo agarró.

—Sí —respondió Jenny—. Es difícil parar.

Eliza la miró con escepticismo.

—¿De verdad?

—Bueno —confesó Jenny—. Algunas partes son bastante áridas, pero...

Su madre resopló de una manera muy poco femenina.

—Basura de principio a fin. Derechos para las mujeres...

Saxton se rio y trató de imitar el ruido que había hecho su abuela, lo que provocó la risa de todas. Desafortunadamente, el bebé se ascon tanta hilaridad y sus pequeños labios temblaron a punto de llorar

—Está bien —susurró Eliza, recuperando a su hijo.

El pequeño pronto se calmó mientras su madre lo llevaba por la habitación, describiendo los adornos y pinturas con voz tranquilizadora.

—Se te da muy bien —dijo Amelia.

—Se aprende sobre la marcha —respondió Eliza—. Confieso que no siempre soy tan paciente. Alex interviene cuando siente que me estoy abrumando, así que soy afortunada.

—Nunca había oído hablar de tal cosa —se burló Lady Penélope—. Un duque cuidando a un bebé.

Las hermanas pusieron los ojos en blanco a la vez, pero años de excentricidades de su madre les habían enseñado a reprimir cualquier respuesta.

—¿Mildred quiere el libro pronto? —preguntó Eliza—. Puede que me lleve un tiempo leerlo.

—Lo dudo —siseó Jenny—. Ella no está realmente interesada en los derechos de las mujeres. Creo que va a la librería para encontrarse con alguien.

—Ah, sí. ¿Qué averiguaste sobre las reuniones? —preguntó Eliza.

Jenny y Amelia compartieron una mirada elocuente. Ahora tendrían que explicar sin revelar la traición que habían descubierto la noche anterior.

Para Jenny, el dolor era demasiado como para guardárselo para sí misma.

—Se encuentra con Philip allí.

Lady Penélope jadeó.

—¿Fortescue? —Preguntó Eliza, su voz cargada de duda. ¿No estás sugiriendo que Philip estaría interesado en Mildred Thompson?

—Los vimos a ambos entrar a la librería por la puerta lateral.

—¿Los viste? ¿Juntos? ¿Estabas espiando?

—No —respondió Amelia antes de que Jenny pudiera defender sus acciones—. Es cierto que ambos asistieron a la reunión, pero eso no significa que fueron allí para encontrarse. No los vimos juntos y sí, estábamos espiando.

* * *

— He pasado una mañana increíble —le dijo Eliza a su marido cuando regresó a Harrowby Hall—. Jenny y Amelia emprendieron anoche una aventura clandestina.

—Mmm —respondió Alex, claramente más interesado en desenvolver la cálida manta de su hijo y pretender hacerle cosquillas.

—¿No quieres saber adónde fueron? —preguntó impaciente, entregándole el sombrero, la capa y los guantes a Frobisher.

—No particularmente —respondió con una sonrisa torcida—. Pero espero que me lo digas de todos modos.

—Todavía no he podido alimentar a Sax, así que vayamos a la guardería y te contaré todo.

Accedió de inmediato, como ella sabía que lo haría. Quizás lo hacía como quien no quiere la cosa, pero Alex nunca perdía la oportunidad de verla amamantar a su hijo.

Arriba, se acomodó en la mecedora junto al moisés y descubrió su pecho.

Mirándola a los ojos, Alex puso a Sax en sus brazos, no sin antes darle un casto beso en la curvatura de sus senos. Era tentador presionar su mano contra el inconfundible bulto de sus pantalones, pero el bebé se quejaría del retraso.

—Entonces, cuéntame sobre la escapada de tus hermanas —dijo mientras se arrodillaba para besar los dedos de los pies de su hijo.

En verdad, Eliza habría preferido simplemente disfrutar de la dicha de estos preciosos momentos, pero su noticia era demasiado inquietante para guardársela para ella.

—Condujeron el carruaje a una librería en Hull dirigida por William Middleditch.

—Ese nombre sigue apareciendo. ¿El William Middleditch que estaba casado con Mary Wallwork?

—Sí.

—¿Por la noche?

—Mildred Thompson les informó que allí se realizan reuniones para discutir el avance de los derechos de las mujeres.

—¿Fueron con Mildred?

—No, es más complicado. Visitaron la librería durante el día y preguntaron sobre las reuniones, pero les dijeron que necesitarían una invitación.

—Déjame adivinar. No las invitaron.

—No, entonces Jenny...

—...se molestó y decidió ver si Mildred realmente asistía.

—Sí, pero cuando estaban en la librería la tarde anterior, se toparon con Philip.

—Una coincidencia desafortunada, pero es un hombre culto que probablemente frecuenta librerías todo el tiempo. Curiosamente, me dijo que ha estado leyendo el libro de Middleditch.

—Esta librería sólo vende libros para niños y Philip afirmó que estaba comprando un

libro para su sobrino de cinco años.

—Alex frunció el ceño. —Quizás tenga un sobrino de esa edad.

—Sabes que no es así. Además, Philip también asistió a la reunión por la noche.

—Mmm.

—Amelia tiene dudas, pero Jenny está convencida de que Philip y Mildred fueron allí para encontrarse.

Alex se puso de pie y caminó por la pequeña guardería. Fue gratificante ver que su cojera había mejorado mucho desde que se conocieron, pero Eliza pudo ver que estaba perplejo. Había desviado su atención de sus pechos, prueba segura de su distracción.

—No estoy segura de si deberíamos hacer o decir algo —susurró mientras Sax luchaba por mantener los ojos abiertos—. Mildred no parece el tipo de mujer con la que Philip querría casarse. Él es consciente de que ella intentó hacer pasar al hijo de tu horrible primo como tuyo.

Alex se apartó el pelo de la frente. —No puedo permitir que mi tortuosa ex prometida se mezcle con mi mejor amigo.

* * *

Al regresar a su casa después de un día agotador en la Royal Infirmary, Philip no esperaba que su mayordomo le informara que el duque de Harrowby había estado esperando en el salón durante más de una hora.

—Alex —declaró, alarmado por la expresión severa de la mandíbula de su amigo mientras se levantaba—. Esto es una sorpresa.

Alex aceptó el apretón de manos, pero su ceño permaneció.

—Tenía que venir.

—Siéntate, por favor, y dime qué es lo que te preocupa tanto.

Alex se ajustó la levita y se sentó en el borde del sofá.

—Mildred Thompson.

Una campana de advertencia distante tintineó en el fondo del cerebro de Philip.

—¿Que hay de ella?

—Fuiste visto.

El timbre se hizo más fuerte. —¿Visto?

—En una reunión en la que Mildred estaba presente.

Philip intentó desesperadamente organizar sus pensamientos. Parecía que alguien estaba observando sus movimientos.

—Asistí a una reunión en una librería local —confesó—. El lugar estaba lleno de gente y vislumbé a una mujer que pensé que se parecía a Mildred. Estaba con un tipo que me resultaba vagamente familiar, así que no estaba seguro.

Alex alivió la terrible tensión de sus piernas.

—Entonces, ¿no pasa nada entre vosotros dos?

El malestar oprimió la garganta de Philip.

—¿En serio crees que tendría algo que ver con la mujer que planeó tu caída con tu primo asesino?

Alex tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—Es sólo que dejaste caer a Jenny como si fuera un ladrillo caliente, y...

De repente, Philip se sintió abrumadoramente cansado.

—Jenny y yo nunca podríamos tener un futuro juntos. Mi querido papá se encargó de ello.

—Ya lo sospechaba.

—Todo eso es agua pasada —respondió Philip—. Sin embargo, debes contarme quién me ha estado espiando.

—No puedo hacer eso —dijo Alex mientras usaba su bastón para ponerse de pie—. Me deja perplejo que la reunión a la que asististe se haya celebrado en casa de nada menos que William Middleditch. Después de nuestra discusión del otro día, espero que no estés involucrado en algo tonto.

Philip se sirvió un buen brandy después de que Alex salió, pero eso no hizo nada para aflojar el nudo en su estómago. Alguien lo estaba espiando y Alex sabía quién era. Sin embargo, ni siquiera Alex estaba al tanto de los motivos de su objetivo de infiltrarse en la facción antimonárquica. Supuso que un espía tenía que aceptar el daño irreparable que su misión podría causar a una amistad de toda la vida. Ya se había abierto una brecha entre él y el hombre que había sido su mejor amigo desde que eran niños en Eton.

CÁSCARAS DE HUEVO

El día después de su reunión con Philip, Alex paseaba por los confines de su estudio, irritado porque necesitaba su bastón. ¿Era el clima húmedo lo que hacía que le doliera la cadera de esa forma? Creía que el régimen de ejercicios y masajes de Eliza había curado ese tormento, pero hoy...

En los tres años transcurridos entre las catastróficas lesiones que había sufrido en Waterloo y la llegada enviada del cielo de Eliza como su cuidadora, había vivido una vida de solitaria y desesperada. Se estremeció al recordar que detestaba que sus sirvientes y conocidos lo trataran como si fuera un monstruo frágil. Solía quejarse de que andaban pisando huevos en su presencia.

Ahora, mientras esperaba la llegada de su familia política, sabía que sería él quien andaría sobre cáscaras de huevo. El almuerzo familiar parecía una roca gigante que podría aplastar su confianza.

Aún así, no tuvo más remedio que sacar a relucir lo que había aprendido sobre Philip y Mildred, aunque no podía entender en absoluto por qué su amigo parecía estar haciendo todo lo posible para cultivar una relación con un hombre como Middleditch.

Jenny afirmó que estaba siguiendo a Mildred cuando vio a Philip entrar al edificio en Skinner Street, pero Philip claramente se molestó al saber que alguien había observado sus movimientos. ¿Se enfadaría si descubriera que era Jenny? Era dolorosamente obvio que los dos todavía se añoraban el uno al otro.

Alex albergaba una inútil esperanza de que su suegra no viniera a almorzar con Jenny y Amelia. Si había una mujer que pudiera llegar rápidamente a conclusiones equivocadas, esa era Lady Penelope Saxton.

Al escuchar su estridente voz resonando en el vestíbulo, llenó sus pulmones, cuadró los hombros y arrastró su pierna coja fuera del estudio para saludar a la familia de Eliza.

* * *

Tan pronto como Alex entró al vestíbulo, Jenny pudo ver que su cuñado tenía algo importante en mente. La cirugía para repararle la nariz y el ojo de cristal habían mejorado enormemente sus deformidades faciales. El parche que todavía llevaba a menudo le daba un toque de pícaro. Sin embargo, la preocupación tendía a torcer sus rasgos en una mueca.

Ella lo vio darle un beso cortés a los nudillos de su madre. Amelia y ella ofrecieron una mejilla para su cariñoso beso. Intercambiaron las habituales palabras sobre el tiempo. Todo seguía como siempre, excepto que incluso Eliza parecía nerviosa, como si supiera lo que estaba pensando su marido.

—Adelante —dijo Alex, señalando con la cabeza hacia el comedor. Le tendió un brazo a su suegra y la acompañó hasta su lugar en la mesa. Un lacayo le tendió una silla y la ayudó a sentarse. Se comportó con su característico aire regio.

Luego todos los demás tomaron asiento y la conversación excesivamente educada continuó. Alex permaneció en silencio, a pesar de los esfuerzos de Eliza por sacarle una palabra o dos. Al final, incluso Lady Penélope cesó su interminable charla. La tensión se cernía sobre la reunión como una nube oscura mientras Alex tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

No fue hasta que hubo un silencio incómodo una vez retirados los platos que Alex se aclaró la garganta y dijo: —Jenny, sé de buena fuente que tu suposición sobre Lady Mildred es infundada.

—¿Lady Mildred? ¿Qué suposición? Exigió la madre de Jenny.

—Nada que te preocupe, mamá —respondió Eliza.

Jenny se estremeció. Una niña debería sentirse libre de hablar de asuntos personales con su madre, pero Lady Penélope nunca entendería las emociones de su hija. Había descartado a Philip, pero el patético corazón de Jenny no lo dejaría ir, a pesar de su confusión sobre las razones de su rechazo y su presencia en la reunión de los Middleditch.

—Supongo que, de buena fuente, te refieres a Philip Fortescue —declaró, odiándose a sí misma por el arrebató sarcástico.

—Sí —respondió Alex—. No sé por qué estaba en la reunión, pero puedo asegurarles que no estaba con Mildred Thompson.

—Supongo que tendremos que confiar en su palabra —respondió Jenny, aunque en el fondo sabía que Philip nunca se relacionaría con gente como Mildred.

Lady Penélope levantó la barbilla.

—Simplemente no puedo entender por qué mi hija sigue preocupándose por un hombre irresponsable como Fortescue.

Alex arrojó su servilleta sobre la mesa y se levantó con ayuda de su bastón.

—El marqués de Clavering me salvó la vida, señora —gruñó—. Lo conozco desde que éramos niños y nunca me ha parecido irresponsable. Ha sido firme en su amistad incluso cuando yo no era una persona agradable. No me sentaré a escuchar cómo se difama a un hombre al que tengo en alta estima. No le corresponde a usted juzgarlo.

La madre de Jenny, con el rostro sonrojado, se quedó boquiabierta como un pez fuera del agua mientras observaba a Eliza ponerse de pie, tomar del brazo a su marido y acompañarlo fuera del comedor. Por una vez en su vida, Lady Penelope Saxton aparentemente se había quedado sin palabras.

Todo lo que Alex había dicho sobre su amigo más cercano era verdad. Jenny había asumido que él había perdido interés en ella, pero ahora se preguntaba sus motivos. Un hombre honorable habría explicado las razones para poner fin a la relación y Philip lo era. Algo estaba sucediendo y él simplemente no podía decirle de qué se trataba.

* * *

Después de su encuentro con Alex, Philip sintió que estaba atravesando un atolladero. Quería a Jenny. Seguramente había alguna manera de reclamarla. Estuvo muy tentado de conducir su carruaje hacia el sur, hasta Raventhorpe, y enfrentarse a su padre. La insistencia en perseguir a Jenny Saxton podría endurecer aún más el corazón del duque de Wentworth. Podría decidir cumplir con su amenaza de desheredar a su único hijo. Que así fuera. Su primo tonto, Algernon, se convertiría en el próximo duque. Philip tenía su exitosa consulta médica y buenos amigos y se casaría con la mujer que amaba. No tendría a su disposición la enorme fortuna del ducado de Wentworth, pero dudaba que a Jenny le importara la riqueza.

Sin embargo, Algernon no era muy brillante y no tenía lo necesario para ser un buen duque. Las personas dependientes de la finca sufrirían las consecuencias.

Y el duque todavía podría conspirar para *arruinar* a la familia Saxton. Philip no tenía idea de qué forma podría tomar esta ruina, pero su padre tenía conexiones poderosas.

Amar a Jenny y convertirla en su esposa estaba muy bien en teoría, pero también tenía que considerar su misión. Ella no sabía nada de sus actividades clandestinas para la Corona. Le costaba creer que ella fuera la persona que lo había espiado en la librería, aunque había estado allí el día anterior.

Sus recientes interacciones con Alex Harcourt le preocupaban. Habían sido amigos desde

siempre y habían compartido triunfos y tragedias. Alex sospechaba de sus motivos para asistir a la reunión en Skinner Street. Perder la confianza de su amigo pesó mucho para Philip.

Parecía no haber solución al dilema de Jenny, pero no podía eludir su deber para con la Corona.

COMPAÑEROS CON IDEAS AFINES

Las intenciones de Philip de continuar con su misión se fortaleció al día siguiente al recibir una nota de William Middleditch. Estaba cordialmente invitado a tomar el té con la familia esa tarde. La tienda cerraba los domingos, por lo que Philip supuso que la señora Middleditch también estaría presente.

Los acontecimientos se habían puesto en marcha y ya no había vuelta atrás. Si el dueño de la librería y el editor estaban involucrados en actividades de traición, Philip estaba decidido a procesarlo. La invitación a tomar el té podría tratarse simplemente de cortesía social. Cualquiera fuera el caso, tendría que mantenerse alerta.

Llegó a la puerta lateral a la hora acordada y el joven William lo condujo arriba. Devolvió el apretón de manos de Middleditch con uno igualmente feroz, consciente de que el caballero lo estaba calibrando.

El joven William le pidió que se sentara antes de acomodarse en el mismo sofá. Una doncella avanzó con un carrito de té, lo sirvió, entregó a cada hombre su taza y su plato y luego se retiró. La señora Middleditch no estaba a la vista.

—Entonces —comenzó Middleditch mientras removía su té—. Tengo curiosidad por saber cómo el hijo de un duque de Lincolnshire llega a defender a los enfermos en los barrios marginales de Yorkshire.

Philip hizo un esfuerzo consciente por mantener la calma. Había estado en esta situación antes en Francia y logró salir de ella en un idioma que no era el suyo. Había asumido que Middleditch comprobaría sus antecedentes.

—Si sabe que soy el hijo del duque de Wentworth, entonces también sabrá que él y yo estamos distanciados. De hecho, mi padre ha nombrado heredero a mi primo.

Puede que Middleditch fuera astuto y tuviera conexiones poderosas, pero le resultaría difícil refutar la afirmación de Philip.

—Entonces eres la oveja negra —respondió su anfitrión.

Philip se rió entre dientes. —Prefiero considerarme un aristócrata ilustrado. Desprecio el privilegio que disfrutaban unas pocas familias ricas en este país, especialmente cuando soy testigo de primera mano de la difícil situación de muchos miembros de la clase trabajadora.

Esperaba que fuera verdad y, por tanto, creíble.

—Estás a favor de la reforma, ¿supongo?

—Cuanto antes mejor.

Middleditch entrecerró los ojos. —Muchas personas en todo este gran país sienten lo mismo. De vez en cuando, un grupo de hombres que luchan por la reforma se reúne aquí mismo en Hull. Puedo presentarte, si lo deseas.

Era imperativo que no pareciera demasiado ansioso.

—Para ser honesto, no soy de reuniones políticas —respondió—. Estoy haciendo lo que puedo a mi manera.

—Pero la unión hace la fuerza, amigo mío —declaró Middleditch, con los ojos repentinamente llameantes con justo fervor—. No se sabe qué cambios monumentales podría provocar un grupo comprometido.

Aquí se vislumbró el revolucionario que se escondía bajo el respetable exterior.

—Supongo que no estaría de más conocer a personas con ideas afines —admitió Philip.

—Te enviaré detalles de la próxima reunión.

* * *

Tragando aire y sudando después de matar a golpes a una astuta rata, Derrick Peploe apoyó un hombro contra la puerta deformada del lúgubre edificio y permitió que su repudio alimentara su ira. A estas alturas ya podría haber sido el duque de Harrowby y vivir en la opulenta mansión ducal. Había cometido el error de confiar en un francotirador incompetente en Waterloo. Se suponía que ese imbécil dispararía a Alexander Harcourt, no a su maldito caballo.

Al principio, fue un consuelo saber que Harcourt había resultado gravemente herido cuando quedó atrapado bajo la bestia moribunda. ¿Cuánto tiempo podría aguantar viviendo en una profunda desesperación? A su muerte, Derrick heredaría.

Había esperado tres años interminables el momento oportuno, satisfecho y complacido de haber atraído a la prometida de Harcourt a su cama. Luego, sus planes se vieron frustrados por una cualquiera de baja cuna que se ganó el afecto de Harcourt. Ahora, la pareja había tenido un mocososo.

—Deben morir todos —siseó cuando alguien golpeó la puerta—. Junto con todos los aristócratas que me miran con desprecio. Clavering para empezar. Ya van a ver.

—¿Ver qué?— preguntó su visitante al entrar.

Derrick odiaba depender de Warrick Farrell, un hombre que conocía las calles más malas de Hull como la palma de su mano. Había ayudado a introducir clandestinamente a Derrick desde Francia al puerto de Yorkshire y le había encontrado este lugar para vivir. Era un refugio seguro, a pesar de las alimañas. Farrell se había puesto en contacto con Mildred Thompson en nombre de Derrick, aunque el hombre de Yorkshire sólo lo conocía como *Frenchie*.

El tipo trajo comida ya que deambular por la ciudad podría resultar en que reconocieran a Derrick, a pesar de la barba y el cabello negro. Asistir al salón de Skinner Street se había convertido en una situación difícil.

Lo más irónico y útil de Farrell era que afirmaba ser el hijo bastardo del duque de Beaufort. Le molestaba la aristocracia porque su padre nunca había reconocido su existencia. Eran almas afines, hombres que merecían algo mejor.

Fue Farrell quien lo puso en contacto con William Middleditch y algunos descontentos menos intelectuales en Hull.

Debería confiar en el hombre de Yorkshire, pero dudaba en revelar sus planes. Puede que Farrell no tuviera la bendición o el apoyo de su verdadero padre, pero había algo demasiado aristocrático en su porte. Se vestía y hablaba como un habitante de los barrios bajos, pero tenía una vista demasiado aguda y un gran ingenio. Sin mencionar que era musculoso y de hombros anchos, activos que podrían resultar útiles. Sin embargo, el gran cabrón podría aplastar a Derrick como a un insecto si se lo proponía, así que era mejor mantenerlo a raya.

—No te importa —respondió a la pregunta de Farrell mientras pateaba el cadáver del roedor hacia la puerta y la cerraba de golpe

—. ¿Qué víveres has traído?

CONTROLAR LA NARRATIVA

A Jenny le preocupaba el comportamiento de Philip, a pesar de que Alex le aseguró que no tenía ninguna relación con Mildred. Debería ser lo suficientemente sensata como para dejarlo en paz, pero Philip Fortescue parecía haberle robado su capacidad de ser sensata. Decidió confrontar a la mujer en cuestión.

—Dijiste que la reunión en la librería tenía lugar los sábados — acusó después de irrumpir en la pequeña oficina designada para la matrona de *Winifred Oliver House* —. Eso era mentira.

La silla de Mildred se cayó cuando se puso de pie abruptamente, mirando hacia la puerta, con el rostro sin color.

—Yo... eh... confundí los días.

—Eso es extraño, porque fuiste a la librería el viernes por la noche.

El pálido rostro de Mildred se sonrojó.

—¿Como sabes eso?

—Mi hermana y yo te vimos entrar por la puerta lateral.

—¿Me espiaste?

—Sí, y vimos a Philip Fortescue entrar por la misma puerta. ¿Fuiste allí para verte con él?

Jenny temió por un momento que Mildred pudiera desmayarse mientras se agarraba al borde del escritorio.

Luego, inesperadamente, esbozó una sonrisa y se echó a reír, aunque no había ninguna diversión en la risa sarcástica.

—Pensé que Fortescue era su novio, señorita Saxton. ¿Por qué estaría interesada en sus desechos? Sí, lo vi entre la multitud, pero no tuve ocasión de hablar con él.

Jenny se dio cuenta de que había perdido el control de la narrativa cuando Mildred levantó la nariz y pasó junto a ella para salir de la oficina. Estaba dispuesta a creer que la mujer no había ido allí para encontrarse con Philip, pero ¿por qué había sido tan engañosa acerca de la reunión? Todavía parecía probable que hubiera conocido a alguien allí. ¿Y cuál fue el motivo de Philip para asistir?

Con la seguridad de que Alex Harcourt lo sabría, recorrió a caballo la corta distancia hasta Harrowby Hall, recordándose todo el tiempo que tendría que andar con cuidado. Lady Penélope ya había provocado una ruptura entre su familia y el duque. Eliza había quedado atrapada en el medio, aunque había dejado claro en el almuerzo que su lealtad estaba con su marido.

Esa realidad hacía que el abandono de Philip fuera aún más doloroso. Si se hubiera casado con ella, habría permanecido a su lado contra viento y marea.

* * *

Eliza y Alex estaban conversando con el administrador de su propiedad y el hombre de negocios cuando Frobisher llamó a la puerta del estudio y entró.

—La señorita Jenny Saxton quiere verlos, excelencia —anunció.

Eliza reconoció su buena suerte al estar casada con un hombre que la incluía en las decisiones sobre las inversiones y la gestión diaria del ducado. Claramente, Alex no podía abandonar la reunión. Que Jenny llegara inesperadamente significaba que algo andaba mal y Eliza sospechaba que ese algo era Philip Fortescue. Su hermana la necesitaba. De mala gana se

disculpó y abandonó el estudio.

Cuando entró en el salón, la angustia en el rostro de Jenny y el pañuelo arrugado en su regazo confirmaron su preocupación.

—¿Qué sucede? —preguntó, tomando las manos de su hermana mientras se sentaba a su lado en el sofá.

—Necesito saber exactamente qué está pasando con Philip —se lamentó Jenny—. Sé que sentía algo por mí, entonces, ¿por qué me abandonó?

Eliza se sentía como en el medio de la situación. Su lealtad recaía en su marido, cuya lealtad a su vez recaía en su amigo. Sabía que los dos hombres habían hablado recientemente y que Alex estaba preocupado por las actividades fuera de lo común de Philip. Quizás podría calmar el malestar de Jenny sin revelar demasiado las confidencias de su marido. —Alex cree que el duque de Wentworth amenazó a su hijo si seguía viéndose contigo.

—Ya lo supuse —confesó Jenny—. Pensé que me amaba lo suficiente como para desafiar a su padre.

—Eso es razonable —dijo Eliza, sin saber qué más decir. Entonces se le ocurrió otra idea—. Es posible que el duque también te haya amenazado a ti.

—¿A mí?

Eliza se puso de pie, con la sangre helándosele al intuir una terrible verdad.

—O tal vez todas las Saxton, incluyéndome a mí.

* * *

Incapaz de concentrarse en los asuntos que se estaban discutiendo, Alex esperaba que el administrador de su propiedad no se molestara demasiado por su sugerencia de una pausa de treinta minutos.

—Pediré a Frobisher que prepare té —le aseguró—. O sírvase brandy, si lo prefiere.

Su evasivo encogimiento de hombros lo dijo todo. Probablemente lo consideraba un hombre débil que no podía tomar decisiones sin la opinión de su esposa. Pero como era él quien estaba pagando sus generosos salarios, entonces, ¿qué le importaba? Se consideraba afortunado de haberse casado con una mujer inteligente y perspicaz.

Como era de esperar, encontró a Eliza y a su pálida hermana en el salón. Lo que no esperaba era escuchar la insinuación de su esposa de que el duque de Wentworth tal vez había amenazado a la familia Saxton si Philip entablaba una relación con Jenny.

—Si ese es el caso —respondió Alex—. Entonces también es una amenaza contra mí. Puede que en este momento esté en desacuerdo con lady Penélope, pero no puedo tolerar que un duque amenace a la familia de mi esposa.

—¿Ha dicho eso Philip? —Preguntó Jenny.

Alex luchó con emociones encontradas. Philip y él siempre habían disfrutado de una relación abierta y honesta. Su amigo era uno de los pocos que lo apoyaron después de Waterloo, aunque Alex había hecho todo lo posible para ahuyentarlos a todos. Sin embargo, últimamente había tenido la sensación de que Philip ocultaba algo.

—Dijo que su padre ejercía cierto poder sobre él, pero no exactamente cuál era. Supuse que la amenaza era desheredarlo.

—Me prometió que se ocuparía de eso cuando ocurriera. Voy a enfrentarlo —declaró Jenny.

—¿Y cómo exactamente vas a hacer eso? —respondió Eliza—. No es apropiado que lo busques.

—No, pero vendría aquí si tu marido lo invitara.

Alex se enfureció.

—Escúchame. No voy a atraer a mi mejor amigo a una trampa.

Jenny parecía decidida a no darse por vencida.

—¿Crees que Philip es feliz? —le preguntó.

Alex ni siquiera tuvo que pensar en ello. —No, no lo es.

—Yo tampoco. Pero podríamos hacernos felices el uno al otro. Sólo necesitamos tu ayuda.

Alex vaciló. La posibilidad de que el duque de Wentworth hubiera amenazado a la familia de su esposa le revolvió el estómago. Eso no significaba que Philip fuera a agradecer su interferencia. Sin embargo, Eliza se preocuparía por la infelicidad de Jenny y él quería ver a su amigo felizmente casado.

—Lo invitaré —dijo de mala gana—. Pero no ocultaré el hecho de que Jenny también estará aquí.

DISIDENTES DEL PUERTO

La casa de Philip en Hull tenía vistas al Mar del Norte, pero estaba situada lejos de la zona portuaria. A veces tenía que aventurarse en ese sórdido laberinto para certificar la causa de la muerte de las víctimas de enfermedades. En esas ocasiones contaba con un guía y una escolta armada para hacer cumplir las fumigaciones o vaciados de algunas propiedades. Esos deberes le hacían no ser bienvenido. Por otro lado, la rara oportunidad de ayudar a algunos desafortunados a recuperarse de una enfermedad le valió la reputación de hacer milagros. Podía contar con los dedos de una mano las veces que había triunfado el *milagro de la limpieza*. Nunca se sentía cómodo navegando por la desconcertante red de calles estrechas y callejones.

Sin embargo, Middleditch le había enviado un mensaje críptico: *Cinco de la tarde. 235A Bullion Street. Sociedad de Correspondientes de Hull. Lo esperamos.*

Sabía que la Sociedad de Correspondientes de Londres había florecido en la capital hasta principios de siglo. A raíz de la Revolución Francesa, la federación de grupos locales de artesanos, comerciantes y mercaderes había hecho campaña a favor de la reforma democrática del Parlamento británico. Pidieron el sufragio masculino, el voto secreto, elecciones anuales y distritos electorales iguales.

Pitt el Joven era entonces primer ministro y no quería saber nada de eso. Caracterizó a la sociedad como una organización subversiva y buscó prohibirla. Los miembros destacados fueron acusados dos veces de participar en complots para matar al rey. La SCL fue finalmente suprimida, pero Whitehall sospechaba que continuaba en secreto. Philip, y posiblemente Fotheringay, no estaban al tanto del grupo en Hull, aunque no fue una verdadera sorpresa. A pesar de la creciente población y prosperidad de Hull, pocos hombres tenían derecho a votar.

Con la esperanza de que la ropa tosca que había elegido pasara el escrutinio, Philip finalmente localizó Bullion Street. Su nombre sugería riqueza. En realidad, era un gueto que constaba de viviendas de cinco y seis pisos. El número 235A resultó ser el sótano debajo de uno de ellos.

Antes de descender la media docena de toscos escalones de piedra que conducían a una puerta desgastada, Philip miró hacia arriba, rezando para que el edificio inclinado no se derrumbara mientras él estaba dentro. Tomó nota del cielo azul, tal vez la última vez que lo vería. Era un día soleado, pero los edificios altos y los tejados colgantes impedían que el calor del sol secara los apestosos charcos.

Recordándose a sí mismo que había visto cosas peores en París, bajó las escaleras rápidamente y golpeó con el puño.

Un gigante con el ceño fruncido abrió la puerta. Un parpadeo en los ojos del hombre sugirió reconocimiento y Philip pensó que tal vez ya lo había conocido antes. Pero desapareció en un instante, así que Philip se aclaró la garganta y pronunció su nombre con voz ronca.

—Creí reconocerte —respondió el gigante. Ese es el tipo que salvó a Lucas Brown cuando contrajo tifus. Warrick Farrell es mi nombre.

Farrell cerró la obstinada puerta. La barrera silenciaba el omnipresente llanto de los bebés hambrientos, pero aumentaba el hedor de demasiados hombres sucios hacinados en un espacio reducido.

Philip ciertamente recordaba a Lucas: uno de los pocos milagros. Al mirar al gigante en la penumbra, reconoció al hombre con quien se alojaban Lucas y un puñado de otros niños. Farrell había sido uno de los pocos que prestó atención a los consejos de Philip sobre la limpieza.

—¿El muchacho ha seguido mejorando? —preguntó.

—Creo que sí —fue la respuesta—. Se embarcó hacia América como grumete.

Los viajes por mar podían ser mortales y las dificultades a bordo legendarias, especialmente para un muchacho adolescente, pero Philip esperaba que Lucas tal vez hubiera tenido la suerte de comenzar una nueva vida lejos de la suciedad y la degradación de los muelles.

—Largo viaje —continuó Farrell con su fuerte acento portuario—. Te estábamos esperando. La reunión puede empezar ahora.

Philip lo siguió hasta una cámara oscura que parecía una caverna. En algún lugar cercano goteaba agua.

—Este es el doctor —anunció Farrell—. Middleditch lo ha invitado.

Nadie ofreció una palabra de saludo. De hecho, ninguno de la docena de hombres levantó su atención del suelo de piedra. Lo único que Philip pudo ver de ellos fueron sus gorras de tela. Era un hábito entre los trabajadores que ya había notado antes, tal vez un vestigio de los días en que los siervos no se atrevían a mirar a los ojos de un señor feudal.

—Frenchie vendrá más tarde —declaró una voz.

—Entonces sigamos con esto —dijo otro—. La señora tendrá ya mi merienda lista.

Al preguntarse sobre la identidad del *Frenchie* ausente, Philip empezaba a pensar que estaba perdiendo el tiempo hasta que alguien preguntó: —¿Seguimos detrás del Gordo George?

—Pues sí —fue la respuesta—. Ese cabrón de prícipe es una vergüenza para Inglaterra.

Más que contento de haber pensado en ponerse una gorra muy gastada, Philip bajó la cabeza y se dirigió hacia las sombras detrás del grupo. Murmullos apagados entre dos o más hombres. Parecía que no se estaba discutiendo ningún plan real, ni que había ningún líder.

El ambiente cambió abruptamente cuando un murmullo recorrió la reunión. El *francés* había llegado. Los hombres cuadraron los hombros y enderezaron la espalda. Se hizo un silencio expectante cuando entró el recién llegado. Arriesgándose a echar un vistazo rápido, Philip inmediatamente agachó la cabeza y se ocultó aún más entre las sombras. Supo al instante por qué el compañero de Mildred Thompson le había parecido vagamente familiar. Derrick Peplow se había teñido el pelo y se había dejado una barba abundante, pero era el hombre que este grupo de disidentes conocía como Frenchie.

Derrick había sido despiadado. No dudó en intentar matar a Alex para heredar el Ducado de Harrowby. Cuando eso fracasó, intentó acabar con Eliza Saxton, la mujer con la que Alex pretendía casarse. Si Derrick era el líder de este grupo, sus objetivos finales serían violentos. Frustrado en su deseo de ser aristócrata, evidentemente había decidido hacer una revolución contra los poderes fácticos. A Philip se le heló la sangre. El Regente estaba claramente en peligro, pero también lo estaba el heredero de Alex, siempre y cuando Derrick fuera una amenaza.

* * *

JURAR EL SECRETO

La madre de Jenny se negó a acompañar a sus hijas al almuerzo habitual en Harrowby Hall.

—Alex no es alguien que guarde rencor, mamá —le aseguró Amelia, pero Lady Penélope insistió en que sería mejor dejar que los ánimos se calmaran por más tiempo que los dos días transcurridos desde la desagradable escena.

—Creo que es mejor —le dijo Jenny a su hermana mientras se acercaban a la casa principal—. Estoy segura de que nuestro cuñado ya ha superado su enfado, pero mamá podría fácilmente decir algo más que lo enfade. Especialmente porque creo que se está cansando de que lo moleste para que invite a Philip y podamos discutir nuestra situación.

Frobisher las saludó calurosamente; su amplia sonrisa fue el primer indicio de que algo adverso se estaba gestando.

—Parece inusualmente alegre hoy —dijo Jenny, reacia a comentar que rara vez se desviaba de su comportamiento altivo de mayordomo—. ¿Buenas nuevas?

—No me corresponde a mí decirlo, Milady —respondió mientras le entregaba sus capas, gorros y guantes a una sirvienta antes de conducirlos al comedor—. He jurado guardar el secreto.

—¿En serio? —Jenny respondió, considerando su respuesta demasiado dramática.

—Su Alteza debería ser quien se lo diga, señorita Saxton —confirmó.

Alex y Eliza entraron unos minutos después. Ambos estaban sonrojados, intercambiando miradas furtivas, como niños que comparten un secreto. Jenny sospechaba que les dirían que su hermana estaba embarazada otra vez. La perspectiva de tener otra sobrina o sobrino era emocionante. Quedó completamente desconcertada y algo decepcionada cuando Alex anunció: —El Príncipe Regente va a venir.

—¿A Yorkshire? —preguntó Amelia, con los ojos muy abiertos por la emoción.

—A Harrowby Hall —respondió Eliza mientras todos se sentaban. —Es un honor singular.

—Así es —confirmó Alex, aunque su voz ciertamente carecía de entusiasmo.

—Imagínate —dijo Amelia efusivamente. —Nos presentarán a la realeza.

—El escudero que trajo la noticia explicó que tendríamos que seguir protocolos estrictos —explicó Alex—. Por lo tanto, no dependerá de nosotros decidir quién será presentado y quién no.

—Imagino que como familia, seremos incluidas —insistió Amelia.

—Por mi parte, no me importa si lo conozco o no —dijo Jenny—. Sin embargo, pienso en la indignación de mamá si no está en la lista.

Incluso Alex se rió entre dientes.

—Creo que la seguridad será estricta —dijo Eliza—. Al parecer, el regente todavía está molesto porque su carruaje fue asaltado después de la apertura del Parlamento, y eso fue hace casi tres años.

—Esa es una de las cosas que me molesta —confesó Alex—. Viene con un séquito enorme, incluso su propio chef. La casa es lo suficientemente grande para alojarlos, pero me gusta mi vida tranquila y sin incidentes. Viviremos en una fortaleza.

—Será perturbador —coincidió Jenny, sin sorprenderse de que su modesto cuñado no estuviera entusiasmado con el dudoso honor de recibir la visita del Regente—. Un poco como un hotel.

—¿Cuándo vendrá? ¿Y por qué? —preguntó Amelia.

—En dos semanas —respondió Eliza—. Ya alerté al personal para que comenzaran los preparativos, aunque no puedo decirles la identidad de nuestro invitado. No podemos decírselo a nadie. Sólo Frobisher y su esposa lo saben plenamente.

—No es para menos. El motivo es de gran importancia nacional —dijo Alex con mucho sarcasmo—. Uno de sus caballos va correr en Balsam Stakes en York, y somos la casa noble más cercana.

—Por cierto —dijo Eliza en voz baja cuando finalmente se agotó el tema de la visita del Regente—. Alex ha invitado a Philip a tomar el té esta tarde.

A Jenny se le hizo un nudo en el estómago. Quería confrontarlo, pero no estaba segura. Había hecho suposiciones y si no eran ciertas...

—Nos las arreglaremos para dejarlos a los dos más o menos solos para que podáis hablar en privado —añadió Alex—. Sin embargo, no puedes contarle sobre nuestro visitante real. No se lo puedo decir a nadie, ni siquiera a mi mejor amigo.

* * *

Con las emociones hechas un nudo, Philip cabalgó por la avenida hacia Harrowby Hall. Debería haber rechazado la invitación de Alex de reunirse con Jenny. Probablemente tenía la intención de confrontarlo por su rechazo. Ella asumió con razón que su padre estaba inicialmente detrás de sus acciones, pero desde entonces habían sucedido muchas cosas. Tenía que advertir a Alex sobre el peligro que corrían las Saxton. Pero no podía decirle a su amigo que se había encontrado con Derrick sin revelarle su misión para la Corona.

Todavía había muchas cosas que no sabía. Los agitadores que había conocido claramente tenían al Regente en la mira, pero el Príncipe George vivía en Londres y rara vez viajaba al norte. ¿Cuál era el plan de Derrick? En la reunión, había pronunciado un discurso conmovedor sobre la concesión de derechos a los trabajadores y había insinuado vagamente represalias contra los aristócratas codiciosos, todo lo cual a Philip le pareció muy irónico. Sin embargo, no hubo discusión sobre los detalles que Derrick probablemente solo divulgó a unos pocos elegidos. Philip se preguntó si Warrick Farrell estaba entre ellos o si efectivamente se había formulado un plan definitivo.

Fue una pena que Farrell lo hubiera reconocido. Con suerte, el gigante no consideraría necesario compartir con Derrick su asistencia a una reunión de la Sociedad de Correspondientes de Hull. Si hubiera sabido que Peploe estaba de regreso en Inglaterra e involucrado en actividades republicanas, habría asumido una identidad falsa. Nunca le había gustado ni había confiado en el antiguo heredero de Alex y lo despreciaba aún más por su participación en las desastrosas heridas de su amigo. Sólo la suerte y el coraje de Eliza habían salvado a las hermanas Saxton y a su madre del malicioso incendio que destruyó la cabaña familiar donde vivían.

Desafortunadamente, la animosidad era mutua. El primo villano de Alex lo despacharía sin pensarlo dos veces y disfrutaría haciéndolo. Continuar con su misión requeriría que Philip caminara sobre la cuerda floja: tenía que infiltrarse en la trama sin entrar en contacto con Derrick Peploe.

Más conflictuado que nunca, entregó las riendas a un mozo de cuadra y saludó con la cabeza a Frobisher, que estaba preparado con la puerta principal abierta. El optimista mayordomo parecía inusualmente jovial, pero Alex lo recibió en el vestíbulo antes de que Philip tuviera la oportunidad de comentarlo.

BANDERA BLANCA

Cuando Philip siguió a Alex a la biblioteca, el cuerpo de Jenny la traicionó. Había estado decidida a controlar los antojos desenfrenados que la invadían cada vez que veía al exasperante hombre. Sus traicioneros pezones no aceptaban nada de eso. Rogando que los acariciaran, le rozaron la camisola de lino. Un dolor de anhelo latía en un lugar secreto. De repente, en la biblioteca hacía demasiado calor. Era tentador correr a sus brazos y rogarle que no la dejara, pero la mano de Eliza la mantuvo clavada donde estaba.

La severa expresión de la mandíbula de Philip le desgarró el corazón. Quizás le molestaba verse obligado a encontrarse con una mujer por la que no sentía nada. Cuando sus ojos finalmente se encontraron con los de ella, vio arrepentimiento en las profundidades color zafiro.

—Señorita Saxton —dijo a modo de saludo, su voz profunda resonó en su vientre.

Alex abrió una de las puertas francesas antes de romper el incómodo silencio.

—Afortunadamente, es un día agradable. Les sugiero que salgan a la terraza. Eliza y yo permaneceremos aquí en la biblioteca.

La hermana de Jenny había compartido este plan con ella, por lo que se vistió en consecuencia. El traje de montar de Philip sería protección suficiente para el aire más fresco. Las puertas con paneles de vidrio eliminarían cualquier sugerencia de comportamiento inapropiado.

Cuando Philip hizo una reverencia y le indicó que lo precediera, sus piernas temblorosas lograron dirigirla hacia afuera.

—Supongo que los muebles de mimbre de la terraza estarán guardados para el próximo invierno —comenzó Philip, con las manos entrelazadas a la espalda.

—Preferiría quedarme de pie de todos modos —respondió ella, reconociendo que él estaba tan nervioso como ella.

—¿Querías hablar conmigo?—preguntó.

Jenny nunca había sido de las que se guardaban sus opiniones para sí misma, así que decidió ser directa.

—No, Philip —dijo conteniendo la respiración mientras tomaba sus manos—. Lo que quiero es abrazarte, besarte y murmurarte palabras de amor como cuando nos conocimos. Eso es lo que tenía en mente.

Reconoció el riesgo, ya que si Philip no la amaba...

Su corazón se aceleró cuando él entrelazó sus dedos y la rodeó con sus brazos. Con las manos aprisionadas detrás de la espalda, no tuvo más remedio que dejar que él presionara su cuerpo contra el de él. Se sentía maravilloso moldear sus senos a su ancho pecho. Su dura masculinidad se acurrucaba contra su monte de Venus.

—Jenny —murmuró, su cálido aliento en su cuello—. Mi Jenny.

Llevada por una ola de alivio, ella se fundió en él, casi perdiendo el equilibrio cuando él se alejó abruptamente. La angustia contorsionó sus hermosos rasgos.

—¿Qué es? —ella suplicó—. Dímelo y lo enfrentaremos juntos. Se que me quieres.

—Te amo, Jenny, pero no podemos estar juntos.

Decidida a no rendirse, atacó.

—¿Puedes admitir que tu padre te ha amenazado?

—Sí —respondió, pasándose los dedos por el cabello—. No solo a mi.

La esperanza cobró vida. —Alex lo sospechaba. Pero juntos podemos afrontar esos desafíos. Y las Saxton no carecen de influencia ahora que mi hermana es duquesa.

—Eso podría ser una ilusión.

Jenny decidió disparar su última salva.

—No debería mencionarlo, pero tu padre no vivirá para siempre.

—Tienes razón, pero ese no es el problema.

—Hay algo que no me estás diciendo —declaró ella, desconsolada cuando él se negó a dejarla tomar sus manos nuevamente. Hizo la pregunta que podría hacer que la bandera blanca izara el asta—. ¿Hay alguien más?

—Nunca amaré a otra —dijo con voz áspera.

Su hermoso héroe de guerra se puso firme, ejecutó una reverencia y regresó a la casa.

Habiendo perdido la batalla, si no la guerra, cayó de rodillas y lloró.

* * *

Philip deseaba poder simplemente pasar junto a Alex y a la hermana de Jenny con el ceño fruncido, pero las explicaciones estaban en la orden del día y estos eran sus amigos más queridos. Esperaba fervientemente que la capa de su traje de montar ocultara su furiosa excitación. Nunca debería haber presionado el ágil cuerpo de Jenny contra el suyo, pero no pudo evitarlo. Su pequeña rebelde finalmente había demostrado que estaba dispuesta a luchar por él. Qué aliada tan valiosa sería en la lucha contra la tiranía de su padre.

Pero no era tan simple. No podía darle la espalda a su trabajo para la Corona y ciertamente no tenía intención de exponer a Jenny a ningún peligro al que pudiera enfrentarse.

Eliza se apresuró afuera a consolar a su hermana.

—¿Cuál es el problema? —Alex gruñó—. Obviamente la has herido. Pensé que...

Philip no pudo mantener oculto su corazón roto por mucho más tiempo. La perspectiva de hablar de su condenada relación con Jenny era más de lo que podía soportar. Tenía que irse.

—Necesito advertir que hay fuerzas peligrosas en acción —dijo.

—Bueno —respondió Alex—. Eso es un poco críptico. ¿Te importaría explicarme?

—No puedo. Basta decir que debes cuidar a ese precioso hijito tuyo. Mantened un perfil bajo. Tal vez no haya visitas durante un tiempo.

—Eh...

Philip supuso que era la idea de una posible amenaza a su hijo lo que le quitó el color al rostro de su amigo. Había dicho demasiado y estaba desesperado por montar su caballo y alejarse de la única mujer que había amado.

—Me despido de vosotros —dijo—. Por favor, transmite mis disculpas a tu esposa.

* * *

Perplejo, Alex se dejó caer en una de las sillas de cuero rojo de la biblioteca. Se levantó rápidamente para abrazar a su esposa cuando ella entró y cerró la puerta francesa. Molesto por las crípticas palabras de su amigo, necesitaba la tranquilidad de su cuerpo.

—Jenny está caminando de regreso a Dower House —explicó—. Espero que se encierre en su habitación y llore a mares.

Él la acercó, saboreando los impulsos del deseo que ella nunca dejaba de despertar en él.

—Sé que está molesta y espero que Philip haya sido un caballero.

—Él le dijo que la ama —murmuró contra su cuello.

La mente de Alex estaba en llevar a su esposa a su habitación donde podría hacerlos sentir mejor a ambos de la mejor manera que sabía. Sin embargo, esta noticia complicó las cosas.

—Entonces, ¿cuál es la dificultad? ¿Su padre?

—Ella cree que esas amenazas no son el principal obstáculo. Hay algo que él no le está contando.

—¿Otra mujer?

—Él jura que ella es la única.

—No lo entiendo. Su comportamiento reciente está fuera de lugar. No sé si debería contarte lo que dijo antes de irse.

—Bueno, ahora no tienes otra opción.

A Alex le encantaba la forma en que su esposa moldeaba su cuerpo al de él. Si él se lo decía, ella se alejaría y él se quedaría con deseos frustrados.

—Advirtió de peligro para nuestro hijo. Nos aconsejó mantener un perfil bajo y no recibir visitas.

—Pero...— respondió ella, alejándose, con los ojos muy abiertos por la alarma.

—Lo sé. El Regente —respondió resignado a esperar un momento más oportuno para hacer el amor con su esposa. La visita propuesta por el regente era un claro honor, pero no era que él estuviese ansioso esperando su visita por todo el jaleo que significaba. Ahora, el miedo y el mal presentimiento estaban presentes.

* * *

MALESTAR

A lo largo de los años de su relación con Derrick Peplow, Mildred había llegado a aceptar sus cambios de humor. Realmente no tenía otra opción. El caballero más considerado podría transformarse en un sádico cruel en un abrir y cerrar de ojos. Desde su regreso del exilio en Francia, rara vez lo había visto contento.

Por lo tanto, su sonrisa ahora era desconcertante y no poco aterradora. Los mínimos siempre seguían a los máximos.

Ella misma no estaba disfrutando del idílico claro del bosque en las afueras de Beverly donde él le había indicado que se reunieran. Estaba apartado pero no muy lejos de la carretera principal. Tenía que admitir que él había sido inusualmente gentil al sacrificar su capa como barrera entre su trasero desnudo y la hierba húmeda. Su forma de hacer el amor había sido menos brusca que de costumbre, casi tierna. Por un breve momento durante su cita, se había atrevido a esperar que él pudiera satisfacer su placer, pero había sido en vano.

¿Acaso no aprendería nunca? Años atrás, cuando le dijo que estaba embarazada de su hijo, supuso que él le ofrecería matrimonio. En cambio, había convencido a su pomposo padre para que presionara a Alexander Harcourt que honrara su compromiso original. Ese brillante plan había resultado en que su padre la repudiara.

Volvió la cabeza para que Derrick no viera las lágrimas brotando de sus ojos.

Él estaba a lo suyo, saciado y claramente de humor jovial. Ella todavía estaba abrazada a él, algo muy distinto de su habitual trato indiferente después del encuentro sexual. Envalentonada por este giro de los acontecimientos, susurró: —Pareces contento.

—¿Y por qué no, mi pequeña Mildred? —se rió—. Soy un hombre afortunado.

Su corazón se aceleró. ¿Se había dado cuenta finalmente de su valor?

—Mis planes se están concretando más rápidamente de lo que creía posible —dijo.

Sus esperanzas se desvanecieron una vez más y se retiró al silencio. Si quisiera explicarse, lo haría.

—Aquí estaba yo, devanándome los sesos en busca de una solución, y luego me enteré por mis fuentes de que el Príncipe Regente planea una estadía en Harrowby Hall. ¿Cuál es el dicho, querida? Dos pájaros de un tiro. Será una venganza perfecta.

Mildred sintió un nudo en la boca del estómago. ¿Solución a qué? Sabía que Derrick era tortuoso y tenía sed de venganza contra los Harcourt, pero ¿qué tenía que ver el Príncipe Regente con eso?

* * *

Abandonada por el duque de Beaufort cuando quedó embarazada, la madre de Warrick Farrell había buscado refugio en los miserables barrios marginales que había abandonado años atrás. Sus vecinos aceptaron su regreso, pero nunca le permitieron olvidar lo lejos que había caído de su vida privilegiada como amante de un duque. Eso, le recordaban a menudo, era el resultado inevitable de pensar demasiado en ella misma. Amargada, se había muerto de borracha antes de que su hijo cumpliera diez años.

Warrick había vivido en las malas calles del puerto de Hull desde su nacimiento. Fue sólo gracias a Auld Freddie Mann que sobrevivió después de la muerte de su madre. Con un techo sobre su cabeza y comida en su estómago y armado con habilidades para robar carteras y hurtos, se había construido una vida cómoda. Lo había salvado la bondad del viejo Freddie y ahora hacía su parte para albergar y proteger a niños huérfanos como Lucas Brown.

Sin embargo, no podía negar que aspiraba a cosas mejores, para él y para la gente oprimida de Yorkshire. ¿Por qué el pueblo debería vivir en una pobreza absoluta después de trabajar horas interminables y agotadoras para enriquecer a otros? Quizás fue el saber que era el hijo bastardo de un duque lo que hizo que el resentimiento burbujeara en sus venas. Se había unido a la Sociedad de Correspondientes porque creía que la reforma hacía mucho tiempo que debía realizarse. El poder y la riqueza no podían permanecer en manos de unos pocos privilegiados.

Sin embargo, se sentía cada vez más incómodo con los discursos incendiarios sobre la revolución. Frenchie en particular parecía decidido a incitar a los miembros del SCH a la violencia. El hombre hervía de odio. ¿Realmente tenía la intención de asesinar al Príncipe Regente, o era sólo retórica grandilocuente?

Warrick haría lo que fuera necesario para sobrevivir pero no era un asesino. Reforma sí, traición no.

Quizás debería contentarse con su suerte. Sólo le quedaría recordar lo que le pasó a su madre cuando ella aspiraba a cosas mejores.

Mientras subía las desvencijadas escaleras de madera hasta la vivienda de Frenchie con una bandeja de comida, decidió distanciarse del francés, que claramente no era francés. Tampoco era *uno de vosotros*, muchachos, como afirmó. Era obvio que el hombre era un tipo que despreciaba vivir en los barrios marginales. No pertenecía, no sobrellevaba los mismos prejuicios que perseguían a los trabajadores. Entonces, ¿qué lo había llenado de odio?

Warrick tendría que planificar cuidadosamente su retirada. A Frenchie no le agradaría lo que probablemente consideraría una traición. Farrell sabía cosas sobre el hombre que podrían ser de interés para las autoridades. Lamentó su papel en su introducción clandestina en el país.

—Pon la comida allí —gruñó Frenchie después de hacerlo entrar.

Warrick obedeció, nervioso como siempre porque la antigua mesa de tres patas se derrumbaría bajo el peso.

—Tenemos una ubicación —dijo Frenchie sorprendentemente cerca de su oído.

Warrick había aprendido a nunca mostrar emociones ante un enemigo potencial.

—¿Ubicación? —Preguntó, sintiendo la piel de gallina que se le erizaba en la nuca. El cosquilleo de su erizada barba roja en su cuello era suficiente para hacer temblar el corazón más incondicional.

—La casa del duque y la duquesa de Harrowby en Beverly. El Regente planea quedarse allí mientras asiste a Balsam Stakes.

Era tentador preguntar cómo se había enterado Frenchie de esto, pero nunca lo diría y ser demasiado curioso despertaría sospechas.

—¿Qué sigue entonces? —Preguntó, reprimiendo un creciente sentimiento de temor.

—Reúne a los hombres. Mañana por la tarde finalizaremos los planes.

—¿Incluido el nuevo miembro, Fortescue? —preguntó, arrepintiéndose inmediatamente de la pregunta cuando la furia contrajo el rostro de Frenchie.

—¿Fortescue?

—Un médico que...

—Sé quién es —escupió Frenchie—. Invítalo, pero asegúrate de que termine en el río Humber antes de llegar a Bullion Street.

INFORMACIÓN VITAL

Alertado de un fuerte altercado cerca de su laboratorio en la enfermería, Philip salió al pasillo. Dos enfermeros intentaban expulsar del local a un tipo desaliñado. Dada la altura del intruso y su impresionante corpulencia, Philip no creía que tuvieran posibilidades de éxito. Le llevó un momento reconocer al gigante como el hombre que había encontrado en la reunión en Bullion Street. Farrell, si recordaba correctamente.

—Doc —gritó Farrell, sacudiéndose a uno de los enfermeros como si fuera una mosca molesta.

Parecía que el tipo había venido a verlo.

—Déjadlo pasar —dijo Philip.

Los ordenanzas, con el ceño fruncido, se quedaron boquiabiertos de incredulidad. Quitaron las manos de su presa, pero lo observaron con cautela mientras se acercaba a Philip.

—Parece que no escuchas —gruñó Farrell con su fuerte acento.

—Por aquí —respondió Philip, conduciéndolo al laboratorio—. Mi colega ha salido.

Su visitante se quitó la gorra y dejó vagar la mirada.

—Entonces —dijo, con los ojos muy abiertos—. ¿Qué tenemos aquí?

Philip supuso que Farrell había venido para impartir noticias sobre la próxima reunión de la Sociedad, pero parecía más interesado en los diversos aparatos.

—Estos son tubos de ensayo —comenzó.

Varios minutos más tarde, admitió estar impresionado por la comprensión que Farrell tenía de teorías complejas sobre la investigación que su colega y él estaban realizando. Hizo preguntas perspicaces y claramente no era un ignorante. Parecía fascinado en particular por el microscopio de Philip, aunque inicialmente se negó a creer que estaba mirando un portaobjetos de espermatozoides humanos.

De repente, sus ojos se dirigieron hacia la puerta.

—Cometí el error de mencionar tu nombre a Frenchie.

Philip se dio cuenta de su situación aislada y vulnerable. Se preguntó si los enfermeros todavía estarían merodeando.

—No te preocupes. Quiere que te mate, pero no soy un asesino. Y te he visto trabajar duro para ayudar a gente como yo.

—Lo reconocí en la reunión —aventuró Philip, sin saber cuánto sabía Farrell—. Su verdadero nombre es Derrick Peploe. Las autoridades lo buscan por intento de asesinato e incendio provocado.

—Probablemente por eso huyó a Francia. Mira, doctor. Quiero que las cosas cambien. Pero no estoy dispuesto a matar para conseguirlo. Especialmente a esa porquería de rey que tenemos. Detesto a ese desgraciado, pero asesinarlo sería traición y no quiero tener nada que ver con eso.

Philip tomó una decisión de la que podría llegar a arrepentirse.

—Yo también quiero una reforma y pretendo hacer todo lo que pueda para lograrla. Me conoce como médico, pero también soy hijo de un duque. Eso me coloca en una posición única de influencia. Quiero ver el fin del privilegio exclusivo del que disfruta la aristocracia. Pero no lo haré mediante la violencia.

Los ojos de Farrell se abrieron cuando una sonrisa apareció en su rostro.

—Mira, pues entonces tenemos algo en común.

Philip frunció el ceño. —¿Ambos queremos una reforma?

—También, pero soy el hijo de un duque y todo eso. Nacido en el lado malo de la historia, como ves..

—Bien —respondió Philip, atónito por la noticia—. ¿Tu padre te ha reconocido?

—No. El muy cabrón echó a mi madre. Lo odio por eso. No quiero que me fastidien con las trampas de un ducado, pero...

Sin sorprenderse por las palabras atascadas en la garganta del gigante, Philip siguió adelante.

—No eres como Peploe, que estaba dispuesto a matar para convertirse en duque —el ceño desconcertado de Farrell le obligó a explicarse—. Como primo segundo de Alex Harcourt, Peploe era el heredero legítimo del ducado de Harrowby. Pero no podía esperar a que Alex muriera, así que dispuso que le dispararan en Waterloo.

—¿Harrowby? —Preguntó Farrell—. El regente se quedará en casa del duque cuando venga al norte para las carreras.

A Philip se le heló la sangre.

—¿Quién te dijo esto?

—Frenchie... eh... ese tipo Peploe.

Un centenar de posibilidades bombardearon el cerebro de Philip. Había obtenido inesperadamente información vital, pero también estaba lejos de Londres y de cualquier ayuda que pudiera recibir de Fotheringay y sus cohortes. Le habían encomendado la tarea de infiltrarse en grupos disidentes, pero dudaba que alguien en Whitehall creyera seriamente que fueran capaces de asesinar a un miembro de la familia real.

Años atrás, antes de caer en la locura, el rey George había sido atacado por una mujer que empuñaba un cuchillo. Se consideraba que tales intentos eran actos desesperados propios de locos. De hecho, después de que el rey pidió que no le hicieran daño, Margaret Nicholson fue encerrada de por vida en Bedlam en lugar de enfrentarse a la soga del verdugo.

La amenaza a los Harcourt revolvía las entrañas de Philip más que el peligro para el Regente. Sus amigos ya habían soportado suficiente dolor. Y no había garantía de que Jenny no estuviera en Harrowby Hall cuando el asesino atacara.

—Necesitaré tu ayuda —le dijo finalmente a Farrell—. ¿Estás dispuesto?

—Preferiría no tener nada que ver con eso —respondió Farrell.

—Yo lo comprendo, pero matar al Regente sólo resultará en más opresión. Los poderes fácticos echarán la culpa directamente al trabajador.

Farrell se frotó la barbilla con los nudillos.

—Pues sí...

—Le informarás a Peploe que me has eliminado.

—Me pidió que te ahogue en el río Humber, lo que significaría que no habría ningún cuerpo.

—Eso juega a nuestro favor. Me mantendrás informado de los detalles del complot, aunque tendremos que tener cuidado de que no nos vean juntos.

—En absoluto nos pueden ver.

Farrell tenía razón.

—Déjame pensar cuál es la mejor manera de frustrar el complot. Por ahora, nos aseguraremos de que nos vean saliendo juntos del hospital—. Se quitó el delantal protector de cuero, se puso la levita y se colocó el sombrero de copa en la cabeza—. Nos dirigiremos hacia el río. Entonces tendré que desaparecer después de que me mates.

* * *

Jenny deseó no haberle pedido a Amelia que la acompañara a Hull. Su hermana no hizo más que quejarse de la inutilidad del viaje.

—La señora Middleditch nunca nos invitará a su salón —declaró Amelia por enésima vez.

Jenny no ofreció respuesta. Ella misma no entendía la compulsión que la impulsaba a volver a visitar la librería.

—Y estoy segura de que vamos por el camino equivocado —se quejó Amelia—. ¿No pasamos por Skinner Street hace un rato?

Absorta en sus pensamientos sobre Philip, Jenny se dio cuenta de que no había prestado atención. Ninguna de las calles circundantes le parecía familiar.

—Cuando llegamos antes era casi de noche —dijo en un esfuerzo por convencer a su hermana de que no estaba perdida.

Amelia señaló hacia adelante.

—Ahí está la enfermería real. Quizás alguien pueda darnos indicaciones.

El corazón de Jenny se aceleró.

—Creo que ahí es donde Philip... oh, Dios. Ahí está.

—Detente y pregúntale —instó Amelia—. ¿Con quién está?

Jenny tiró de las riendas para detener al pony, pero no tenía intención de pedirle indicaciones a Philip. Jamás volvería a hablar con él.

—No nos verán desde esta distancia ¿pero cómo puedo ver quién lo acompaña?

—El hombre que va con él parece rudo, pero ¿puedes creer el ancho de sus hombros? Es enorme.

Jenny miró severamente a su hermana.

—¡Amelia Saxton! Es muy poco propio de una dama comentar sobre el porte... er... de un hombre.

Amelia sonrió.

—Tienes que admitir que es un ejemplar atractivo. ¿No tienes curiosidad por saber adónde van?

Una vez más, Jenny maldijo su incapacidad para liberarse de Philip Fortescue. Y estaba ansiosa por saber por qué Philip insistía en destruir su relación. ¿Qué podría ser más importante que el amor que compartían? —Lo seguiremos lentamente, a distancia.

DISMINUIR LA SOSPECHA

— Nos están siguiendo —gruñó Farrell cuando llegaron a los muelles.

Philip miró a su alrededor, pero no vio nada inusual entre los cientos de trabajadores que corrían de aquí para allá como hormigas.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Experiencia —fue la brusca respuesta.

—Tal vez sea uno de los secuaces de Peploe asegurándose de que hagas el trabajo.

—Tal vez, pero los perderemos.

Farrell descendió por una escalera de hierro cubierta de limo verde y luego subió a bordo de un pequeño bote de remos atracado en aguas turbias al pie de la misma.

El vientre de Philip se sacudió mientras se tambaleaba con un pie en el bote y el otro todavía en la escalera. Parecía que no podía soltar el metal viscoso.

—Eso está muy bien —dijo Farrell con irónica diversión—. La gente se está fijando en ti.

Avergonzado por su cobardía, Philip se lanzó al bote y aterrizó tendido sobre el banco mientras el agua chapoteaba por los costados.

—No soy marinero —dijo sin convicción.

—Ahora sí que se va a correr la voz rápidamente cuando regrese solo —respondió Farrell con una amplia sonrisa—. Prepara los remos.

—¿Voy a remar? —preguntó Philip, sospechando que podría haberse lastimado una o dos costillas.

—Si quieres que este pequeño acto parezca convincente —respondió Farrell, mientras desataba el bote y lo alejaba de la escalera. —Yo remaré en el camino de regreso.

Con la esperanza de que su confianza en Farrell no fuera injustificada, Philip se dijo a sí mismo que podría realizar esa tarea desconocida. Cogió los remos y finalmente encontró el ritmo después de un comienzo inestable. —Entonces, ¿hacia dónde nos dirigimos?

—A la otra orilla, una vez que estemos fuera de vista. Tendrás que caminar mucho hasta llegar a casa.

* * *

Jenny detuvo el carruaje una vez que los muelles estuvieron a la vista. Sería una locura que dos mujeres solas se aventuraran por las calles de esa zona. El olor salado del mar y el insoportable hedor del pescado ya le revolvían el vientre y Amelia tenía un pañuelo apretado contra la nariz y la boca.

—Estamos atrayendo la atención —dijo su hermana—. Salgamos de aquí.

La frustración de Jenny era evidente. La madriguera del puerto se había tragado a Philip y a su compañero y no había nada que ella pudiera hacer al respecto. —Y así, el misterio continúa —respondió, animando al pony a girar el carruaje.

—Me sorprende ver a Philip siguiendo a un obrero —comentó Amelia—. A menos que tenga algo que ver con su práctica médica.

Jenny dudaba que ese fuera el caso. Un terrible presentimiento se había apoderado de su corazón.

—Me temo que Philip está involucrado en algo riesgoso —dijo mientras se alejaban de los muelles.

—¿Crees que esa es la razón por la que decidió no continuar con vuestra relación? —Preguntó Amelia.

—Ha sido durante mucho tiempo un defensor de la reforma —respondió Jenny—. Quizás se haya unido a un grupo de agitadores.

—¿Podría eso explicar su presencia en el salón? —Sugirió Amelia.

—El Señor Middleditch estuvo casado con Mary Wallwork, una defensora del cambio —dijo Jenny, extrañamente emocionada de que las cosas pudieran estar encajando—. Quizás estén organizando una marcha o una manifestación de algún tipo.

—Eso puede ser peligroso —respondió Amelia—. La marcha de los trabajadores en St. Peter's Fields en Manchester terminó en una masacre.

Un escalofrío recorrió la columna de Jenny. La llamada masacre de Peterloo comenzó como una protesta pacífica. La decisión de las nerviosas autoridades de leer la Ley Antidisturbios provocó muchas muertes cuando se llamó a la caballería de los dragones. —Quizás Alex pueda disuadirlo —dijo.

* * *

Alexander Harcourt caminaba vacilantemente por los rincones de su estudio. Como de costumbre, el estrés había empeorado su cojera. No estaba seguro de cómo reaccionar ante otra petición de su cuñada de hablar con Philip. Estaba claramente convencida de que él estaba involucrado en algo riesgoso. Él también estaba preocupado por el comportamiento reciente de su amigo, pero Philip era un hombre adulto por quien sentía un gran respeto.

—No me corresponde a mí dictar lo que Philip hace con su vida —le dijo a Jenny—. Hay que confiar en que es un hombre de honor y de buen sentido.

—Pero si está involucrado en la organización de algún tipo de protesta por la reforma, podría ser peligroso —respondió.

—Me parece que estás sacando conclusiones precipitadas —respondió—. Lo viste con un trabajador. Eso no es motivo suficiente para sospechar de un comportamiento arriesgado.

—¿Y qué estaban haciendo Amelia y tú en Hull? —preguntó Eliza—. Por favor, dime que no estabas siguiendo a Philip.

—Nos perdimos y dimos con él por casualidad cuando salía de la enfermería —respondió Jenny.

—Ya ves. Quizás iba a ver a un paciente —dijo Alex.

—¿En los muelles? —Preguntó Jenny.

—Sabes que no debes acercarte a los muelles de Hull —reprendió Eliza—. Parece que has perdido el sentido común.

—Tenía a Amelia conmigo —replicó Jenny.

—Ella también debería haber tenido más sentido común —exclamó Eliza.

Temiendo que su esposa perdiera la calma, Alex la tomó en sus brazos. Había estado inusualmente cansada la semana pasada y él sospechaba que estaba de nuevo embarazada. —Cálmate —le susurró cerca de su oído—. Te estás agotando preocupándote por la visita del Regente. ¿Por qué no te tumbas un rato?

Asintiendo, se disculpó y se fue.

—Mira, Jenny —dijo—. La visita real está causando suficiente estrés a tu hermana como para se la molestes con lo que Philip pueda o no estar haciendo.

—¿Pero qué pasa si la protesta coincide con la visita del Príncipe? —ella insistió.

—Muy pocas personas conocen su plan de quedarse con nosotros —dijo Alex—. Si hay manifestantes, probablemente irán al hipódromo y la seguridad será estricta.

Reflexionó sobre sus palabras por un momento después de que Jenny, ofuscada, se fuera. Supuso que era la desalentadora perspectiva de recibir al príncipe George lo que le revolvía las

entrañas. Decidido a no aumentar el malestar de su esposa, subió las escaleras con la intención de simplemente abrazarla mientras ella dormía la siesta.

DESARROLLOS

Después de colocarse el sombrero de copa de Fortescue en su cabeza, Warrick Farrell llamó a la endeble puerta de Frenchie.

Probablemente parecía ridículo, pero eso no excusaba la sonrisa burlona que lo recibió.

—¿Está hecho entonces? —Preguntó Frenchie mientras hacía señas a Warrick para que entrara con un movimiento de cabeza.

—Sí. Decidí que era demasiado bueno para ahogarlo con él. Y le planté con el remo justo en la cabeza.

—Podrías despertar sospechas si lo usas en los muelles.

—No —respondió Warrick. Sus compañeros habitantes de los barrios marginales estaban acostumbrados a verlo con bienes robados, pero no le debía una explicación a Frenchie.

—¿Algún problema?

—No. Estábamos lejos de la costa.

—¿Cómo lo convenciste para que te acompañara?

Warrick reconoció que lo estaban interrogando. Había aprendido que mantenerse lo más cerca posible de la verdad era la mejor estrategia.

—Ese médico iría a cualquier lugar para ayudar a los enfermos, especialmente si es un joven que cree que puede salvar.

Aparentemente satisfecho, Frenchie se sentó en una de las delgadas sillas y le indicó a Warrick que se sentara frente a él en la mesa.

Con la esperanza de que la desvencijada cosa no se derrumbara bajo su peso, Warrick obedeció, y su inquietud creció a pasos agigantados cuando Frenchie colocó una pistola sobre la mesa y preguntó: —¿Sabes disparar?

Warrick evitaba la violencia siempre que fuera posible, pero prefería confiar en sus puños si era necesario.

—No —respondió, fingiendo un doble golpe con los puños—. Con estas armas me arreglo yo.

Frenchie tomó la pistola y apuntó a Warrick.

—No te preocupes —dijo con un brillo malvado en sus ojos—. Hace mucho tiempo aprendí a no confiar en nadie más para disparar.

No era la primera vez que Warrick miraba fijamente el cañón de un arma, pero le costó un enorme esfuerzo no tirarse al suelo cuando Frenchie apretó el gatillo.

* * *

Philip hizo un balance de su entorno. Farrell lo había dejado en la orilla sur del Humber. Su predicción de que tendría que caminar un largo camino hasta casa era correcta... si decidía regresar a Yorkshire. Estaba en Lincolnshire, varios kilómetros al norte de la sede ducal de su padre en las afueras de Raventhorpe.

Tembló con el frío viento otoñal que soplaba a través de los Wolds. Quizás había sido un error entregarle su sombrero de castor a Farrell, pero en ese momento, proporcionar pruebas de su fallecimiento tenía mucho sentido.

No estaba lejos del pueblo de South Ferriby. El posadero lo conocía y le proporcionaría un caballo. Podría estar en Raventhorpe en una hora.

Mientras caminaba se preguntó si había tomado la decisión correcta. Soportar la inevitable censura de su padre no era un panorama esperanzador, pero la revelación de Farrell

sobre su origen bastardo lo intrigaba mucho. El duque de Beaufort era uno de los pocos amigos de su padre.

Cuando el pueblo estuvo a la vista, se dio cuenta de que tenía otra preocupación. Era más que probable que los dos duques planearan asistir a Balsam Stakes. Ningún aristócrata pomposo perdería la oportunidad de adular al Regente y prestarle atención a algún trivial asunto suyo.

Philip saludó la figura esculpida de San Nicolás fuera de la iglesia dedicada al santo (una costumbre que le había quedado desde la infancia) y poco después entró en la posada.

—Mi señor marqués —exclamó Swede Nelthorpe, recorriendo con la mirada el aspecto desaliñado de Philip mientras corría a saludarlo—Tiene usted una apariencia...

—Un contratiempo menor —le dijo al posadero—. Necesito un caballo. si puedes conseguir que me lo presten.

No preveía ningún problema. South Ferriby era el pequeño reino de la familia Nelthorpe. Si Swede no tenía un caballo disponible, tendría un pariente que sí lo tendría. No sucedía nada en el pueblo que los Nelthorpe no supieran, lo que significaba que la visita de Philip pronto sería de conocimiento público. Le preocupaba que la noticia de su repentina aparición en Lincolnshire pudiera llegar a Hull. ¿Quién sabía hasta dónde se extendía la red de Nelthorpe?

—Preferiría que mi padre no se enterara de que necesito pedir prestado un caballo —susurró cerca del oído de Swede.

—Por supuesto —respondió el tipo jovial, tocándose el costado de la nariz—. Cinco minutos es todo lo que necesitaré.

Philip apenas tuvo tiempo de beber la jarra de cerveza de bienvenida que le sirvió una camarera antes de que Swede regresara con noticias sobre el caballo.

—Mis gracias —dijo, pasándole un chelín al posadero—. Devolveré la montura tan pronto como pueda.

—El caballo es suyo mientras lo necesite —respondió Nelthorpe, guardándose la moneda en el bolsillo de su chaleco.

Philip miró a la vieja bestia ensillada y lista en el patio. Había cabalgado en peores animales, pero a caballo regalado no se le miran los dientes y además Raventhorpe no estaba lejos.

Tomó las riendas de un mozo de cuadra, montó y partió, resignándose pronto a que el rocín marcara el ritmo del viaje.

Una hora y media después, congelado hasta los huesos, desmontó en los establos de Wentworth Manor.

Como de costumbre, el jefe de mozos de cuadra lo saludó calurosamente. Jim Priddy y su esposa no tenían hijos y siempre habían tenido debilidad por el único hijo del duque.

—¿Cómo está esa encantadora esposa tuya, Jim? —preguntó Philip.

—Regular —fue la respuesta esperada—.El reuma la acosa en esta época del año.

Philip no recordaba ninguna época del año en la que la señora Priddy no sufriera reumatismo, pero aun así se compadecía.

—¿Está mi padre en casa?

—Sí. Así como siempre —respondió Jim—. ¿De dónde sacó este vejestorio?

—Es una larga historia. Estoy seguro de que podrás encontrarme algo mejor para llevarme a casa.

—¿No se quedará entonces? Sus padres lo extrañan.

Philip dudaba que eso fuera cierto en el caso de su padre, pero no quería entrar en una discusión sobre disputas familiares.

—Tengo que atender a mis pacientes —ofreció a modo de excusa.

—Por cierto —dijo Jim mientras Philip se giraba para alejarse—. Su primo ha estado visitándonos.

Apretando los dientes, Philip asintió y se dirigió hacia la casa. Sospechaba que Algernon Weatherby venía a menudo; ¿por qué no complacer a un duque que había amenazado con desheredar a su propio hijo e insinuado que el ducado podría pasar a un primo con la inteligencia de una pulga?

* * *

REVELACIONES ASOMBROSAS

—Señor Philip —exclamó Morse, con una amplia sonrisa—. No le hemos visto en mucho tiempo.

Philip sospechaba que la sonrisa de bienvenida del mayordomo sería la única que vería ese día.

—Te ves bien. ¿Cómo está la familia?

—Bien, gracias. Su Alteza está en el estudio —le informó Morse. —con el señor Weatherby.

—Gracias. Priddy ya me avisó —respondió Philip.

—¿Debo anunciaros, mi señor?

—Pronto sabrá que estoy aquí —dijo Philip mientras golpeaba la puerta y la abría sin esperar permiso. Aparentemente, no podía dejar de lado los hábitos que sabía que molestarían a su padre.

—Su Alteza —dijo con un educado movimiento de cabeza en respuesta a la mirada de su padre.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —farfulló el duque.

—Es bueno verte en forma, como siempre, papá —respondió, ignorando al boquiabierto Algernon por el momento. En circunstancias diferentes, su primo era un tipo bastante agradable, pero administrar un ducado estaba mucho más allá de sus capacidades. Sospechaba que su padre se daba cuenta de eso, así que ¿por qué mantener al pobre tonto a la espera? Pero claro, eso es en lo que destacaba el duque de Wentworth. —Weatherby —exclamó finalmente, ofreciéndole la mano a su primo—. Qué casualidad verte aquí. Con el pie en la puerta y demás...

—No hay ningún motivo para ser grosero con Algernon —lo regañó su padre.

—Ni se me ocurriría serlo —respondió—. ¿Cómo estás, primo?

—Estoy bien, gracias, Philip. Siempre me alegro de verte.

El problema era que Algernon no tenía ni un ápice de maldad en su cuerpo y probablemente no podría mentir ni para salvar su propio pellejo. Philip le tendió un cable.

—Deberías venir a Hull. Podría darte un recorrido por la enfermería.

—¡Absolutamente no! Algernon y yo estábamos discutiendo los rendimientos anuales de las cosechas —protestó su padre después de aspirar una pizca de rapé en cada fosa nasal—. Tiene mucho que aprender.

Philip no se sorprendió cuando la confusión reemplazó el deleite de su primo. No había ningún libro de contabilidad a la vista y el duque dejaba ese tipo de registros triviales en las competentes manos del administrador de su granja.

—Aun así, tal vez puedas dejarlo libre un día o dos.

—No has venido aquí para tener una pequeña charla —declaró su padre con impaciencia.

—No, en realidad, he venido a discutir asuntos importantes de importancia nacional.

Esperaba un resoplido burlón, pero su padre entrecerró los ojos y literalmente ahuyentó a Algernon del estudio con un gesto despectivo con la mano.

Philip se sentó en el sillón de cuero que dejó libre su primo.

—Lo digo en serio —dijo.

—Sé que es así. Fotheringay y yo nos remontamos a mucho tiempo atrás. Un tipo bastante agradable, aunque irritantemente obtuso.

—¿Lo has sabido desde el principio? —Preguntó Philip, estupefacto por la revelación—.

¿Incluso sobre mi tiempo en Francia?

—Por supuesto, y estoy orgulloso del papel que desempeñaste al socavar las ambiciones de ese advenedizo corso.

A Philip se le hizo un nudo en la garganta. No se había dado cuenta del todo de lo que significaba para él la aprobación de su padre.

—No sé qué decir.

—Eres un excelente caballero, Philip, un crédito para tu familia y tu país. Un héroe de guerra condecorado para empezar. Ésa es la razón por la que no puedo permitir que desperdicies tu vida persiguiendo a una mujer como la señorita Saxton.

Nuevamente ese asunto.

—Prefiero no hablar de Jenny —respondió—. Mi misión actual está por delante de pensar en casarme.

—Los antimonárquicos.

Philip sopesó sus opciones. Había jurado guardar el secreto, pero ahora era consciente de la relación de su padre con Whitehall. Podría ser un activo inesperado como aliado.

—Están planeando asesinar al Regente.

—En el hipódromo de York.

Philip sacudió la cabeza y explicó por qué creía que se elegiría Harrowby Hall como lugar del intento de asesinato.

Con los dedos entrelazados bajo la barbilla, el duque de Wentworth guardó silencio pensativo durante un rato antes de decir: —Beaufort y yo estábamos planeando asistir a Balsam Stakes de todos modos. Estaremos disponibles si nos necesitas.

Philip no podía dejar pasar la oportunidad.

—Hablando de Beaufort, conocí a un tipo que dice ser su hijo ilegítimo.

—Te refieres a Warrick Farrell.

Philip se dio una palmada en el muslo con asombro.

—¿Sabes algo sobre él?

—Desde que su esposa y su hijo murieron en ese accidente de carruaje, Beaufort rara vez habla de otra cosa. Le he dicho que está siendo un tonto, pero se ha propuesto descubrir todo lo que pueda sobre su bastardo. Lamenta no haber reconocido al muchacho.

A Philip no le sorprendió el desdén de su padre por un niño concebido en el lado equivocado de la cama, pero él dependía de Farrell.

—Cuento con su ayuda para frustrar el intento de asesinato. Parece ser un buen tipo. Un poco rudo, pero es que creció en los barrios bajos de Hull. Acoge a niños huérfanos y se ocupa de que se cuide de ellos.

Su padre se llevó un dedo a los labios cuando fueron interrumpidos por la llegada de la madre de Philip, que irrumpió en el estudio como una actriz en un melodrama barato.

Philip se puso rápidamente de pie.

—Y Morse me ha acaba de informar de tu presencia, querido Clavering —exclamó ella indignada, presentando una mano para su obediente beso.

El empalagoso olor de las fresas le invadió la nariz y le hizo llorar los ojos. Siempre había creído que de sus padres era ella quien realmente lo amaba pero, después de esas sorprendentes revelaciones, no estaba tan seguro de que así fuera.

* * *

Jenny estaba a punto de salir de *Winifred Oliver House* cuando Mildred apareció de repente en el estrecho vestíbulo. No había visto ni el pelo de la desagradable mujer durante el

tiempo que había pasado enseñando lectura a algunas de las chicas. Eso en sí mismo era peculiar ya que Mildred normalmente metía su oficiosa nariz en cualquier cosa que estuviera pasando.

—Lady Mildred —dijo con un educado movimiento de cabeza mientras intentaba pasar sigilosamente.

—Espera —fue la respuesta inesperada.

—¿Qué pasa? —preguntó, impaciente por liberarse de una persona que no le agradaba.

—Eh...

Obligada a mirar a Mildred, Jenny se sorprendió al ver miedo e incertidumbre en sus ojos.

—¿Estás enferma? —ella preguntó.

—No. Tal vez esté enferma de preocupación.

—¿Acerca de este lugar?

—¿Qué será de Nicholas si me pasa algo?

A pesar de sus sentimientos negativos hacia Mildred y su regordete hijo, Jenny sintió que la mujer de ojos desorbitados estaba desesperada. —Lo peor ya quedó atrás —respondió ella—. Estás a salvo aquí.

Mildred retorció un pañuelo en sus manos y sacudió la cabeza.

—Nunca estaremos realmente a salvo de él —dijo con voz ronca—. Debes advertirles.

Jenny había pensado durante mucho tiempo que Mildred estaba un poco mal de la cabeza, pero parecía genuinamente aterrorizada.

—No entiendo.

—He dicho demasiado. Me matará si se entera.

Con esa sorprendente declaración, salió corriendo en dirección a las escaleras que conducían a las habitaciones de los sirvientes.

* * *

PLAN LUNÁTICO

—Ingleses ¡a las armas! —declaró Frenchie—. Todo el país está esperando la señal para tomar las armas. Abrid las armerías y otros lugares probables para encontrarlas. Las canteras guardan reservas de pólvora negra. No habrá subida del precio del pan. ¡No al Regente!

Warrick no era el único hombre nervioso que cambiaba su peso de un pie al otro en el húmedo sótano de Bullion Street. Frenchie había pasado una buena media hora arengándolos sobre los males perpetrados por los aristócratas.

—Debeís hacer circular los folletos que he repartido pidiendo que se levanten guillotinas y las listas de aquellos que serán arrojados primero a las carretas. Afuera con sus cabezas.

—Cada vez suena más como un gabacho —murmuró el hombre a su lado a nadie en particular en medio de tibios vítores.

Warrick lanzó un gruñido sin comprometerse. Después de recibir un disparo con una pistola que resultó no estar cargada, no estaba dispuesto a confiar en nada de lo que dijera ese loco. Pasaría mucho tiempo antes de que pudiera sacarse de la cabeza el clic del gatillo.

Se hizo un silencio ensordecedor cuando la mirada entrecerrada de Frenchie recorrió el sótano.

—Así que aquí está el plan, caballeros —dijo entre dientes—Propongo ir a la puerta de Harrowby Hall con una nota para presentársela al duque. Cuando se abra, entraréis directamente y agarraréis a los sirvientes que estén en el camino. Anticipo que el mayordomo vendrá a la puerta y será fácil lidiar con él. Estaréis armados con pistolas y podréis amenazarlo de muerte si ofrece la menor resistencia o hace ruido. A continuación, algunos de vosotros tomaréis el mando de las escaleras principales. Una pareja de hombres se hará cargo de la otra escalera que conduce a la parte baja de la casa. Si algún sirviente intenta frustrar la entrada, estos hombres les dispararán. El propósito es asegurar la casa para que aquellos de vosotros que estáis designados como asesinos podéis buscar al Regente y a los demás aristócratas.

—Viejo —dijo un conspirador—. No estoy a favor de matar sirvientes.

—Dudo que sea necesario —respondió Frenchie—. Pero debemos estar preparados.

Blandiendo un cuchillo de trinchar, James Smith se dirigió al frente de la asamblea y declaró que con mucho gusto decapitaría al duque.

—Ese Smith siempre tan hostil —se quejó alguien cercano.

—No —gritó Frenchie con sorprendente vehemencia—. Smith puede tener el honor de matar al Regente. Yo me ocuparé del duque, de su esposa y de su hijo.

Un confuso murmullo de descontento flotó por el sótano hasta que una voz habló.

—No, hombre, no ¿qué es eso de asesinar a una madre y a su hijo?

Frenchie asintió.

—Debemos seguir el valiente ejemplo del campesinado francés. Manténeos fieles o seréis esclavos para siempre. Todo aristócrata morirá.

Esta declaración tan poco inglesa fue recibida por un murmullo. Los trabajadores querían reformas, pero la idea de seguir el espantoso ejemplo de las bárbaros franceses y su reinado de terror no les sentaba bien.

Si Warrick tenía alguna esperanza sobre frustrar los planes de Frenchie, esta se derretió como la nieve en un día soleado. El hombre estaba trastornado y con claro empeño de hacer un tipo de venganza personal. Parecía no considerar la posibilidad de que hubiera guardias armados en Harrowby Hall. Era dudoso que los responsables de la seguridad del Regente permitieran que

un grupo de trabajadores se acercara a la puerta principal. Parecía conocer la distribución de la casa, pero nadie más la conocía.

Cuanto antes Warrick informara de este peligroso y descabellado plan a Fortescue, mejor. Si tan solo supiera cómo y dónde contactarlo.

* * *

En el viaje de regreso desde Raventhorpe, el instinto natural de Philip fue salir del carruaje de Wentworth y agradecer personalmente a Nelthorpe por el préstamo de un caballo. Sin embargo, su padre y él habían llegado a la conclusión conjunta de que cuantas menos personas lo vieran con vida, mejor, dado que se suponía que estaba muerto.

—Ni una palabra a nadie, Nelthorpe —le escuchó decir al duque mientras le entregaba las riendas del jamelgo—. Es un asunto de importancia nacional. Es posible que haya vidas en juego.

Philip no se atrevió a mostrar la cara, pero podía imaginarse la reacción de asombro del posadero.

—Por mi madre, Su Alteza —respondió Swede.

—Supongo que lo puse un poco difícil —dijo su padre mientras subía al carruaje—. Dudo que mantenga la boca cerrada por mucho tiempo, pero esos dos chelines comprarán su discreción durante un tiempo.

Habían acordado que su primera parada sería Harrowby Hall. Philip no podía pensar en un mejor refugio y era imperativo que advirtiera a sus amigos del peligro al que se enfrentaban.

De allí, el duque se dirigiría a York con la esperanza de hablar con cualquiera de los guardias del Regente que ya debían haber llegado para asegurar el hipódromo. En su defecto, informaría a los responsables de la pista de la trama. Era más que probable que allí no pasara nada adverso, pero valía la pena estar preparado. El padre de Philip había enviado un mensaje discreto a Beaufort sugiriéndole que se encontraran en York antes de lo previsto.

Mientras el carruaje cruzaba el río Humber y entraba en Hull, Philip apenas podía creer que el padre con el que tanto había resentido se hubiera convertido en un aliado valioso.

Debería ponerse en contacto con Farrell, pero eso podría resultar arriesgado. Perderían un tiempo precioso intentando localizarlo. Si Derrick descubriera que Philip estaba vivo, la vida de Farrell estaría en peligro.

* * *

Con un fuerte presentimiento después de su entrevista con Mildred, Jenny casi se cae del carruaje en su prisa por llegar hasta Eliza y Alex. Le arrojó las riendas del pony a un sorprendido mozo de cuadra y subió corriendo las escaleras de la entrada de Harrowby Hall.

Lamentando su mala educación, interrumpió el cortés saludo de Frobisher.

—Debo ver a mi hermana de inmediato —declaró sin aliento.

—Creo que Su Alteza está arriba en la guardería —respondió.

Levantándose la falda, subió los dos tramos de escaleras e irrumpió en la habitación del bebé.

El rostro de Alex se ensombreció mientras rápidamente retiraba su mano del pecho desnudo de su esposa y luchaba por ponerse de pie.

Sonrojándose intensamente, Eliza se ajustó el corpiño de su vestido.

Jenny deseaba que hubiera un agujero por el que pudiera meterse y desaparecer.

—Pido disculpas —dijo, temiendo que pudiera ahogarse—. Debería haber pensado...

Dudaba que la disculpa fuera suficiente para enfriar la ira de Alex y las mejillas enrojadas de Eliza.

—Es costumbre llamar a la puerta antes de entrar en una habitación en casa ajena —gruñó su cuñado.

—No estaba pensando —respondió Jenny.

—Eso es obvio —respondió Eliza. Vayamos abajo antes de que despierte Sax. Llamaré a la niñera.

Jenny se hizo a un lado cuando Alex pasó junto a ella. Su evidente enojo no auguraba nada bueno para la conversación que esperaba tener con él y su hermana.

—Lo siento mucho —le dijo a Eliza, incapaz de decir más cuando la anciana apareció en la puerta.

—Me ha leído la mente, como siempre, señora Brown —dijo Eliza.

—Escuché un poco de conmoción, así que pensé que sería mejor venir.

Eliza tomó a Jenny del brazo y la guio fuera de la guardería.

—Obviamente estás alterada —susurró—. ¿Qué es tan importante que no puede esperar?

—Es Mildred. Creo que acaba de intentar advertirme sobre Derrick Peploe .

ALGO HA CAMBIADO

A Alex se le revolvió el estómago al escuchar el relato de Jenny sobre su inquietante encuentro con Mildred Thompson. Había capitulado a regañadientes ante las súplicas de su esposa de reunirse con ella y su hermana en su estudio. Tener una erección placentera frustrada ya era bastante molesto; ahora tenía que lidiar con la posibilidad de que Derrick Peplow hubiera regresado de Francia y no estuviera tramando nada bueno. Justo en un momento en que el Regente venía de visita.

—Dios mío —exclamó cuando le vino a la mente una terrible posibilidad—. ¿No estará conspirando para interrumpir la visita del Regente?

Lamentó su arrebato al ver temblar la barbilla de su esposa. Su comportamiento inusual tal vez confirmó su sospecha de que estaba embarazada. La normalmente valiente Eliza no temblaba ante el peligro. Fue ella quien utilizó una sartén de hierro fundido para noquear al pirómano contratado por Peplow.

Dejó de deambular, se sentó a su lado en el sofá y le tomó la mano. —Estoy dejando que me lleve la imaginación —dijo— Sin embargo, la gente de seguridad real llegará mañana. Hablaremos de las preocupaciones de tu hermana con ellos.

—Lamento causarte este problema —respondió Jenny—. No sabía qué hacer. No puedo imaginar a quién más le tendría miedo Mildred. Tiene que ser Derrick. Si está en el país, la tuya es la única familia a la que querría hacer daño. Nunca pensé en el Regente.

—El que está prevenido está armado —declaró Eliza—. El primo de Alex ya ha hecho bastante daño a esta familia. No se le puede permitir que continúe, y ciertamente no podemos dejar que el Regente sea amenazado en nuestra casa.

—Informaré a Frobisher de los acontecimientos —dijo Alex, aliviado de que su esposa pareciera haberse recuperado del shock inicial.

Elisa asintió. —Jenny y yo alertaremos a mi madre y a Amelia.

Alex gimió por dentro. No se sabía cómo reaccionaría Lady Penélope ante estas nuevas revelaciones. Sería un desafío asegurarse de que ella guardara silencio sobre el asunto.

La cortés tos de Frobisher atrajo su atención hacia la puerta.

—Perdónen la interrupción, altezas. El duque de Wentworth y el marqués de Clavering insisten en reunirse con usted.

Alex apenas podía creer que Philip y su padre hubieran venido a visitarlo. Su llegada era demasiada coincidencia, dadas las noticias sobre Derrick.

—Halos pasar —dijo.

Eliza se levantó y tomó la mano de su hermana.

—Jenny y yo caminaremos a Dower House .

Blanca como un fantasma, la cuñada de Alex se balanceaba sobre sus pies, aparentemente clavada en el lugar.

Mirando a su marido, Eliza puso un brazo protector alrededor de la cintura de Jenny cuando el duque y el marqués entraron al estudio.

La frustración de Alex creció. Ese inesperado enfrentamiento no era culpa suya, pero debía tener en cuenta el delicado estado de su esposa.

* * *

A Jenny no le sorprendió que el duque de Wentworth le mirara mal. Probablemente no esperaba que ella estuviera presente. Su labio se curvó en una mueca de desprecio cuando su hijo

se acercó directamente a ella y llevó su mano a sus cálidos labios[P1].

—Jenny —susurró, alejándola de Eliza.

Ella estaba agradecida por el fuerte apoyo de su brazo alrededor de su cintura. Un asomo de esperanza, algo había cambiado.

Alex le tendió la mano a su compañero duque.

—Su Alteza. Un placer inesperado.

—Tenía que venir —respondió Wentworth, aceptando el gesto—. Si mi hijo puede recuperarse, le explicará nuestro recado.

Para alivio de Jenny, Philip la acercó más.

Claramente decidido a ignorar la falta de modales de Wentworth, Alex dijo: —Recuerda a mi esposa, Eliza, duquesa de Harrowby.

El duque arqueó las cejas. —Mis disculpas —respondió, besando los nudillos de Eliza—. ¿Cómo está, Su Alteza?

—Estoy bien, Su Alteza —respondió ella—. No estoy segura de si le han presentado correctamente a mi hermana, la señorita Jennifer Saxton.

Hubo un leve dejo de molestia en la mirada del duque, pero rápidamente volvió a ser el aristócrata de buenos modales.

—Señorita Saxton —dijo, con una cortés reverencia.

—Su Alteza —respondió ella, arriesgándose a ofrecerle la mano después de hacer una reverencia.

Miró su mano como fuese una serpiente venenosa, hasta que Philip se aclaró la garganta. Luego el duque hizo alarde del beso habitual, aunque sus labios agrietados no tocaron su piel.

Sí. Definitivamente algo había cambiado.

—No estoy seguro de que las damas deban escuchar lo que tenemos que decir —anunció Wentworth con gran gravedad—. Se trata de asuntos de importancia nacional.

—Lo que tenemos que decirles concierne a toda la familia Harcourt y a otras personas —respondió Philip—. Las damas deben quedarse.

Las vagas nociones de Jenny sobre el arrebato de Mildred de repente cobraron sentido. La niebla se disipó. Philip sabía sobre Derrick. Era más que un caballero con título. ¿Estaba realizando un trabajo peligroso y no había querido o no se le había permitido involucrarla? Ella nunca lo había amado más.

Alex levantó la mano antes de que ella pudiera dejar escapar sus sospechas. —Sospecho que estás a punto de contarnos sobre el patán de mi primo y la amenaza al Regente —dijo—. Jenny vino exactamente por la misma razón, aunque sus fuentes de información probablemente difieran de las tuyas.

Riendo entre dientes, Philip se acercó a su oído.

—Pequeña astuta espía —susurró.

* * *

Durante el viaje en carruaje hasta Harrowby Hall, Philip había pensado mucho en la relación con su padre. El duque de Wentworth no era más que un perro ladrador poco mordedor. Nunca había habido ninguna base para temer que el ducado pudiera pasar a manos de su primo. A Philip se le hizo un nudo en la garganta cuando se dio cuenta de cuánto lo amaba su padre.

Las amenazas contra Jenny y su familia habían sido pronunciadas por un hombre atrapado en el pasado que sólo quería lo mejor para su hijo. O lo que él consideraba lo mejor.

La locura de Philip al creer que tenía que proteger a Jenny lo golpeó directamente en el estómago. Ella no era una frágil señorita que se desmayaría ante la sola idea de su trabajo de

espionaje. Jenny Saxton era una mujer valiente e ingeniosa que probablemente insistiría en ayudarlo. Una verdadera compañera dentro y fuera de la cama. La perspectiva era más que excitante.

Un fuerte *ejem* de su amigo más cercano lo sacó de su ensoñación. —Deberían tal vez sentarse mientras les cuento —dijo, guiando a Jenny hasta el sofá. Ella se aferró a él como mientras él la guiaba, sus ojos verdes llenos de amor. Se arrodilló junto al sofá, presionó la mano de ella contra su corazón y susurró—: Cástate conmigo.

TORMENTA DE EMOCIONES

—Este no es el momento ni el lugar para estos devaneos — declaró el padre de Philip.

Jenny se mordió el labio inferior, dudando en responder la pregunta que tanto anhelaba escuchar. El duque tenía razón. Había asuntos más importantes que discutir.

—No prestes atención —susurró Philip con un guiño.

—Sí, me casaré contigo —respondió ella, liberada del miedo por el evidente amor en sus ojos—. De todo corazón, sí .

Sonriendo, se inclinó hacia adelante y le dio un casto beso en los labios.

—Eso tendrá que ser suficiente por ahora —dijo.

Eso bastó para hacer que el deseo subiera en espiral por sus muslos pero, dadas las circunstancias, Jenny difícilmente podía cumplir con el ardiente deseo de devolverle el beso.

—Por fin —exclamó Alex con una sonrisa que rápidamente se convirtió en un ceño fruncido—. Ahora, amigo mío, abordemos la otra razón por la que has venido con tu estimado padre.

Ante la evidente aprobación de su colega duque, Wentworth permaneció en silencio, pero su ceño fruncido contenía la promesa de censura. Era una pena que no contaran con la bendición del duque pero, a la larga, a Jenny no le importaba. Era a Philip a quien amaba y en quien confiaba.

—He enviado un mensaje a Dower House —anunció Eliza—. Mamá y Amelia deberían estar presentes para que no tengamos que repetir todo más tarde.

Jenny consideró que era una buena idea. Lady Penélope estaría menos inclinada a interpretar a la heroína melodramática delante de un duque poderoso.

—Será mejor que Frobisher también escuche lo que usted tiene que decir —le dijo Alex a Philip—. La señora Frobisher y él son los únicos miembros del personal conscientes de que el Regente es el visitante a quien estamos esperando.

Philip se levantó y asintió. —Estoy de acuerdo. Existe una amenaza para Su Alteza, pero creo que la familia Harcourt es el verdadero objetivo de Derrick.

Jenny se estaba ahogando en una vorágine de emociones. En cuestión de minutos, se le concedió el deseo de su corazón y se enteró de que un loco estaba empeñado en asesinar a personas cercanas y queridas para ella.

* * *

Cuando todos se reunieron en el estudio de Alex, Philip intentó compartir lo que sabía sobre el complot sin causar pánico. En particular, la madre de Jenny podía exagerar rápidamente las cosas. Antes de que ella tuviera oportunidad de sentarse, él le informó que Jenny había aceptado ser su esposa.

—Con su permiso, por supuesto, señora. ¿O puedo llamarla Lady Penélope?

De repente, el atareado abanico de la señora Saxton cayó de su mano y quedó colgando de su muñeca. Su rostro adquirió un alarmante tono rosado, no estaba dispuesta a contener su agradecimiento.

—Oh —exclamó, apresurándose a hacer una profunda reverencia ante su padre—. Su Alteza hace un enorme honor a mi familia. Por supuesto que Jennifer puede casarse con su hijo.

—Er... —farfulló su padre—. Yo... er.

Su consternación aumentó cuando la madre de Jenny le tendió la mano para que él pudiera ayudarla a levantarse.

—Gracias, Su Alteza —murmuró, tomándolo del brazo—. Puedo llamarlo Wentworth ya que, bueno, seremos más o menos familia.

Si Philip hubiera tenido la oportunidad de mirar a Jenny o las otras caras divertidas que lo rodeaban, no hubiese podido controlar la risa. En cambio, estudió los muebles en vez.

—Creo que tenemos suficientes asientos para todos —comentó con toda la gravedad que pudo reunir.

Deliberadamente sin prestar atención a su padre, la única persona que permaneció de pie como un centinela de guardia, recuperó la compostura y les contó lo que sabía sobre Derrick y el mortal complot para cometer asesinato.

—Me gustaría que tuviéramos más información de cómo planean proceder los conspiradores —dijo a su audiencia.

—El destacamento asignado para proteger al Regente llega mañana —añadió Alex—. Naturalmente, cederemos a su experiencia. Por ahora, no podemos decirle una palabra de esto a nadie.

—Tengo la intención de continuar hasta York enseguida —dijo Wentworth—. Informaré a los funcionarios del hipódromo de lo que está en marcha.

—¿Pero se puede quedar a cenar, verdad? —preguntó Eliza.

Philip pensó que era mejor que su padre se negara cortésmente. Lo acompañó hasta el vestíbulo donde se dieron la mano.

—Veo que estás decidido a frustrar mis deseos —dijo Wentworth.

Al no detectar malicia en su declaración, Philip respondió:

— Predigo que llegarás a amar a Jenny tanto como yo, papá .

—Puede que tengas razón —admitió su padre—. Tu madre, sin embargo...

Después de despedir a su padre, Philip se alegró de que por una vez se hubieran separado en términos razonablemente buenos.

* * *

El séquito del Regente llegó con toda su fuerza a primera hora de la mañana siguiente. Frobisher y su esposa se encargaron de alojar y organizar al chef, al sous-chef, al limpiabotas, al peluquero y a una gran cantidad de lacayos, asistentes y ayudantes.

Alex hizo pasar a los seis guardaespaldas a su estudio y Philip se presentó. A Alex no le sorprendió que su amigo de toda la vida estuviera trabajando para Whitehall. Hacía tiempo que sospechaba que Philip era algo más que un simple oficial del ejército británico. Había sido una auténtica locura sospechar brevemente que estaba involucrado en actividades nefastas.

Los guardias reales parecieron impresionados, pero en el curso de la explicación de Philip sobre el complot se hizo evidente que no eran hombres que formularan estrategias. Tal como lo veían, pensaban que su presencia vigilante y las armas que portaban serían suficientes para disuadir a cualquier asesino.

—Simplemente nos aseguraremos de que nadie entre a la casa —afirmó Billings, su líder.

—Es más complicado que eso —dijo Philip, claramente exasperándose tanto como Alex—. La familia Harcourt está en peligro.

Billings se encogió de hombros, ya sea con incredulidad o tal vez sintiendo que no tenía ninguna responsabilidad de proteger las vidas de la familia anfitriona del Regente.

—Es más probable que un asesino intente algo en la pista de carreras —dijo Billings—. Nuestros hombres allí lo tendrán todo bajo control. Ahora, si no hay nada más, Su Alteza, nos familiarizaremos con la casa y sus terrenos. Con su permiso, por supuesto.

Alex asintió, temiendo perder los estribos si hablaba.

—Es un maldito milagro que la familia real no haya sido eliminada por completo —
gruñó Philip después de que se fueron.

COMPLICACIONES

Eliza permaneció holgazaneando en la cama mucho después de que Alex se hubiera levantado. Se dio la vuelta y puso las manos sobre su vientre.

—Otro día más tolerando a todos estos extraños preparándose para la visita del Regente —le susurró a su hijo por nacer. —Le contaremos a papá sobre ti una vez que todo este alboroto termine —prometió—. Tiene demasiado de qué preocuparse ahora.

—Sabes, cuando tu mamá estaba en Suecia estudiando el régimen de ejercicios y masajes del doctor Ling, también aprendí a respirar correctamente, primero desde el abdomen. Tendré que seguir recordándome que debo llenar mis pulmones lentamente mañana, cuando llegue el Regente.

—La respiración adecuada ayudó mucho a tu papá, al igual que los ejercicios que te receté. Al principio no creyó que yo pudiera ayudarlo, pero...

Sacudió la cabeza y se levantó de la cama. —Escucha a tu mamá chachareándote. Falta mucho para que pueda contarte todo sobre tu valiente padre y la catástrofe que le sobrevino en Waterloo.

Llamó a su criada, quien la ayudó a prepararse para afrontar otro día de agitación y miedo desgarrador. Nadie sabía todavía exactamente cuándo y cómo podría atacar Derrick Peploe, pero con seguridad sería mientras el Regente estuviera en residencia.

* * *

Warrick no estaba seguro de por qué Frenchie consideraba necesario explorar el hipódromo de York, ya que supuestamente el intento de asesinato iba a tener lugar en Harrowby Hall. No tuvo más remedio que acompañar a Frenchie y Smith, aunque se sentía más que incómodo con aquella ropa tan elegante.

—El Balsam Stakes no comenzará hasta dentro de dos días —dijo Frenchie mientras los conducía a través del torniquete hacia el terreno—. Las carreras menores previas al evento principal ya están en marcha. Han atraído a un número considerable de asistentes, por lo que podemos pasar desapercibidos.

Warrick tuvo que admitir que se mezclaba bien con la multitud elegantemente vestida. Poco a poco, empezó a sentirse un poco menos como un dandy con ropa de caballero y el sombrero de copa de Fortescue. Smith, sin embargo, lucía exactamente como era: aunque la mona se vista de seda... Frenchie, claramente cómodo vestido como un noble, se pavoneaba ante los demás. Caminó hasta los guardias que impedían que la gente accediera al nivel superior de la tribuna principal.

—Entonces, viejo amigo —dijo, sin ningún rastro de acento francés—. ¿Qué está sucediendo?

—Preparativos para la visita del Regente —respondió un hombre—. Vienen a Balsam todos los días.

—¿En serio? Entonces, ¿supongo que esos caballeros a quienes se les permitió entrar a la tribuna también son guardias?

—Sí, excepto que habrá dos tipos que me aseguran de que todo esté en orden. Duques, si pueden creerlo.

—¿Duques, dices?

—Sí. A menudo vienen por aquí. Wentworth y Beaufort.

El vientre de Warrick se revolvió.

—¿Cuál es Beaufort? —preguntó, ganándose una mirada fulminante de Frenchie.

—Un tipo bajo y rechoncho.

La necesidad de saltar la cuerda y estrangular a su insensible padre fue poderosa hasta que Frenchie murmuró cerca de su oído: —Es extraño que Wentworth no parezca un hombre de luto por un hijo muerto.

Las emociones de Warrick estaban tan agitadas que no estaba seguro de qué murmuró en respuesta.

* * *

Derrick tuvo que pensar rápido. Era evidente que Farrell había mentido acerca de haber matado a Fortescue. La presencia de dos duques supervisando las medidas de seguridad más estrictas de lo previsto sugirió que las autoridades habían sido alertadas de un intento de asesinato. Smith era demasiado estúpido para ser informante.

Derrick asumió que Farrell había advertido a Fortescue, quien probablemente había ido directamente a Harrowby Hall para advertir a los Harcourt.

Habría que cambiar los planes y deshacerse de Farrell.

Afortunadamente, el traidor estaba preocupado por encontrarse cara a cara con su padre por primera vez. Tendría que ocuparse de él rápidamente antes de que tuviera la oportunidad de darse cuenta de que lo había descubierto.

—No se puede ir para allá —gritó uno de los guardias.

Derrick apretó la mandíbula al ver a Warrick Farrell subiendo los escalones de la tribuna de dos en dos, dirigiéndose hacia los dos duques.

—¿Por qué corre Farrell ? —preguntó Smith, boquiabierto.

Derrick se enfureció. Había cometido el error de subestimar al bastardo de Beaufort por segunda vez.

—No importa. Debemos dirigirnos hacia la salida. ¡Ahora!

* * *

Era arriesgado, pero la única esperanza de supervivencia de Warrick era llegar hasta los dos duques. Frenchie estaba tras él y le ordenaría a Smith que le cortara el cuello tan pronto como se alejara de las pistas. Una rápida mirada por encima del hombro mostró que había puesto una buena distancia entre él y los guardias que lo perseguían. Sin embargo, todavía no estaba seguro de qué diría o haría cuando llegara a su padre y al padre de Fortescue, quienes se estaban alejando del drama que se estaba desarrollando. No tendría mucho tiempo para explicarse antes de que las autoridades se lo llevaran a rastras. Los ajustados pantalones de paño y la elegante levita eran mucho más difíciles de llevar que su tosca ropa de calle. Sin mencionar que las botas eran de una talla más pequeña.

Eso le dio una idea. Se quitó el sombrero y se lo arrojó a Wentworth.

—Es de su hijo —gritó sin aliento—. Estoy trabajando con él.

Para su total sorpresa, fue Beaufort quien respondió.

—¿Warrick? —preguntó—. Warrick Farrell. ¡Cómo he deseado conocerte cara a cara, hijo mío!

Warrick había jugado con la idea de estrangular a su padre cuando finalmente se conocieron, pero era Beaufort cuyo abrazo le estaba quitando la vida.

SU ALTEZA REAL

Flanqueados por todos los miembros del personal doméstico y rodeados por cincuenta guardias montados de rostro severo, Alex y Eliza estaban en los escalones de entrada de su casa, listos para recibir al invitado real. Probablemente era la primera vez que la identidad del visitante importante era revelada a la mayoría de los sirvientes. Un nudo de nervios le retorció el estómago a Alex. Apretó la mano de su esposa. —Supongo que en circunstancias normales, nos habría encantado tener el honor de recibir a Su Alteza Real.

—Lo dudo —respondió ella—. No creo que ninguno de nosotros lo tenga en alta estima .

—Es cierto —concordó—. Parece hacer todo lo posible para alienar a toda Inglaterra con sus excesos, tanto a la gente común como a la nobleza.

—Aparentemente no aprendió nada de la Revolución Francesa .

—Señor, asístenos cuando se convierta en rey.

—Sonrisa. Aquí viene su carruaje.

Alex no había visto al Regente desde hacía muchos años. El príncipe George envió sus condolencias por la muerte del padre de Alex e incluso mandó a un diplomático menor al funeral. En general se sabía que el Regente era obeso, pero era difícil mantener la cara seria cuando nada menos que tres corpulentos lacayos lo sacaron por la estrecha puerta de su carruaje. Alex había pensado que las caricaturas del *Times* debían ser exageraciones de la corpulencia real. ¡Pero eran acertadas!

—¿Cómo podrá subir las escaleras? —Preguntó Eliza en voz baja, con la risa danzando en sus ojos.

Alex se apresuró a recibir al Regente.

—Bienvenido a Harrowby Hall, Alteza —dijo efusivamente, con una gran inclinación—. Es muy bueno que haya venido hasta aquí.

—Vine para la carrera, como sabe —jadeó el príncipe, apoyándose pesadamente en un corpulento lacayo mientras blandía un bastón adornado en dirección a la casa—. Un lugar tan bueno como cualquier otro para pasar la noche. Adelante, eh... Harrowby.

Alex tenía la intención de presentar a Eliza, cuya brillante sonrisa había desaparecido ante la actitud real. Sin embargo, el Regente ni siquiera había notado a su esposa y claramente quería entrar rápido, por lo que Alex se apresuró hacia el vestíbulo, dejando que los lacayos lidiaran con su carga real por las escaleras.

* * *

De pie con su familia detrás de Alex y Eliza, Jenny realmente no esperaba ser presentada al Príncipe Regente. El obtuso hombre incluso había ignorado a la duquesa de Alex. Por una vez, estuvo de acuerdo con los comentarios de su madre. Ciertamente había sido un espectáculo cómico sacar al Regente de su carruaje. Sus ojos se abrieron de par en par cuando tres carruajes más se detuvieron detrás del transporte real.

Dos oficiales navales uniformados descendieron del segundo vagón y un cuarteto de sirvientes salió del tercero. Impecablemente vestido, un hombre supervisó el descenso desde el techo de varios baúles pesados; tal vez el ayuda de cámara de viaje del príncipe.

Una tropa de soldados entró trotando en el patio, con uniformes diferentes a los de la guardia montada. El oficial que los dirigía comenzó a ladrar órdenes a sus hombres, quienes rápidamente desmontaron y comenzaron a montar tiendas de campaña en el cuidado césped.

—A Cook no le agradará que tengamos que darles de comer también —le susurró a Philip mientras él la acompañaba al interior.

* * *

Los Harcourt no vieron a su invitado real en toda la tarde. Las Saxton y ellos pasaron el tiempo en la biblioteca. Eliza se fue a alimentar a su niño a la guardería.

—Es como si ni siquiera estuviera aquí —comentó Alex.

—Excepto por los guardias en todas partes —respondió Eliza cuando regresó.

—De verdad —opinó Lady Penélope—. Uno pensaría que el hombre tendría la crianza necesaria para socializar con sus anfitriones.

—Igualmente estoy feliz de no pasar tiempo con él —respondió Alex.

El Príncipe finalmente se dignó unirse a ellos para cenar. Alex le presentó a todos, aunque su invitado real prestó escasa atención.

Durante la fastuosa comida, Alex se mostró extremadamente orgulloso del servicio que su personal brindó al Regente y a los dos oficiales que lo habían acompañado. El Príncipe no escatimó en elogios sobre el venado servido como plato principal. Alabó la selección de vinos, la sopa de puerros perfectamente condimentada, la amplia variedad de verduras y las divinas natillas horneadas y galletas de Shrewsbury. Había sido un *tour de force*, considerando que Cook se había visto obligado a mantener la comida caliente para acomodar al invitado de honor cuando llegó treinta minutos tarde a la cena. Los visitantes evidentemente creyeron al chef real responsable de la comida, pero Cook había informado que el hombre simplemente se paseó por la cocina con aire de desdén y la nariz en alto.

Más tarde, Su Alteza Real se emocionó como un niño cuando le ofrecieron una copa de su brandy favorito.

Todo salió como un reloj y, sin embargo, Alex detestó cada momento.

El Regente comía y bebía como un cerdo. Hablaba con la boca llena, sorbía ruidosamente la sopa y el vino y derramaba sobre su chaleco de seda todo lo que consumía. El motivo de la media docena de grandes baúles traídos por sus lacayos quedaba claro. A su ayuda de cámara le resultaría imposible eliminar las manchas de comida y vino del elegante traje que llevaba.

Los otros hombres que viajaban con el grupo real eran oficiales navales altos y de aspecto atlético. Uno de ellos, el capitán Henry Hervey, aparentemente había prestado servicio en las Indias Occidentales. Alex pensó que podría tener poco más de treinta años. Era difícil saber qué hacer con él. Hablaba poco y nunca sonreía. Lo más notable de él era una marcada similitud entre sus gestos y los del príncipe. Si fuera posible discernir los rasgos faciales enterrados en los rollos de grasa majestuosa, Alex se preguntó si podría haber un parecido físico entre los dos hombres.

Exhaló un suspiro de alivio cuando el Príncipe y sus invitados se retiraron a pasar la noche.

—Deberíamos estar agradecidos por dos cosas —le dijo a Eliza después de que su madre y sus hermanas partieran hacia Dower House con una escolta armada—. Primero, el Regente todavía está vivo y hasta ahora no ha sucedido nada adverso.

—¿Y la segunda? —ella preguntó.

—Durante toda la comida, tu madre no pronunció ni una palabra.

REGRESA A MÍ

Warrick se sentó en el borde de la cama más grande que jamás había visto y agarró el colchón. Su vida había cambiado drásticamente en las últimas horas. Por más que lo intentó, no pudo ordenar en su mente lo que había pasado.

Había cenado con su padre en el comedor privado de una posada de lujo en la que no se habría atrevido a entrar en circunstancias normales. Lo habrían expulsado.

Durante la comida, Beaufort confesó su profundo pesar por no reconocer a Warrick como su hijo. El hombre que Warrick esperaba despreciar había llorado cuando le contaron la muerte de su amante después de una vida destruida por la mala vida.

Warrick sintió pena por la trágica muerte de la esposa y el hijo de Beaufort, pero quedó completamente atónito por la noticia de que su padre lo había nombrado su heredero.

—Eso no puede ser en serio —respondió—. ¿Un duque yo?

—Eres mi carne y mi sangre, Warrick —insistió Beaufort—. No hay nadie que tenga mejor derecho a serlo. A decir verdad, honestamente creo que tienes potencial para ser mejor duque que mi difunto hijo.

—Eso es porque no me conoce.

—Si te conozco. Me he mantenido informado de tu progreso. Sé que acoges a jóvenes huérfanos. Quieres un cambio, lo que es de esperar, pero has tomado la decisión de no participar en un acto de traición. Tienes coraje y buen corazón. Como duque, tendrás poder real para lograr una reforma muy necesaria en este país.

Demasiado cansado y en conflicto como para quitarse la ropa elegante, Warrick se quitó las botas brillantes y se acostó en la cama en la cómoda habitación privada que su padre le había conseguido. Nunca había dormido en una cama de verdad y dudaba que pudiera quedarse dormido en medio de tanto lujo.

Beaufort, Wentworth y él habían acordado viajar al hipódromo al día siguiente para ayudar en el intento de frustrar a Peploe y su banda de asesinos. Era mejor concentrarse en eso en lugar de en ser el heredero de un maldito ducado.

* * *

Dada su experiencia cercana a la muerte cuando quedó atrapado debajo de un caballo moribundo en Waterloo, Alex no era fanático de ningún deporte con caballos, pero no tenía escapatoria si debía acompañar al grupo real a la pista el día de la carrera. Se esperaba que tanto él como Philip figuraran presentes ante Su Alteza. Había logrado que Eliza fuera excusada al insinuar en privado al Regente que su esposa se encontraba en una condición delicada y que por lo tanto no se podía esperar que viajara a York. Billings había informado al príncipe de la posible amenaza a su vida. Su Alteza no pareció inmutarse por la noticia y estuvo de acuerdo en que la duquesa de Harrowby debería quedarse en casa.

Billings consideró un asunto innecesario y aparentemente demasiado trivial transmitir al príncipe los temores de una amenaza a la familia Harcourt.

Eliza decidió llevar al bebé Saxton a Dower House, donde esperaría noticias de los acontecimientos en York en compañía de su familia y la niñera Brown. Billings le aseguró a Alex que la Casa Dower estaba tan bien vigilada como la casa principal.

En el vestíbulo de Dower House, Alex abrazó a su hijo pequeño antes de entregarlo al cuidado de la señora Brown. Entonces llegó el momento que temía. Mordisqueó la oreja de su esposa.

—Me tomé la libertad de informar a Su Alteza que estás embarazada —susurró.
—Lo lamento. Te lo iba a decir después de todo esto —respondió ella, con mirada de arrepentimiento.

Le tocó los labios con un dedo.

—No estoy enfadado. De hecho, estoy eufórico por haber tenido razón.

Se llenaron sus ojos de lágrimas.

—Vuelve sano y salvo.

—Tengo la intención de hacerlo —respondió—. No salgas de esta casa.

Él la abrazó mientras se despedían con un beso. El beso fue casto y no implicó un duelo de lenguas. Hablaba de una creencia compartida de que habría besos más apasionados en el futuro.

* * *

Fuera de Dower House, Philip ignoró la mirada de Lady Penélope y abrazó a Jenny.

—Vuelve a mí —susurró.

—Puedes contar con ello —respondió—, Hemos tomado todas las precauciones. Alex y yo estaremos armados, en caso de que llegue el caso.

—Estoy preocupada por ti.

—Porque me amas y me alegro por eso. Lamento el daño que te causé.

—Estás perdonado —respondió ella—. Pero nunca te perdonaré si...

Él la acercó más cuando la posibilidad impensable se atascó en su garganta.

—¿Puedo besarte, Jenny Saxton?

—Por favor.

Se habían besado antes: besos corteses en la mejilla. Tocó sus labios con los de ella y llenó el beso con todo el amor que sentía por Jenny. Excitado cuando ella fácilmente abrió la boca para recibir su lengua persuasiva, animó su lengua a bailar con la suya. El olor a lavanda se apoderó de sus fosas nasales mientras se deleitaba con el cálido sabor de una mujer excitada. Tomando su trasero la acercó a él y presionó su monte de Venus contra su dura necesidad.

—Jenny —respiró cuando se separaron—. Te amo.

Murmuró una breve despedida antes de que fuera imposible dejarla. Esperaba que el corto paseo de regreso a la casa principal pusiera fin a su furiosa excitación.

Fue un consuelo saber que Alex probablemente se encontraba en un estado similar.

Con las mandíbulas apretadas, los dos amigos no intercambiaron ni una palabra mientras caminaban.

* * *

Derrick Peploe se rio entre dientes mientras cerraba su telescopio con un clic satisfactorio. Su corazonada de que la duquesa de Harcourt buscaría refugio con su familia resultó ser correcta. Los tontos que custodiaban la Casa Dower no habían prestado atención a los extensos bosques de la finca Harrowby. Desde su punto de vista había podido espiar las despedidas tan conmovedoras.

Luego, posiblemente a primera hora de la tarde, llegaría la noticia de que el Regente había sido asesinado en York. O el intento del crédulo Smith había fracasado estrepitosamente y estaba muerto o bajo arresto. De cualquier manera, a Derrick no le importaba un comino. El príncipe George no era su objetivo, simplemente una excusa conveniente para liar a hombres como Smith.

Tenía la intención de aprovechar la confusión posterior para acercarse a Dower House. Sería fácil prender fuego a la leñera situada en la parte trasera de la mansión. Esta vez, lo haría él

mismo y no confiaría en algún tonto. Tenía la antorcha y el pedernal listos.

Harcourt y Fortescue correrían a casa y él estaría listo para acabar con ellos. Era el plan perfecto. Dos pájaros de un tiro, por así decirlo, todo el rebaño, si la duquesa y su hijo morían en las llamas.

Se enfundó aún más en su capa y se dispuso a esperar. El montón de hojas muertas debajo de él estaba húmedo, pero no importaba. Con un poco de suerte, la llovizna podría amainar en poco tiempo.

La única preocupación persistente era qué había sido de Warrick Farrell, aunque sus planes habían cambiado significativamente desde que escapara. Su duplicidad había resultado, sin saberlo, en un complot que tenía mayores posibilidades de éxito.

Derrick se ocuparía del traidor una vez que esto terminara y fuera proclamado duque de Harrowby como primo afligido de Harcourt y único pariente vivo.

¡ESTÁN AFUERA!

En York, Philip estaba sentado detrás del Príncipe en el adornado y colorido palco real y se sentía muy inquieto. A su lado, Alex se movía nervioso, claramente deseando que ninguno de los dos tuviera que escuchar más los interminables y generosos elogios del Regente hacia el caballo que había inscrito en Balsam Stakes. Como médico, Philip se preguntaba si debería recomendar algún remedio eficaz para las flatulencias, pero dudaba que al Regente le importara que estuviera contaminando el aire.

Philip se acercó al oído de su amigo. —Dios sabe lo que pasará si Brighton no gana —susurró.

—Creo que es una conclusión inevitable que el caballo real ganará, y los demás jinetes probablemente ya hayan sido informados de ello.

—¡Como si Prinny necesitara el dinero del premio!

Ambos hombres mantenían la vista puesta en Warrick Farrell. Estacionado con Wentworth y Beaufort cerca del torniquete de la puerta de entrada, estaba atento a Peploe y a los miembros de la Sociedad Correspondiente de Hull. Los guardias estaban listos para atrapar a cualquiera que señalara.

—Intentar un asesinato aquí es una locura —declaró Philip—. Este palco está demasiado alejado de los asistentes a la carrera.

—Quizás Derrick tenga la intención de esperar hasta que Su Alteza se vaya. Entonces estará más expuesto.

Una pelea cerca de la puerta de entrada llamó su atención.

—Farrell tiene a alguien —declaró Philip.

Minutos más tarde, los guardias se llevaron a un hombre pequeño que llevaba una gorra de tela y Farrell subió corriendo las escaleras hacia el Palco Real. El Regente no pareció darse cuenta del jadeante recién llegado, pero Alex y Philip se pusieron de pie.

—Es Smith —explicó Farrell—. Afirma que Peploe lo envió para hacer la tarea.

A Philip se le hizo un nudo en el estómago.

—Discúlpeme, Alteza —le dijo al Regente—. Un asunto urgente de vida o muerte requiere nuestra partida. Buena suerte en la carrera.

Dudaba que el príncipe lo escuchara, su atención totalmente puesta en los caballos alineados en la puerta de salida para el evento principal del día.

Farrell ya estaba a medio camino de la salida y Alex hacía lo mejor que podía para seguir el ritmo.

—El carruaje de tu padre nos espera —explicó su amigo sin aliento cuando Philip los alcanzó—. Peploe nos ha engañado. El Regente nunca fue su objetivo.

* * *

Beaufort era el único pasajero de menos de seis pies de altura apiñado en el carruaje de Wentworth mientras avanzaba a una velocidad vertiginosa. Alex y los demás se apoyaron contra los cojines como marineros en un bote salvavidas abarrotado en un mar tormentoso.

—Ambas casas están bien vigiladas —le aseguró Philip por enésima vez.

—Derrick es un retorcido —respondió Alex—. Y tal vez esté desesperado. No se sabe qué podría hacer. No puedo creer que haya dejado a mi familia para que se las arreglaran solas.

—No se están valiendo por sí mismas. Tienen guardias armados que las protegen. No tenías elección. No podíamos decir que no a acompañar al Regente.

—Tenéis razón los dos —dijo Farrell—. Frenchie es un despiadado, pero tendrá problemas para superar a los soldados .

Alex apretó la mandíbula, incapaz de expresar el miedo que se revolvía en sus entrañas. Cuando el carruaje finalmente se detuvo en los terrenos de Dower House, él fue el primero en salir, con la cadera dolorida.

—¿Algo que informar? —le preguntó al capitán.

—Nada, Su Alteza. Todo tranquilo.

Philip se unió a ellos. —Un hombre fue arrestado en el hipódromo, pero el líder de la conspiración no apareció por ningún lado. Creemos que está aquí en alguna parte. Haz que algunos de tus hombres busquen en los alrededores.

El sonido de un caballo que se acercaba les llamó la atención. El soldado tomó su espada cuando un jinete solitario apareció en el camino que conducía desde la casa principal, pero rápidamente la envainó cuando reconoció el uniforme del recién llegado. Después de desmontar, el jinete entregó una misiva al capitán.

—¿Qué es? —Preguntó Alex, preocupado por el ceño fruncido del soldado.

—El Regente ha decidido regresar a Londres de inmediato. Debemos dirigirnos inmediatamente a York para proporcionar una escolta.

—Pero os necesitamos aquí —protestó Philip—. Hay un asesino suelto .

—Sin embargo, señores, lamento no poder desobedecer una orden del Regente.

Alex se dio cuenta a regañadientes de la inutilidad de discutir y se apresuró a entrar en Dower House.

Sus compañeros de viaje lo siguieron.

* * *

Sobresaltado al despertar, Derrick lanzó una maldición al sentir el dolor que le atravesaba el cuello. Dormir bajo la lluvia sentado al pie de un viejo roble no era parte del plan. Se sacudió rápido las cochinillas que le subían por la pernera del pantalón. Finalmente, poniendo su mano sobre el telescopio que se le había caído del bolsillo, enfocó hacia Dower House.

—Harcourt —siseó cuando vio a su primo entrar cojeando en la casa. —¡Seguidos por los Fortescues, Farrell y Beaufort!

¿Qué estaba ocurriendo? La guardia montada se alejaba de la casa. ¿Había logrado Smith matar al Regente? Sería nada menos que un milagro, pero Derrick no podía preocuparse por eso. Tenía una casa por quemar. Volvió la cabeza de un lado a otro para resolver la torcedura de su cuello, maldiciendo cuando vio la antorcha medio enterrada entre las hojas mojadas... ¿Y qué diablos le había pasado al pedernal?

El incendio provocado estaba ahora fuera de discusión y supuso que los hombres que habían entrado en la casa estaban armados. Era un revés, pero tenía recursos. Cada una de las personas que pretendía eliminar estaban dentro de Dower House, pero la situación requería un cambio de plan. Por frustrante que fuera, simplemente debía esperar una mejor oportunidad.

Guardando su telescopio en el bolsillo, se adentró más en el bosque y siguió el sendero lleno de baches que lo llevaría al claro del bosque en las afueras de Beverley. Regresar a su habitación alquilada ahora era imposible. Farrell habría informado a las autoridades del lugar. Había una persona que le proporcionaría refugio; a ella no le gustaría, pero él no le daría otra opción.

* * *

ENCONTRAR REFUGIO

—No te dije que trajeras al mocoso —siseó Derrick cuando Mildred llegó al claro donde se habían citado antes. Cuando un pilluelo sucio le entregó la breve nota ordenándole que se reuniera con él, temió que Derrick hubiera descubierto que casi lo había traicionado con Jenny Saxton.

Después de cargar a su pequeño hijo durante más de una milla, su garganta estaba tan seca como un desierto y estaba demasiado agotada para escuchar las quejas de su amante. —No tuve más remedio que traer a tu hijo. No había nadie en casa para cuidarlo y me ordenaste que viniera inmediatamente.

Se aferró a la esperanza de que él pudiera mostrar algún afecto por Nicholas, pero él simplemente le dio la espalda cuando ella intentó entregárselo.

—¿No sientes nada por el niño que engendraste? —preguntó, odiando lo patética que sonaba.

—Por supuesto —respondió—. Cuando sea duque de Harrowby, lo nombraré mi heredero.

Un atisbo de alegría parpadeó por un breve momento. Si Derrick se convirtiera en duque, ella sería condesa, y Nicholas sería...

Pero entonces se impuso la realidad.

—¿Y cómo te propones convertirte en duque? Perdiste esa causa hace mucho tiempo.

Se encogió cuando Derrick se cernió sobre ella, con el rostro contorsionado por la ira. Estaba segura de que él la habría golpeado si no hubiera tenido al niño en brazos.

—Seré el duque —dijo enrabiado—. Mi plan actual ha salido mal, pero habrá otra oportunidad. Hasta entonces, necesito un lugar donde pasar desapercibido.

Al cruzarse con otros viajeros de camino al claro, había oído chismes sobre un intento de asesinato contra el Regente. ¿Era esta la razón por la que la necesidad de esconderse de Derrick había adquirido un tono más desesperado? El nudo en su vientre se apretó. Ella no quería ser parte de la traición. Ayudarlo podría significar la soga. Nicholas quedaría huérfano manchado por el crimen de sus padres.

—No puedo esconderte en *Winifred Oliver House*. Está lleno de mujeres.

—Es una propiedad grande. Hay dependencias.

Fue una sorpresa desagradable que aparentemente conociera el refugio para madres solteras. —Hay un cobertizo de jardinero.

—Eso tendrá que ser suficiente —se burló—. Buscan a un hombre solo. Caminaremos juntos hasta la casa.

La tomó del brazo, pero no se ofreció a cargar al niño mientras la sacaba del claro y la llevaba a la carretera.

* * *

A Jenny le sorprendió que su madre aceptara fácilmente que Philip se quedara en Dower House. Los buscadores habían encontrado una antorcha empapada y una caja de pedernal en el bosque, pero no había señales de Derrick Peploe. Al parecer, Lady Penélope había decidido rápidamente que era una buena idea fomentar la protección de su futuro yerno.

Si bien Jenny se alegraba de la presencia de Philip, le preocupaba la continua amenaza que representaba Peploe.

—Ojalá lo hayan atrapado —confió al día siguiente del arresto de un posible asesino en

York.

Philip y ella estaban tomando té con su madre y Amelia, pero el miedo hizo que el té supiera a agua de fregar.

—Se esconde en algún lugar cercano —respondió su prometido—Creo que lo más seguro es que todas ustedes vengan conmigo a Raventhorpe. Jenny y yo nos casaremos en la capilla de la finca Wentworth, así que tiene sentido.

—Aún me cuesta creer que tu padre haya aceptado celebrar la ceremonia allí —admitió Jenny.

—E insistió en organizar el banquete después —respondió Philip—. Incluso se ha encargado él mismo de conseguir la licencia especial.

—Sólo espero que su madre sea igual de complaciente —dijo Lady Penélope, dejando su taza vacía.

—Mamá —la reprendió Amelia—. Acabas de insultar a nuestro invitado.

—Tonterías —replicó su madre—. Philip será el primero en admitir que no está seguro de cómo se comportará la duquesa con nosotras, los plebeyas.

Jenny no encontró consuelo en el silencioso ceño fruncido de su prometido.

* * *

Había sido necesario algo de esfuerzo, pero Philip se sintió aliviado de que Alex finalmente hubiera aceptado que el peligro aún acechaba cerca. Por lo tanto, el carruaje de Harrowby estaba detrás del de Philip mientras se dirigían hacia el sur, hacia Lincolnshire.

Estar confinado en un carruaje con el perfume de Jenny metiéndose en su nariz era excitante, pero no tuvo oportunidad siquiera de tocarla dada la presencia de Lady Penélope y Amelia.

La hermana menor de Jenny parecía más preocupada por la comodidad del hombre que iba arriba junto al conductor. Farrell había sido invitado a la boda a instancias de su padre, quien consideró el feliz acontecimiento una buena oportunidad para presentar a su hijo bastardo en la sociedad educada. Farrell había rechazado la oferta de Philip de tomar un caballo con el argumento de que nunca había montado y no tendría la menor idea de cómo controlar a la bestia.

—¿Estará bien ahí arriba? —Amelia volvió a preguntar—. Es casi invierno.

—Tu preocupación por él es indecorosa —respondió Lady Penélope—. Imagínese, el tipo ni siquiera sabe montar. ¿Cómo puede aspirar a convertirse en duque? Beaufort debe estar perdiendo el juicio.

Philip se molestó.

—Olvida usted, señora, que Warrick Farrell contribuyó decisivamente a frustrar el complot para asesinar al Regente. Con un gran riesgo personal, debo añadir. Estoy seguro de que puede aprender a montar a caballo.

Inmediatamente se arrepintió de haber ofendido a su futura suegra, que parecía afligida, pero Jenny asintió con la cabeza.

—Philip tiene razón, mamá. En cualquier caso, Beaufort todavía está vivo y en forma, por lo que pasará mucho tiempo antes de que Farrell herede el ducado. Tiene tiempo para acostumbrarse a su nuevo rol.

—Me dijo que tiene intención de llevarse a sus huérfanos a Beaufort cuando se mude allí —me confió Philip—. Eso habla de generosidad de corazón.

—Entonces necesitará una institutriz —exclamó Amelia con sorprendente fervor.

—Ni hablar —respondió su madre.

Amelia y su madre pasaron el resto del viaje mirándose fijamente, lo que dejó a Jenny y

Philip libres para comunicarse en silencio promesas de placeres venideros.

FRÍA RECEPCIÓN

Cuando los viajeros llegaron a Raventhorpe, la cordial bienvenida del duque levantó el ánimo de Jenny. Beaufort también les dio un caluroso recibimiento. Ambos hombres parecían sanos después de su apresurado regreso de York. Llamativamente ausente estaba Lady Dorothea, la madre de Philip.

Su prometido no mencionó el mal gesto, pero Jenny vio el dolor en sus ojos entrecerrados.

—Entiendo su desgana —le susurró cerca de su oído.

—Yo no —respondió, con la mandíbula firmemente apretada.

Wentworth Manor se parecía mucho a Harrowby Hall por fuera.

—Es enorme —exclamó Jenny. La casa de cuatro pisos era magnífica, toda de cristal, torres y chimeneas.

El interior era un asunto diferente. El vestíbulo estaba repleto de estatuas grecorromanas, cuyo pudor estaba preservado por incongruentes hojas de higuera probablemente pintadas años atrás con pintura verde oliva descolorida y desconchada. Ostentosos arreglos florales se desbordaban por encima de urnas que parecían excavadas en alguna tumba egipcia. Pastoras de porcelana adornaban cada superficie plana. Enormes pinturas de paisajes en marcos y espejos que no combinaban cubrían casi cada centímetro de las paredes completamente blancas. Las molduras de techo rezumaban pintura dorada.

Jenny comprendió otra razón adicional por la que Philip prefería no vivir en un entorno de tan mal gusto.

El mayordomo le presentó a Alex al ama de llaves. La señora Clemit hizo una reverencia y luego pidió cortésmente a Sus Altezas que la siguieran hasta las habitaciones asignadas a la familia Harcourt.

Beaufort llevó a Farrell a su suite y le explicó que era lo suficientemente grande para acomodarlos a ambos.

Una sirvienta hosca llevó a Jenny, Amelia y su madre a una habitación de invitados con dos camas en el tercer piso.

—Obviamente, las Saxton no son lo suficientemente buenas para una suite —resopló Lady Penélope, cerrando la puerta en las narices de la criada.

—No me importa —respondió Jenny—. La habitación es preciosa, aunque demasiado ostentosa, y Amelia y yo hemos compartido cama antes.

Su madre levantó la nariz en el aire.

—Ostentoso es quedarse corto. La duquesa claramente no tiene gusto. No me gustó Lady Dorothea cuando vino a la boda de Eliza. Demasiado altiva. Me gusta aún menos ahora.

Jenny y Amelia pusieron los ojos en blanco. Lady Penélope Saxton podría ser la Reina de la Altez cuando trataba con personas que consideraba inferiores.

—Dos iguales —le susurró Amelia a Jenny.

—Espero que no hagas las cosas difíciles, madre —dijo Jenny.

—Por supuesto que no —fue la respuesta—. Lady Dorothea puede ser tan grosera como quiera. Con el tiempo gobernarás aquí como duquesa de Wentworth y ella será simplemente la viuda. Yo seguiré sonriendo, pero ella probablemente no.

Jenny simpatizaba con la lógica enrevesada de su madre, pero Lady Dorothea aún podría intentar impedir la boda si se oponía firmemente a ella.

—Preferiría tener su bendición —respondió.

* * *

Philip llamó a la puerta del salón de su madre, pero no esperó permiso para entrar.

—Clavering, cariño —exclamó, levantándose majestuosamente del sillón frente al hogar—. ¡Qué sorpresa!

En lugar de besarle la mano que le ofrecía, la tomó y la llevó de regreso a la silla.

—Mi nombre es Philip, mamá —dijo—. Y no me dejes engañar por esta actuación.

—Estoy segura de que no sé a qué te refieres, querido muchacho

—Insultaste deliberadamente a mis invitados, sabiendo que tu comportamiento me llevaría a tu puerta para que pudieras disuadirme de mi tonto plan de casarme con la señorita Saxton.

Su madre entrecerró los ojos.

—Estás aquí, ¿no?

Clamó paciencia.

—Padre ha dado su bendición.

—Es un tonto. Él y ese tonto amigo suyo. ¿Cree realmente Beaufort que puede hacer un bolso de seda con una oreja de cerdo?

Su madre podría abrir los ojos a la realidad si le contara sobre el malestar popular que azotaba al país, siendo la intolerancia aristocrática una de sus causas fundamentales. Pero él no tenía tiempo para eso y ella probablemente ignoraría la advertencia.

—Ni siquiera conoces a Warrick Farrell, quien, por cierto, ayudó a salvar la vida del Regente. Probablemente hayas ofendido a mi más querido amigo. Afortunadamente para los Fortescue, Alex Harcourt no es el tipo de noble que chismeará sobre tu falta de modales.

Hizo un puchero, una señal segura de que sabía que estaba perdiendo la discusión. —Su esposa es una común...

—Cuidado, mamá —advirtió—. Eliza es una duquesa; en otras palabras, tu igual. Harcourt tolerará muchas cosas, pero difamar a su esposa le ganará enemistad.

Él dobló la rodilla junto a su silla.

—Una sola advertencia. Trata a mi prometida como algo menos que a una querida futura nuera y alejarás a tu *querido Clavering* para siempre.

Ella sacó un pañuelo de su manga y lo retorció entre sus manos.

—La amas.

—Con todo mi corazón —respondió—. Un día, Jenny será la señora aquí.

Le tendió el brazo, esperando que ella fuera lo suficientemente astuta como para comprender las implicaciones de lo que había dicho.

—¿Bajamos a cenar, mamá?

Para su alivio, ella aceptó su oferta de acompañarla y salieron juntos de la sala de estar.

* * *

No pasó mucho tiempo para que la noticia llegara a Winifred Oliver House a través del rumor de los sirvientes. Los Harcourt y los Saxton se habían trasladado a Lincolnshire. Mildred había notado que Jennifer y Amelia no habían aparecido. La noticia fue un enorme alivio. Ahora, Derrick se vería obligado a renunciar a su loca vendetta, regresar a Francia y dejarla a ella y a Nicholas en paz. Nadie lo había descubierto aún escondido en el cobertizo, pero era sólo cuestión de tiempo. Se quejaba constantemente de la escasa comida que ella le pasaba de contrabando, corriendo un gran riesgo personal. Tarde o temprano, alguien se daría cuenta de que faltaban

varias prendas de cama.

Ya no se hacía ilusiones sobre el padre de su hijo. En el improbable caso de que él se ofreciera a llevarlos a Francia, ella se negaría. En Beverly, tenía refugio y sustento, además de un puesto de responsabilidad como matrona. La hija de un barón merecía algo mejor, pero Derrick no podía proporcionárselo. Los abandonaría a ella y a Nicolás en Francia cuando le conviniera.

Haciendo acopio de valor al caer el crepúsculo, se puso un chal y salió sigilosamente al cobertizo para darle a Derrick una noticia que seguramente lo enojaría.

—¿Lincolnshire? —gritó cuando ella se lo dijo.

—Por favor, baja la voz —suplicó.

—Apuesto a que han ido a Wentworth Manor —siseó—. El cobarde Harcourt cree que puede esconderse de mi ira en la finca Fortescue.

A Mildred se le erizó la piel de la nuca. ¿No estaría pensando en seguirlo?

—Se rumorea que han ido allí para que el marqués y Jenny Saxton puedan casarse en Raventhorpe .

—Perfecto —exclamó—. ¿Dónde podemos robar un carruaje?

—¿Un carruaje? —repitió con voz ronca, tratando desesperadamente de pensar en una manera de evitar acompañarlo a Lincolnshire—. No podemos...

—Sí, podemos y lo haremos. Vuelve aquí después del anochecer.

LA DRAGONA

Warrick no recordaba ningún momento en el que se hubiera sentido más incómodo, con la posible excepción del incidente con la pistola de Peploe. Cenar con tres duques, dos duquesas y un marqués era una tortura. No eran simplemente las prendas elegantes y desconocidas y la cantidad confusa de cubiertos ridículamente innecesarios lo que le hacía sentirse fuera de lugar. ¿Usaban los caballeros realmente los incómodos calzones en los que su ayuda de cámara había insistido?

Sintió que no era sólo su presencia lo que molestaba a la duquesa de Wentworth. Estaba seguro de que su hinchada cara roja comenzaría a echar humo cuando su marido se levantara para proponer un brindis por su hijo y desearle lo mejor en su próximo matrimonio con la sonrojada Jenny Saxton. Tal cual. Típica aristócrata esnob. La duquesa había sido fríamente cortés con la prometida de su hijo (de hecho, con todos sus invitados, excepto con el duque de Harrowby), pero ¿qué sabía él sobre cómo se comportaban las duquesas?

Jenny parecía una chica dulce e inteligente y Fortescue estaba claramente enamorado. Ahora que lo pensaba, su hermana Eliza era una mujer muy atractiva que obviamente había capturado el corazón de su marido ducal. No se comportaba en absoluto como una duquesa engreída.

Sin embargo, en su opinión, era la hermana menor de Saxton cuya belleza las eclipsaba a todas. Amelia. Bonito nombre. Sonrisa encantadora y con curvas en todos los lugares correctos. Nada mal, de hecho. Su miembro duro no prestaba atención a sus apretados pantalones y estaba de acuerdo de todo corazón. Sentada enfrente, era la única persona que parecía cómoda manteniendo una conversación con él, aparte de su padre. Ella le confió tímidamente su ambición de convertirse en institutriz, lo que le valió un bufido burlón por parte de Lady Dorothea.

—Propongo a los caballeros pasar a la biblioteca —anunció Wentworth cuando se hubieron consumido el bizcocho y las natillas y se habían recogido los platos—. Puedo ofrecer un buen oporto y unos espléndidos puros Figurado.

Mientras los hombres se disculpaban rápidamente y seguían a su anfitrión, Warrick no consideró apropiado mencionar que una vez había robado una caja de Figurado durante un robo en un almacén en los muelles. Naturalmente, tuvo que probar uno. Algo asqueroso que casi lo ahogó. Aún así, sufriría otro si eso significara un respiro de las miradas altivas. No envidiaba en lo más mínimo a Jenny Saxton, dejada a merced de la temible dragona sin Philip allí para defenderla.

* * *

Jenny tuvo la sensación de que Philip le había advertido a su madre que se comportara lo mejor posible. Lady Dorothea estaba siendo fríamente educada. Ahora que Philip y su padre se habían ido, no habría nadie mirando a la duquesa cuando soltara una o dos púas envenenadas. Una vez que las damas estuvieron sentadas en el salón, Jenny dejó a un lado su copa de jerez y se preparó. Si fuera necesario, Eliza la defendería de los comentarios mordaces de otra duquesa. Sin embargo, no podía seguir dependiendo de otros para protegerse de la madre de Philip. Lady Dorothea pronto sería su suegra. Sería mejor para todos los involucrados si se llevaran bien.

—Es posible que ese maleducado haya ayudado a salvar la vida del Regente —comenzó la duquesa después de beber un sorbo de jerez—. Sin embargo, es un desperdicio darle oporto y un buen puro. No puedo imaginar lo que estará pensando Beaufort.

Jenny se sintió aliviada de que la primera salva estuviera dirigida a alguien que no fuera ella misma, pero no podía dejar que ese comentario quedara sin respuesta. Para su sorpresa, su hermana menor salió en defensa de Farrell antes de que ella tuviera la oportunidad de responder.

—Creo que el duque de Beaufort piensa que estuvo mal abandonar a un hijo que engendró —dijo Amelia—. No es culpa de Warrick Farrell que se criara en los barrios marginales. El duque quiere enmendar la relación.

La duquesa miró a través de sus impertinentes como si acabara de notar una mosca molesta.

—Bueno, supongo que tienes razón en que este tipo tiene sangre noble en sus venas, a diferencia de algunos que podría mencionar.

Jenny ya había tenido suficiente.

—Habría pensado que una dama tan buena como usted desearía la felicidad de su hijo por encima de todo.

La duquesa levantó la barbilla.

—¿Y crees que una don nadie de Yorkshire puede hacer feliz a Philip?

—Estoy decidida a pasar mi vida haciéndolo feliz, Su Alteza. Puede compartir nuestra felicidad o sumergirse en un resentimiento esnob. Usted decide.

La duquesa, boquiabierta, parecía quedarse sin palabras, pero la sonrisa de admiración de Eliza fue toda la verificación que Jenny necesitaba. Como una auténtica muchacha de Yorkshire, había devuelto todo lo que había recibido.

* * *

— Es inquietante este asunto con el Regente —dijo Beaufort después de beber su segundo vaso de oporto—. Gracias a Dios que estuviste allí para ayudar a prevenir el asesinato, muchacho.

Farrell hizo una mueca.

—No estoy de acuerdo con matar, pero entiendo por qué un trabajador querría deshacerse del Regente.

—Yo diría —respondió Beaufort, golpeándose el costado de la nariz—. Que será mejor que guardes esa idea para ti.

Philip tenía que hablar.

—Farrell tiene razón. Y no está solo en su resentimiento hacia la monarquía. El malestar se ha ido acumulando durante años y es generalizado. Después de luchar contra los franceses durante décadas, muchos ingleses regresaron a casa y encontraron a sus familias viviendo en la pobreza. No podían encontrar empleo y los impuestos eran altos. Mientras tanto, el Regente gastaba miles de libras en la decoración de su muelle en Brighton. Cuando se llevaron a cabo protestas, el gobierno las reprimió sin piedad.

—Me temo que nuestros hijos tienen razón, Beaufort

—intervino el padre de Philip—. Si no queremos una revolución sangrienta aquí en Inglaterra, debemos otorgar derechos a personas que no necesariamente tienen títulos. Algunas de las nuevas clases industriales son ricas, poderosas y astutas: hay que darles voz y voto en el gobierno del país.

Philip quedó asombrado, pero la advertencia pareció tener un efecto aleccionador en el amigo de su padre. Se preguntó durante cuánto tiempo su padre había sostenido estos puntos de vista que muchos considerarían radicales.

SUFICIENTE ES SUFICIENTE

Derrick había comenzado a cortejar a Mildred después del regreso de su prometido de Waterloo. Comprendía su renuencia a casarse con un hombre horriblemente desfigurado que apenas podía caminar. Nunca había soñado que Derrick la arrastrara finalmente al nivel del robo común. Para empeorar las cosas, la había obligado a robar el carruaje y el pony de los establos de Harrowby Dower House.

Después de cruzar las aguas grises del Humber, abrazó a Nicholas tan fuerte como pudo para protegerlo del viento amargo que soplaba a través de Lincolnshire. Intentaba calmar el llanto del bebé pero Derrick se impacientaba cada vez más con su hijo.

—Te dije que no podía dejarlo solo —aventuró, con el estómago hecho un nudo.

—South Ferriby está justo al final del camino —respondió como si ella no hubiera dicho nada—. Allí daremos de beber al pony.

Habiendo perdido toda sensación en sus manos y pies y necesitando urgentemente ir un baño, esperaba que él le permitiera estirar las piernas durante unos minutos. Era muy necesario cambiar el pañal de Nicholas.

—¿Buen camino? —preguntó un tipo jovial cuando se detuvieron en el patio de una posada—. Soy Swede Nelthorpe. ¿Se quedarán la noche?

—No digas nada —murmuró Derrick en voz baja— Agua para el pony —le gruñó al hombre.

—¿Viajan lejos en este día frío? —Preguntó Nelthorpe después de ir a buscar un cubo de agua.

Mildred debería mantener la boca cerrada pero la desesperación le soltó la lengua.

—Raventhorpe —respondió ella, ganándose el esperado gruñido de reproche de Derrick.

Se encogió aún más en su escaso chal, reconfortándose al sostener la diminuta mano de su hijo. Habría que pagar un precio por su desobediencia.

Y llegó más rápido de lo que esperaba.

—Está equivocada. En realidad me dirijo más al sur, a Lincoln — mintió Derrick—. Me apiadé de esta pobre muchacha y de su hijo y prometí llevarla hasta Ferriby.

Claramente, ella ya no era de utilidad.

Nelthorpe alzó la mano para tomar a Nicholas de manos de Mildred. —¿Tiene parientes por aquí, muchacha? —preguntó, con un profundo ceño fruncido.

Mildred no estaba dispuesta a protestar por el abandono de Derrick, incluso si eso significaba quedarse varada en este pueblo apartado.

—Sí —respondió mientras bajaba rígidamente, esperando que sus pies congelados la mantuvieran erguida una vez que llegara al suelo.

—Los Thompson. ¿Los conoce?

—No los conozco, no —respondió Nelthorpe mientras Derrick azotaba al pony y el carruaje se alejaba—. Entre para calentarse y a su lindo muchacho junto al fuego.

Con la esperanza de que los escasos fondos que había traído le permitieran cubrir el coste de la comida y el transporte de regreso a Beverley, siguió a Nelthorpe al interior de la posada. Hasta ahora, los había tratado a ella y a su hijo con amabilidad y consideración. Pocos hombres cogerían un bebé con un olor poco agradable a una madre cansada. Lamentó amargamente haber caído en las melosas promesas de Derrick hace tantos años y rezó para no volver a verlo nunca más.

* * *

Philip y Jenny estaban en el salón discutiendo los preparativos para la boda con sus padres. Su madre hacía un esfuerzo por ser cortés con su prometida, aunque ignoraba deliberadamente a lady Penélope. Más tarde, le preguntaría a Jenny si había dicho algo para descongelar el comportamiento gélido de Lady Dorothea. O tal vez debería simplemente ser optimista y dejar que las damas resolvieran la futura jerarquía de Wentworth Manor. Él ya había hecho saber sus sentimientos al respecto.

También asistieron el mayordomo, el chef francés y la jefa de limpieza. Por lo tanto, fue un lacayo que sustituía a Beckley quien llamó a la puerta y entró.

—Disculpen, Altezas, viene un tipo de South Ferriby. Su nombre es Nelthorpe.

—Dígale que no es conveniente —respondió Beckley, como si estuviera convocando la reunión.

—Dice que es importante.

—Si es Swede —dijo Philip, poniéndose de pie—, no saldría de su posada y vendría hasta aquí a menos que fuera urgente.

—Es cierto —concordó su padre—. Hazlo pasar.

Gorra en mano, Swede entró en el salón.

—Perdón por interrumpir, Alteza —comenzó, sus ojos recorriendo la habitación—. Probablemente no sea nada, pero...

Al sentir la incomodidad del posadero ante un público crítico, Philip sugirió que llevara a Swede a la biblioteca. Tenía un mal presentimiento sobre el motivo del posadero para viajar a Ravenhorpe. Si eran noticias de Pelpoe, prefería que las mujeres no se enteraran.

—Te acompañaré —dijo su padre.

Nelthorpe se relajó visiblemente una vez que estuvieron instalados en la biblioteca. Expresó varias veces su agradecimiento por la calidad del brandy que le ofrecieron.

—Ahora, ¿de qué se trata? —preguntó Philip.

—Ayer un hombre y una mujer se detuvieron en la posada para buscar agua. Él fue grosero, me miraba a mi y a ella con el ceño fruncido. Antes de que se diera cuenta, hizo que la muchacha se bajara. Con un niño y todo. Dijo que iría a Lincoln y que simplemente estaba llevando a la muchacha.

—¿Pero sospechabas de algo? —preguntó Philip.

—Sí. La pobre muchacha estaba congelada, pero no quiso quedarse a dormir. Sólo comió algo rápido, le dio de comer al pequeño y luego me pagó para alquilar el carro de perros. Era todo lo que tenía y esos quilts están en las últimas, pero a ella no pareció importarle.

—¿Adónde fue?

—Dijo que estaba visitando a unos parientes, pero puedo asegurar que no hay nadie llamado Thompson en South Ferriby, especialmente no en el lugar por donde ella vino.

—¿Estás seguro de que dijo Thompson? —Preguntó Philip, intercambiando una mirada preocupada con su padre—[P2]. ¿Y regresó a Yorkshire?

—Sí. Algo curioso también. Antes de irse, dijo que a la gente de Wentworth Manor le gustaría saber que su compañero estaba en camino.

—Te estamos muy agradecidos, Swede —dijo Philip—. Has venido hasta aquí para advertirnos sobre este hombre a quien están buscando en relación con el atentado contra la vida del Regente. Debes haber escuchado.

. —Sería un honor quedarme y ayudarlos a atraparlo, pero la posada...

Philip le dio una palmada en la espalda. —Disparates. Has hecho más que suficiente.

Llamaré a un lacayo para que te lleve a las cocinas, donde le darán una comida caliente.

—Y aquí tienes mi mejor oporto —dijo su padre, entregándole una botella—. No para tus clientes, eso sí. Para ti y la señora Nelthorpe.

* * *

NERVIOS

Los Harcourt, Farrell, Amelia y Lady Penélope acompañaron a Philip y su padre cuando regresaron al salón. La cara de preocupación de Eliza alarmó a Jenny.

—Nelthorpe ha traído noticias inquietantes —comenzó Wentworth después de despedir a los sirvientes.

—Peploe se enteró de que estamos en Lincolnshire —continuó Philip—. Probablemente esté en algún lugar cercano.

—¿Pero cómo llegó hasta aquí? —Preguntó Jenny.

—Viajaba en un carruaje con una mujer y un bebé. Los abandonó en Ferriby. Una mujer llamada Thompson.

Jenny luchó por entender.

—Pero Mildred no tiene carruaje ni pony para tirar de él.

—Pero nosotras sí —dijo Amelia.

Llena de indignación, Lady Penélope habló por primera vez.

—¿Quieres decir que me robó el carruaje? Qué descaro.

—Ese hombre tiene más que descaro —respondió Philip—. Tiene un asesinato en mente.

Alex se aclaró la garganta. —Yo soy su objetivo. Si nos vamos, eso lo alejará.

—No necesariamente así —respondió Philip—. Él también quiere matarme a mi, especialmente ahora que sabe que me infiltré en la Sociedad Correspondiente de Hull. Puedo vincularlo con el ataque al Regente.

—Y probablemente me quiera muerto porque lo traicioné —dijo Farrell con su acento del puerto.

—Está loco —exclamó Amelia.

—Lo que lo hace aún más peligroso —dijo Philip—. Estamos a salvo mientras nos quedemos aquí. Todos nosotros.

—Y no permitir visitas —añadió Wentworth.

—Pero nuestra boda —dijo Jenny, arrepintiéndose inmediatamente de su arrebato infantil.

Philip le tomó la mano. —Peploe no va a impedir que me case contigo, mi amor. Tendremos que conformarnos con una ceremonia familiar íntima aquí en nuestra capilla. Podemos celebrar una ceremonia grandiosa más adelante, una vez que se haya solucionado esta amenaza.

La madre de Philip levantó la nariz.

—Los Fortescues siempre se han casado en la Catedral de Lincoln —declaró—. Con la asistencia de cientos de invitados.

Jenny prefería la idea de una ceremonia íntima. Sin embargo, hasta el momento las dos madres se habían abstenido de discutir. Eso podría cambiar si ambas sintieran que era su responsabilidad organizar la boda perfecta en poco tiempo. La madre de Philip era la señora aquí, pero Lady Penélope era la madre de la novia.

* * *

A medida que avanzaban los días hasta la boda, Philip se ponía cada vez más nervioso. El guardabosques de Wentworth, los ojeadores de caza y toda la mano de obra de la granja local habían registrado los bosques y las propiedades alrededor de Wentworth Manor. No habían encontrado señales de Derrick Peploe.

Las investigaciones en la cercana ciudad de Raventhorpe arrojaron resultados similares. Sin embargo, Philip sabía en el fondo que el villano estaba cerca.

Alex y él no hablaban de la falta de progreso, especialmente cuando las mujeres estaban presentes. Los dos habían sido amigos durante tanto tiempo que podían adivinar lo que pensaba el otro.

No es que su agitación pasara desapercibida, pero Philip explicó su inquietud como nerviosismo previo a la boda. Jenny fue la única persona a la que le dijo que no estaba en lo más mínimo nervioso por casarse con ella.

Lady Dorothea y Lady Penélope pasaron los días discutiendo cortésmente entre sí sobre lo que se requería para llevar a cabo una boda memorable.

Jenny las dejó que se arreglaran entre ellas. Philip consideró su sabia decisión un buen augurio de su idoneidad como futura duquesa.

Al final, las madres llegaron a un acuerdo a regañadientes en cuanto a los colores y el diseño de los arreglos florales para la capilla y el comedor. Se enviaron sirvientes a asaltar los invernaderos de Wentworth. Concordaron en que se contratarían músicos, pero no se bailarían. Cuando no pudieron llegar a un consenso sobre la comida que se serviría, Wentworth decretó que la elección de los platos quedaría a discreción del chef.

En cualquier caso, era más que probable que el presumido francés hiciera lo que le viniera en gana. Y Philip ciertamente tenía la intención de bailar con su novia.

* * *

Muy satisfecho con su propia tortuosa brillantez, Derrick inhaló el aire fresco mientras salía del Red Lion Inn de Lincoln. Colgándose al hombro la cartera con la pipa llena de pólvora negra, se dirigió a los establos donde había dejado el pony y el carruaje en las hábiles manos del mozo de cuadra.

No tenía ninguna duda de que Mildred había delatado el juego. La tonta sólo tenía que mencionar su nombre. Era divertido pensar en los Harcourt y los Fortescue buscando frenéticamente por todo Raventhorpe mientras él estaba cómodamente instalado a kilómetros de distancia, en la posada de la ciudad catedralicia del condado.

No es que hubiera estado inactivo. La gente de Lincolnshire fue de gran ayuda. Cuando le explicó su interés en financiar un nuevo negocio de canteras en Yorkshire, el posadero se mostró encantado de indicarle la dirección de una cantera local.

Por supuesto, se había visto obligado a recorrer el misterioso lugar por la noche, no apto para cardíacos. ¡El cobertizo que albergaba la pólvora negra ni siquiera estaba cerrado con llave! Dudaba que se dieran cuenta del codo de la tubería de desagüe que se había birlado... ¡al menos hasta el próximo aguacero!

Sintiéndose benévolo, entregó al mozo de cuadra una generosa propina, guardó su cartera y subió al carruaje.

—Raventhorpe, allá voy —se rió.

* * *

UNA BODA ÍNTIMA

—Despierta, holgazana —declaró Amelia, abriendo las cortinas. —Es un hermoso día para una boda.

—No he dormido bien —respondió Jenny con un gemido.

—Imagino que pocas novias duermen bien antes de su gran día.

—No es que esté nerviosa por casarme con Philip —explicó Jenny, entrecerrando los ojos ante la brillante luz del sol.

—Lo sé. Es ese asunto de Peploe.

—Me alivia que no esté lloviendo —dijo Jenny mientras salía de la cama—. No es que vayamos a aventurarnos a salir.

—Todo saldrá bien —le aseguró Amelia.

—Por supuesto. ¡Lady Dorothea y nuestra madre no permitirán ningún contratiempo!

¡Ambas se rieron, conscientes de que probablemente era cierto!

—Sé que no es la boda que probablemente soñaste... —comenzó Amelia.

—Te equivocas. Casarme con Philip es todo lo que he querido desde que lo vi por primera vez. Hoy se cumple el deseo de mi corazón.

—Entonces —dijo Amelia en voz baja—. ¿Crees en el amor a primera vista?

Jenny se preguntó por la mirada soñadora en los ojos de su hermana. —En mi caso, sucedió. Philip y yo nos sentimos atraídos el uno por el otro desde el principio. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

—Es Warrick Farrell ¿verdad?

—¿Es tan obvio? No puedo dejar de pensar en él, pero él ni siquiera me ve.

—Le han pasado muchas cosas en el último tiempo. Quizás haya que tener paciencia. Si tiene que ser...

Amelia se encogió de hombros. —No hablamos de mí. Este es tu día. Llama a tu doncella y te prepararemos.

* * *

Wentworth sonrió al entrar en la habitación de Philip.

—Siempre estuviste espléndido en uniforme —dijo.

Philip se maravilló nuevamente ante el cambio en el comportamiento de su padre. —Se siente extraño después de todo este tiempo. Recuerdo lo distinguido que lucía Alex en su boda.

—Esa es la razón por la que le sugerí que usara el suyo hoy —, dijo Alex—. Me sentí bien y ya sabes lo que dicen acerca de que las chicas no pueden resistirse a un hombre uniformado.

Su padre le ajustó las charreteras.

—No debemos preocuparnos por eso. Está claro que Jenny Saxton está enamorada de mi hijo.

—Y yo de ella, papá.

—Tu madre y yo somos conscientes de vuestros sentimientos mutuos. Tienes suerte de haber encontrado a tu pareja perfecta.

A Philip se le hizo un nudo en la garganta.

—Gracias por entender. Tener tu bendición significa mucho para ambos.

—Lo imagino —respondió su padre con voz ronca, después de mirar de reojo a Alex—.

Supongo que no necesitamos tener una conversación entre padre e hijo sobre, eh... deberes conyugales... eh... en fin, relaciones, tú ya sabes...

Philip esperaba que su cara no estuviera tan roja como la de su padre. Deliberadamente desvió la mirada de la cara de risa de Alex.

—No, papá. Estoy bastante seguro de que Jenny y yo estaremos bien en ese sentido.

Su padre frunció el ceño.

—Espero que ...

—No te preocupes. No hemos cometido el acto, si eso es lo que temes. Jenny tiene todo el derecho de llegar virgen a su lecho conyugal. Es lo que yo también quiero.

—Y puedo dar fe del buen carácter de las mujeres de Saxton — dijo Alex—. Me casé con la hermana mayor.

El padre de Philip frunció los labios.

—Efectivamente, eso parece ser.

—¿Todo listo? —Preguntó Alex, obviamente no dispuesto a exigir una explicación del críptico comentario de su colega duque.

—Como tu padrino, insisto en que nos vayamos ahora y te llevemos a la capilla. Y luego me voy a cumplir una doble función y entregarte a tu novia.

* * *

Aunque no estaba en las etapas avanzadas de su embarazo, Eliza había instado a Jenny a elegir a Amelia como su madrina de honor.

—Por supuesto que no —respondieron ambas hermanas.

—Amelia será asistente, pero quiero a mi hermana mayor a mi lado.

—Me hace parecer una vieja tonta —replicó Eliza.

Sin embargo, se alegró de que sus hermanas hubieran insistido mientras seguía a Alex por el pasillo de la pequeña capilla, con una radiante Jenny del brazo. Estaba inmensamente orgullosa de su marido. Después de su regreso de Waterloo, se había negado a salir de casa durante tres largos años. Se sentía completamente justificada al atribuirse el mérito de haber restablecido la fe de su marido en sí mismo, sin mencionar la mejora de su condición física.

La congregación era pequeña: principalmente familiares y muchos miembros del personal doméstico de Wentworth Manor que eran todo sonrisas. Obviamente estaban muy contentos de que Philip se casara. El hecho de que le tuvieran cariño hablaba bien de su carácter.

Eliza dudaba que muchas mujeres pudieran presumir de haber sido entregadas por un duque y atendidas por una duquesa el día que se casaron con un marqués.

Las costumbres derrochadoras de su difunto padre habían dejado a su familia sin un centavo. Sin embargo, su decisión de enviarla a estudiar terapia de ejercicios a Suecia fue en última instancia la razón por la que se reunieron hoy para celebrar el matrimonio de su hija mediana con un futuro duque. ¿Quién hubiera imaginado que dos de las chicas Saxton se casarían tan bien? Ciertamente, no la propia Eliza cuando asumió la tarea de cuidar al cascarrabias Alex Harcourt. Era apropiado que Alex sustituyera a su padre hoy y cumpliera una doble función como padrino de boda de su amigo.

El único inconveniente que Eliza podía prever era que la alta opinión que lady Penélope Saxton tenía de sí misma empeoraría ahora que era madre de dos duquesas.

* * *

Si esto era un sueño, Jenny no quería despertar. Apenas podía creer que el apuesto oficial que esperaba en el altar estuviera a punto de comprometerse a amarla y honrarla todos los días de sus vidas.

Aunque había añorado a Philip desde que se conocieron, una unión entre ellos siempre le había parecido imposible, especialmente cuando no había entendido su rechazo.

Ahora se daba cuenta de que él había querido protegerla de cualquier peligro al que pudiera estar expuesta en el curso de su trabajo para la Corona. Las hermanas Saxton no sospechaban que el entrenamiento de Eliza en Suecia llevaría a dos de ellas a casarse con pares del reino. Se estremeció al pensar cómo habría sido la vida si Philip Fortescue no hubiera ido a la cabaña de los Saxton para convencer a Eliza de que aceptara a Alex Harcourt como paciente.

Era aleccionador pensar que si no fuera por las heridas de Alex...

—Sé que cuidarás bien de mi cuñada —dijo Alex mientras pasaba su mano a la de Philip.

—Siempre y para siempre —respondió, mientras recorría con su apreciativa mirada el brillante vestido de seda azul pálido diseñado para ella por la modista de la duquesa de Wentworth. El compromiso de Madame Fouquet era un aspecto de los arreglos a los que Lady Penélope no se había opuesto. Jenny temía que el *escote* revelara demasiado de sus dotes, pero era evidente que Philip estaba contento con el hecho. Sus pezones hormiguearon cuando pensó en yacer desnuda con él.

—Queridos —comenzó el ministro, alejando los pensamientos de Jenny de los asuntos carnales y de regreso a la capilla.

* * *

La mente de Philip divagaba. Debería prestar más atención al preámbulo del ministro sobre la unión mística entre Cristo y su Iglesia. Una *unión mística* era lo que anticipaba más tarde, cuando llevara a Jenny a su cama y ella yaciera desnuda debajo de él... por fin.

El milagro de su presencia a su lado llenó sus pensamientos, su perfume jugueteó con sus fosas nasales.

La mención que hizo el ministro de los deseos carnales le recordó el día en que Alex y Eliza se casaron. Como padrino, a Philip le había resultado difícil mantener la cara seria, especialmente cuando Alex le guiñó un ojo.

—En primer lugar, el matrimonio fue ordenado para la procreación de los hijos —afirmó el ministro.

Philip oró para que Jenny y él fueran bendecidos con muchos hijos e hijas sanos.

—Fue instituido para la mutua sociedad, ayuda y consuelo que uno debe tener del otro, tanto en la prosperidad como en la adversidad.

El corazón de Philip se llenó de una calidez pacífica. De eso se trataba lo de Jenny y él. Se avecinaban tiempos difíciles para la aristocracia. Estaba seguro de que su duquesa sería una ayuda más que capaz cuando finalmente heredara el ducado de su padre. Él disfrutó de la encantadora sonrisa de reconocimiento que ella le dedicó.

—En cuyo santo estado vienen ahora estas dos personas presentes para unirse. Por lo tanto, si alguno puede demostrar alguna causa justa, por la cual no pueden unirse lícitamente, que hable ahora, o de ahora en adelante calle para siempre.

UN NOVIO EN ASCUAS

Jenny no tenía hermanos, ni siquiera primos varones. Su labor benéfica en Winifred Oliver House consistía en dar clases particulares a mujeres menos afortunadas que ella. Su contacto con el macho de la especie había sido limitado, pero nunca había conocido a un hombre que encendiera los sentimientos que tomaban el control cuando ella estaba con Philip. A decir verdad, incluso cuando no estaba en su compañía, pensar en él siempre le provocaba anhelos que nunca antes había sentido.

Su nuevo esposo la tomó de la mano mientras se sentaban uno al lado del otro como invitados de honor en el desayuno de bodas. Incluso ese pequeño gesto encendió deseos acalorados.

Eliza tuvo parte de culpa. Su hermana le había dicho que ignorara por completo las terribles advertencias de Lady Penélope sobre las relaciones sexuales. Y luego le había insinuado placeres e intimidades que Jenny apenas podía creer. El simple hecho de pensar en ver a Philip desnudo por primera vez hizo que le subiera la temperatura.

Estaba reuniendo coraje para comprobar la veracidad de la afirmación de Eliza de que a un hombre le encantaba que le tocaran la parte más íntima del cuerpo. Su corazón amenazó con estallar cuando Philip le puso la mano sobre su miembro viril. Ella miró hacia arriba y vio el amor en sus ojos.

—¿Puedes sentir cuánto te deseo? —respiró.

La calidez y el gran volumen bajo su mano fueron una sorpresa, incluso después de las instrucciones de Eliza. Un calor helado recorrió su cuerpo. —Yo también te deseo —respondió ella, esperando no sonar descarada.

—Pronto, espero —susurró cerca de su oído.

Ella sólo pudo asentir en respuesta.

* * *

Aliviado por la reacción de su esposa al tocarlo, aunque fuera a través de su ropa, Philip se dio cuenta de que su temor de que ella se escandalizara era infundado. Durante su noviazgo, Jenny y él no habían llegado más allá de besarse. El agradable movimiento de sus delicados dedos sobre su codicioso pene contenía la promesa de la naturaleza apasionada que había sospechado de su respuesta a sus besos.

Sin embargo, si ella seguía amasándolo...

Aclarándose la garganta, apartó su mano.

—Más tarde —gimió, dudando que ella entendiera. Después de todo, era inocente, aunque Alex había insinuado que Eliza se había encargado de informar a su hermana sobre cuestiones sexuales.

Eso estaba bien y probablemente era preferible a que Jenny confiara en las instrucciones de su madre. Incluso ahora, la muy tonta le estaba lanzando una mirada asesina desde el otro lado de la habitación porque le estaba susurrando al oído a su esposa.

Estuvo muy tentado de arrastrar a su novia fuera de la habitación cuando ella le puso la mano en el muslo y luego lentamente movió los dedos para posarlos en su ingle. —Tu pierna está caliente —dijo ella en voz baja.

Su descarada pelirroja lo estaba asando vivo, pero valió la pena ver la molestia indignada en el rostro de su propia madre.

Gimió suavemente cuando Alex se levantó para pronunciar su discurso.

* * *

Alex estaba orgulloso de ser el elegido para ensalzar las virtudes de su amigo. Si no fuera por los heroicos esfuerzos de Philip en Waterloo, Alex habría muerto bajo su caballo herido.

Si no hubiera insistido en contratar a Eliza para que lo ayudara a recuperarse de sus heridas, seguiría siendo un miserable recluso o enloquecido por el odio a sí mismo.

Todos los invitados eran familiares, pero había sirvientes presentes, por lo que difícilmente podía mencionar el trabajo de espionaje de Philip.

Lo que significaba mantener sus comentarios bastante breves a pesar de que se suponía que el padrino daría un discurso largo que mantendría en vilo a un novio cachondo.

Alex difícilmente podía charlar sobre las travesuras de su niñez en Eton. Los miembros de su audiencia podrían reírse cortésmente, pero en realidad no estarían interesados en las reminiscencias de la infancia. Alex lo lamentó: atesoraba sus propios recuerdos de cómo se ayudaron mutuamente a sobrevivir en esa horrible institución.

Tampoco deseaba embarcarse en historias de guerra. La gente ya había oído hablar suficiente de eso y dudaba que mantuviera la compostura si mencionaba Waterloo.

—Sus Altezas —comenzó mientras se levantaba para hablar, negándose a reconocer la súplica silenciosa en los ojos de su mejor amigo—. Damas y caballeros. Me corresponde honrar a Philip Fortescue. La tarea no es onerosa. Le debo mi vida y mi buena salud. Nunca podré expresar adecuadamente mi gratitud por haberme presentado a la mujer que se convertiría en mi esposa y madre de mis hijos.

¡Ajá ! pensó con satisfacción. La referencia a más de un niño desvió la atención de Lady Penélope de mirar a Warrick Farrell y Amelia, quienes parecían llevarse muy bien.

A Alex le resultó infantilmente satisfactorio saber algo que su suegra ignoraba.

—Veo que muchos de ustedes asienten. No he dicho nada que no sepan ya sobre este honorable novio. Hay cosas que no tengo la libertad de contarte sobre Philip. Basta decir, que el Príncipe Regente y toda Inglaterra tiene una deuda de gratitud con él.

Siguió un cortés aplauso.

Dado que todos los presentes sabían del frustrado intento de asesinato, Alex sintió que no había dicho demasiado. Los sirvientes podrían pensar que Philip había desempeñado algún papel menor. No era necesario que les hablara de sus peligrosos esfuerzos en Francia antes de Waterloo.

—En cuanto a la señorita Jenny Saxton, diría que Philip ha tomado una decisión acertada.

—Escuchen, escuchen —fue la respuesta de Wentworth, quién iba a decirlo.

—Jenny no solo es hermosa; no hace falta decir que todas las hermanas Saxton lo son.

Le complació ver a su esposa sonrojarse mientras los invitados sonreían. No estaba tan contento con la ruidosa afirmación de Lady Penélope de que sus hijas se parecían a ella.

Tenía que haber esperado su comentario, pero siguió adelante de todos modos. —Jenny también es inteligente y valiente y será una excelente duquesa. Por favor, levanten sus copas para brindar por el Marqués y la Marquesa de Clavering .

NOCHE DE BODAS

—Por fin —exclamó Philip mientras llevaba a Jenny a través del umbral de su habitación—. Es un alivio haber terminado con todo eso.

—Me encantó cada minuto —dijo ella, deteniendo el juguetón movimiento de sus dedos en el cabello y con un leve temblor en el mentón.

—No me entiendes, corazón —dijo mientras la ponía de pie y la abrazaba. —Solo quise decir que me alegro de que pudiéramos casarnos sin que Peploe se apareciera.

Ahora su postura repentinamente rígida lo alertó de su propia locura. Se había prometido a sí mismo que no mencionaría esa amenaza y ahora se lo recordaba... ¡nada menos que en su noche de bodas!

Era necesario un cambio de táctica. La tomó de la mano, la condujo hasta el dosel y le pidió que se sentara.

—Pronto —comenzó mientras se sentaba a su lado—, organizaremos una ceremonia mucho más grandiosa y un banquete con cientos de invitados.

—Me encantó todo de hoy —respondió—. No es necesario que te disculpes por ello.

—Yo también y, para ser honesto, una gran boda no es algo que me atraiga. La sociedad lo exige, eso es todo. Lo que intento decir es que una ceremonia puede ocurrir más de una vez. Una noche de bodas no. Lo que compartamos esta noche siempre será el recuerdo máspreciado porque uniremos nuestros cuerpos por primera vez.

Sus ojos verdes estaban llenos de incertidumbre.

—Quiero que sea especial, pero me temo que no sé qué hacer.

Philip tenía más que una idea de los placeres que estaban a punto de compartir, pero no quería parecer un mujeriego.

—Aprenderemos juntos.

No quería malentendidos entre ellos. —Tengo que ser franco contigo. Un hombre no puede vivir en un cuartel lleno de soldados y servir en campaña sin escuchar alardes sobre lo que les gusta a las mujeres en lo que respecta al encuentro sexual.

La mirada de Jenny se fijó en sus manos unidas adelante.

—Te confieso que he disfrutado de las atenciones de...

—No lo hagas —gritó, levantando las manos para taparse los oídos.

Temeroso de haber arruinado irrevocablemente su noche de bodas, le apartó suavemente las manos de las orejas. —Lo que intento decirte es que nunca he llevado a otra mujer a mi cama. Soy tan virgen como tú.

Los ojos verdes de Jenny volvieron a tener el efecto predecible en su dolorida polla. Pero esta vez, el amor brillaba intensamente en las profundidades esmeralda.

—Oh, Philip, mi querido Philip—.

—Sólo tuyo para siempre —juró—. Ahora, quitémonos esta ropa. He deseado verte desnuda.

—Y yo a ti —confesó.

* * *

Jenny no había vivido una vida tan protegida como para no ser consciente de que los jóvenes de todos los niveles sociales se entregaban a coqueteos sexuales. Muchos aristócratas casados tenían amantes. Estaba furiosamente celosa de las mujeres que habían perseguido a

Philip, tal vez incluso lo habían visto desnudo y tocado partes íntimas de su cuerpo. Sin embargo, ella creyó en su afirmación de que había guardado la unión definitiva para su novia. ¡Para ella!

—Nunca te he amado más —susurró ella mientras él se arrodillaba junto a la cama, le quitaba los zapatos de satén y luego pasaba los dedos por sus piernas para quitarle las ligas y las medias.

Su deseo por ella crecía en espiral y la empujó suavemente hacia atrás para recostarla sobre la cama. Flotando por encima de ella, descendió lentamente para tomar posesión de su boca. No podría describir esa intensidad. Besos anteriores habían despertado sentimientos lascivos en él, pero este beso encendió cada parte de su cuerpo. Dejó que sus manos exploraran los suaves comienzos de su barba vespertina mientras sus lenguas se acoplaban. Probó el embriagador vino del banquete e inhaló el sutil aroma de su colonia.

—Mis botas —susurró, guiñándole un ojo cuando ella volvió a sus cabales.

—Por supuesto —respondió ella. Si su marido quería hacer el amor lentamente, ella podía seguirle el juego.

Se sentó en la cama, se sacó una bota y sonrió. —Por lo general, mi ayuda de cámara tiene que sentarse a horcajadas sobre mi pierna para quitármelas.

Jenny les había quitado las botas de invierno a las mujeres de su familia, pero ¿era lo suficientemente valiente como para subirse las faldas y presentarle su trasero a Philip? Devolviéndole su sonrisa descarada, eso fue precisamente lo que hizo, quitándole las medias con un gesto. Sintiendo bastante orgullosa de sí misma, cometió el error de mirarle los dedos de los pies. Una necesidad de mordisquear hasta el último de esos largos y tentadores dedos la invadió.

—Los dedos de tus pies —dijo con voz ronca. Si ella encontraba excitantes los dedos de sus pies, que el cielo la ayudara cuando sus partes más íntimas fueran reveladas.

* * *

Philip nunca había pensado mucho en sus pies, pero Jenny parecía fascinada con ellos. Ella suspiró cuando él los movió. Lo tomó como un buen augurio, pero el juego lento que había planeado estaba resultando más difícil de lo que había previsto. Mirar fijamente el bien formado trasero de Jenny tal vez no había sido la idea más inteligente, especialmente porque la sugerente posición ofrecía una tentadora visión de sus largas piernas cuando se le levantaba el vestido.

Será mejor acelerar las cosas o podría ser demasiado tarde.

—Ahora, vamos a quitarte ese hermoso vestido—, sugirió.

Levantó los brazos e indicó dónde la modista había escondido las cintas. Sin botones diminutos, gracias a Dios. Sólo le llevó un momento levantar el vestido y la enagua por encima de su cabeza. La camisola de seda que se aferraba a su cuerpo perfecto no dejaba nada a la imaginación.

—Jenny —susurró, excitado de que no hiciera ningún esfuerzo por cubrir sus pechos y sus pezones. Ella quería que él viera su cuerpo.

Recordándose a sí mismo que debía ir despacio, inclinó la cabeza y succionó un pezón a través de la tela transparente.

Estiró el cuello e inhaló profundamente y luego dejó escapar un lento gemido. Sintiendo temblar, la abrazó con fuerza y rindió homenaje al otro pezón rígido. Ella pasó los dedos por su cabello y sostuvo su cabeza contra su pecho.

Murmuró algo que no penetró su lujuria.

—¿Qué dijiste, amor?

—Tu ropa —susurró.

Que el cielo le asista. No duraría si ella intentaba quitarle el uniforme. Un ayuda de cámara tardaba varios minutos en desentrañar todos los botones, correas, cordones y cinturones. Impulsado por su necesidad, se desvistió en un abrir y cerrar de ojos y pronto quedó desnudo ante ella.

Dios había considerado oportuno dotarlo de generosas partes masculinas. Sabía, sin mirar hacia abajo, que su hinchado falo sobresalía como una lanza. Jenny lo estaba mirando con sus ojos verdes llenos de incertidumbre. Se dio cuenta tardíamente de que debería haberle advertido.

Su corazón se disparó cuando su novia se quitó la camisola por la cabeza, se arrodilló ante él, enroscó su mano alrededor de su virilidad y le besó la punta. Sólo pudo haber aprendido a hacer esto de su hermana casada. No podía mas que gemir en agradecimiento a Eliza, duquesa de Harrowby.

* * *

Jenny había tomado algunas de las cosas que Eliza le había dicho con cautela y mucha anticipación. Ambas se habían sonrojado al final de la conversación.

Al despertarse con la débil luz de un amanecer invernal, recordó la increíble pasión que ella y Philip habían compartido durante la noche. Ahora sabía que a un marido *le encantaba* darse un festín con la parte más secreta del cuerpo de su esposa. Eliza tenía razón cuando predijo que a Jenny le encantaría probar *la polla de su marido*, una nueva palabra que Philip le había enseñado.

Habían disfrutado de un estimulante encuentro sexual varias veces durante la noche. Eliza tal vez conocía algunas de las posiciones que habían probado, pero ciertamente no las había mencionado. Jenny apenas había dormido, pero no estaba cansada en lo más mínimo. De hecho, se sentía revitalizada, como una mujer nueva. Se inclinó para lamer el hombro desnudo de Philip.

—Despierta —susurró. Pasando los dedos por los rizos de su ingle, descubrió que ya estaba erecto—. Te quiero dentro de mí otra vez.

Nunca le revelaría ningún detalle a su hermana mayor, pero la impresionante virilidad de Philip la había llevado a volar sobre nubes de éxtasis.

Ahora despierto, su sonriente esposo la maniobró fácilmente para sentarse encima de él.

—Eres insaciable —bromeó.

Su miembro se hizo aún más grande ante sus ojos. Se puso de rodillas y luego descendió lentamente sobre la orgullosa lanza, como él le había mostrado.

—Móntame, mi encantadora Jenny —dijo con voz áspera, apretando sus pezones.

Pronto, ambos gritaron de euforia cuando su semilla la llenó hasta adentro.

VILLANÍA

Con los dientes castañeteando, Derrick subió la desvencijada escalera hasta el pajar de los establos de Wentworth Manor. Sus extremidades estaban tan congeladas que apenas podía levantar los pies. La tubería llena de pólvora negra, encajada bajo su axila, pesaba una tonelada.

Pero su corazonada había resultado correcta, menos mal. El día después de la boda maldita, los inquilinos que formaban una barrera protectora alrededor de la mansión solariega se habían ido a casa para cumplir con sus deberes. Su presa pensó que la amenaza había pasado.

Para celebrar las nupcias, los nobles habían suministrado tontamente vino a los novios, una bebida a la que los muchachos claramente no estaban acostumbrados. Seguían caminando como sonámbulos, recostándose a dormir en cada oportunidad. Y Derrick había aprovechado la suya. Bastó con pasar una noche escondido en una torre en ruinas del jardín. Se había protegido del viento cortante, pero no del frío intenso. No se había atrevido a encender un fuego. Al menos los establos tenían heno que lo mantendría caliente y ardería bien cuando llegara el momento.

Temblando incontrolablemente, dejó la pipa a un lado y se enterró en la paja. Para fabricar una mecha tendría que esperar hasta que sus manos se descongelaran.

Tarde o temprano, los Harcourt regresarían a su casa en Yorkshire, felizmente inconscientes de la bomba debajo de su carruaje. Sólo esperaba que las provisiones que había traído de Lincoln duraran hasta entonces. Juró no volver a comer pan duro ni queso una vez que fuera duque.

* * *

Después de dejar a regañadientes a su amada novia para que terminara su baño con la ayuda de una doncella, Philip se sirvió huevos revueltos y tostadas del aparador en el rincón del desayuno. Su padre y Alex habían llegado antes que él.

—Ya que aquí somos sólo hombres —dijo—. Discutamos la situación. No culpo a los trabajadores por volver a asumir sus responsabilidades, pero eso me pone nervioso.

—Quizás Peploe haya abandonado sus planes —dijo su padre—. No ha habido señales de él en la finca.

—No se rendirá —respondió Alex—. Sin embargo, no podemos quedarnos aquí para siempre. Es necesario hacer los preparativos para la Navidad en Harrowby y mi esposa debería estar descansando cómodamente en su propia casa. Saxton anda inquieto también.

—Debería pensar en regresar a Hull —añadió Philip—. Estoy ansioso por continuar con la investigación en la que estamos involucrados mi colega y yo.

Álex frunció el ceño.

—Tonterías —replicó—. Necesitas pasar al menos unos días con tu esposa.

—Lo que necesitamos es una distracción —sugirió el padre de Philip—. Algo para sacar a Peploe de donde se esconde.

—Buena idea —respondió Philip de mala gana. Como espía, debería haber pensado en ese sentido. Había estado demasiado preocupado por desnudarse con Jenny otra vez y darse un festín con su sensible botón de satén.

—Podría irme en el carruaje de Harrowby —ofreció Wentworth. —Así al ver que su presa se va, él se aleja.

—No puedo permitir eso, Su Alteza —respondió Alex—. Lo convierte a usted en un objetivo.

—Disparates. Dispararme no le dará a ese desgraciado el ducado que codicia. Una vez

que me ponga en marcha, podéis seguirlo y frustrar su complot. Me ocuparé de enganchar los caballos inmediatamente después del desayuno.

—¿Caballos? —Preguntó la madre de Philip mientras saltaba hacia el rincón, seguida de cerca por Lady Penélope.

—Sí, querida —respondió su esposo mientras los hombres se levantaban—. Estábamos hablando del excelente equipo de grises de Harrowby. Podría considerar comprar un par similar yo mismo.

* * *

Ansiosa por volver a ver a Philip, Jenny llegó al rincón del desayuno, decepcionada al ver solo a las madres y a Eliza. Amelia la siguió uno o dos minutos más tarde y expresó la pregunta que Jenny había sido demasiado tímida para hacer.

—¿Dónde están los hombres esta mañana?

—Desayunaron y se fueron —respondió Lady Dorothea.

Jenny esperaba compartir la primera comida del día con Philip.

—Supongo que es tarde y tienen cosas importantes de las que ocuparse .

—¿Qué podría ser más importante para un novio que pasar tiempo con su nueva novia ? —Declaró Lady Penélope. Están tramando algo que no quieren que sepamos.

—¿Qué te hace decir eso, mamá ? —Preguntó Eliza mientras untaba mermelada sobre su tostada.

—Caballos —respondió la madre de Jenny—. Estaban hablando de caballos y se detuvieron rápidamente cuando entramos.

—Mmm —replicó Lady Dorothea—. Mi marido está pensando en comprarse un par de grises, como los de Harrowby. De eso se trata, nada más.

Eliza entrecerró los ojos.

—No tenemos un par de grises.

El nudo en el estómago de Jenny se apretó al entenderlo.

—Son hombres de acción que no están dispuestos a sentarse y esperar a que Derrick ataque.

—Todos estamos ansiosos por la situación —coincidió Eliza—. Sin embargo, ¿qué más pueden hacer sino esperar?

Jenny no había confiado en Philip antes. Aquí estaba la oportunidad de remediar ese error.

—No lo sé, pero debemos confiar en que nuestros hombres tomarán las decisiones correctas.

Lady Dorothea carraspeó.

—Claramente no has estado casada el tiempo suficiente, querida.

* * *

El tintineo de los arneses sacó a Derrick del sueño. Maldijo su incapacidad para mantenerse despierto. Si tan solo ser villano no fuera tan agotador. Era una suerte que no roncara. En esto, como en todo, Mildred se equivocaba.

Saliendo con cuidado de su lecho de paja, se deslizó hasta el borde del pajar. Dos mozos de cuadra estaban enganchar a los caballos negros de Harrowby a su carruaje. Tuvo que fabricar rápidamente la mecha y colocar el artefacto explosivo. La perspectiva de convertirse pronto en propietario de los magníficos caballos lo estimuló.

Confiando en que los mozos de cuadra estaban demasiado ocupados para prestar atención a los ruidos provenientes del desván, arrancó un trozo de lino del dobladillo de su camisa, lo

retorció y metió un extremo en la guata que había encontrado en el cobertizo de la cantera. Nunca antes había fabricado una bomba, pero la idea básica era sencilla. La pólvora negra explotaría tan pronto como la mecha encendida la alcanzara. Palmeando el pedernal que llevaba en el bolsillo, esperó con impaciencia hasta que terminara la tarea de los mozos de cuadra. Bostezando, uno de ellos se echó una cabezadita mientras el otro sujetaba las riendas refunfuñando porque esperaba al conductor. Derrick se rió entre dientes. Esta era una oportunidad incluso mejor que aún que su plan original de incendiar los establos para que la gente corriera a rescatar a los caballos. Satisfecho de que el mozo de cuadra no conociera al conductor de Harrowby, envolvió la tubería con su capa, se deslizó por la escalera, empujó al muchacho y subió al banco del conductor. Miró al idiota boquiabierto hasta que se esfumó, dejando a Derrick libre para meter el dispositivo debajo del banco, encender la mecha y escapar.

—Lástima por los caballos —murmuró— En fin, compraré otro par a juego.

FUEGO Y AZUFRE

—Perdón por la interrupción, Su Alteza —dijo Beckley al entrar al estudio.

—¿Qué hay? —Preguntó el padre de Philip—. El marqués y yo estamos ocupados .

—El joven Jacob ha venido corriendo desde los establos. Informa que un hombre extraño está manipulando el carruaje de Harrowby.

—Peploe —exclamó Philip mientras se levantaba y se dirigía hacia la puerta—. Tu artimaña parece haber funcionado, papá.

—Detente! Quédate aquí. Me ocuparé de lo que esté pasando. Puede que esté acechando por ahí, dispuesto a dispararos a ti y a Harrowby.

—Quiere matar a todos los aristócratas —gritó Philip, pero su padre ya había agarrado su pistola y se había ido. Philip recogió su arma y trató de maniobrar alrededor de la considerable circunferencia de Beckley que bloqueaba la entrada.

—Su Alteza dijo que debía permanecer aquí, mi señor —declaró el mayordomo.

—Te ordeno que te hagas a un lado —siseó Philip, tratando de ignorar la bola de miedo alojada en su vientre—. No quiero dispararte.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó una voz familiar.

—Alex —respondió Philip, aliviado al ver el rostro de su amigo detrás del mayordomo—. Peploe está ahí afuera. Mi padre ha ido a investigar, pero este sirviente condenadamente obediente no me deja pasar.

—Su Alteza sólo quiere que usted esté a salvo —dijo Beckley.

—Tu mayordomo de toda la vida quizás debería tener en cuenta quién será el próximo duque —dijo Alex con una sonrisa.

Con eso dio en el blanco. Beckley se hizo a un lado, permitiéndole salir.

Philip tuvo una fugaz impresión de un ajeteo de mujeres nerviosas en el vestíbulo mientras Alex y él se apresuraban hacia la puerta principal, con las pistolas amartilladas y listas.

* * *

Arrastrados fuera de su suite por los inquietantes sonidos de los gritos de las mujeres, Warrick y Beaufort bajaron apresuradamente dos tramos de escaleras. Warrick llegó al vestíbulo mucho antes que su corpulento padre.

—¿Qué pasa? —preguntó.

La nueva esposa de Fortescue lo agarró del brazo.

—Aparentemente han visto a Derrick Peploe manipulando el carruaje de mi hermana. Philip, su padre y Alex han salido a investigar .

Warrick se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo cuando su padre lo llamó.

—Toma esto —jadeó Beaufort, entregándole una pistola—.Pertenece a tu abuelo.

Warrick nunca había disparado un arma. Sin embargo, la culata adornada tenía un buen agarre y había una cuenta que saldar con Derrick Peploe.

Fuera de la mansión lo recibió una escena de caos. Agitando su pistola, Wentworth estaba gritando a dos mozos de cuadra que luchaban por liberar a un par de caballos negros aterrorizados de las correas de un carruaje. Harrowby estaba en el banco del conductor y Clavering arrodillado en el suelo junto al vehículo, aparentemente ambos buscando algo.

Peploe no estaba a la vista, pero Warrick sospechaba que andaba cerca. El lunático quería ver que sus actos cobardes se hicieran realidad. Se metió la pistola en el cinturón y caminó para ayudar a los mozos de cuadra. Si el carruaje había sido saboteado, había que liberar

a los caballos. Habría una oportunidad de tratar con Frenchie más tarde.

* * *

—Lo tengo —gritó Alex, levantando un trozo de tubería en el aire.

—Cuidado —advirtió Philip, quitándose el polvo de los pantalones mientras se ponía de pie—. Pásamelo

Alex estudió el objeto.

—Es pesado y hay un trozo de tela carbonizada colgando de él, pero...

Philip sonrió. Alex y él habían pasado suficiente tiempo luchando contra los franceses como para reconocer una bomba improvisada al verla. Sus miradas divertidas se encontraron.

—Ese idiota ni siquiera podría fabricar un dispositivo explosivo eficaz —exclamó Alex.

—Me parece que el problema fue la mecha —dijo Philip, tratando de no reírse.

Sonriendo, Alex arrancó la tela de la tubería y la arrojó al suelo.

—Supongo que arrancado de una camisa.

Un trozo de guata cayó del tubo y un chorro de pólvora negra cayó al suelo.

Su risa burlona no tuvo límites hasta que Alex se puso serio y dijo: —Será mejor que movamos el carruaje y limpien ese desastre.

Philip miró hacia los establos.

—Veo que Farrell está poniendo al equipo a salvo. Buen hombre en una crisis.

—Es cierto —exclamó el padre de Philip sin aliento mientras se unía a ellos. Agitó su pistola hacia los establos—. Pero apuesto a que Peploe se esconde allí.

Se alejó tras Farrell antes de que Philip pudiera detenerlo.

—Ve —instó Alex—. Iré detrás de ti.

Philip echó a correr.

Alex lo siguió tan rápido como su cojera se lo permitía.

* * *

— Fuego y azufre —exclamó Derrick cuando vio a Harrowby sostener la tubería—. ¿Nada puede salir como quiero?

La débil esperanza de que la bomba explotara en manos de la persona que más despreciaba se desvaneció cuando su primo arrancó la mecha del dispositivo y éste cayó al suelo.

La risa burlona empeoró las cosas. Pensaron que era un idiota, ¿verdad? Bueno, él les mostraría. Podía pensar rápidamente, improvisar, tal como lo había hecho antes. Todavía tenía su pistola. Farrell, Clavering, Wentworth y Harrowby se dirigían hacia los establos. La necesidad de matarlos a todos lo hizo rechinar los dientes. Pero estaban armados y él sólo tenía una bala. Le dispararía a uno de ellos y escaparía en medio de la confusión resultante.

Apuntando con cuidado al hombre que representaba la mayor amenaza, apretó el gatillo.

* * *

Alex se agachó más cerca del suelo cuando escuchó el disparo. Maldiciendo la cojera que hacía incómodo incluso el simple movimiento, miró hacia arriba y vio a Philip acostado boca arriba, con su padre tendido encima de él.

Su corazón dio un vuelco. No podía ser que Derrick hubiese logrado dispararles a ambos...

Apretó la mandíbula cuando sonó otro disparo.

Un hombre gritó.

Luego, silencio absoluto.

Alex nunca se había sentido tan inútil. Su mejor amigo yacía muerto...

—Papá —dijo Philip con voz áspera.

O tal vez no.

Deseando tener su bastón, Alex se arrastró hasta su amigo, quien parecía muy vivo mientras luchaba por desalojar a su padre. El alivio lo inundó... hasta que vio la sangre.

—Quédate quieto, Philip —instó—. A tu padre le dispararon por la espalda.

—Maldito loco saltó frente a mí —respondió Philip, con la angustia distorsionando su rostro—. Por favor, dime que está vivo.

Alex buscó el pulso a un lado del cuello de Wentworth.

—Apenas —respondió.

Farrell se levantó corriendo.

—Frenchie está muerto —dijo, blandiendo su pistola—. Le di justo en el pecho.

—Ayúdenme a levantar a Su Alteza —respondió Alex, feliz de escuchar la noticia pero preocupado por Wentworth—. Peplow le disparó.

—La bala estaba destinado a mí —se lamentó Philip.

De repente, Beaufort estaba allí, preocupándose por su amigo herido. Los mozos de cuadra aparecieron y ayudaron a Farrell a levantar al duque para que pudieran sacar a rastras a Philip de debajo de él. Se arrodilló junto a su afligido padre y le tomó la mano.

—¿Por qué? —gimió, mientras las lágrimas corrían por su rostro.

Los ojos de Wentworth se abrieron sólo por un momento.

—No podía permitir que ese desgraciado matara a mi precioso hijo —dijo con voz áspera.

Farrell cayó de rodillas junto a Wentworth, se quitó el chaqué, se quitó la corbata y la presionó contra la herida ensangrentada en la espalda del duque.

—Vaya a Raventhorpe y llame a un médico —le gritó a uno de los jóvenes mozos de cuadra que salieron corriendo para obedecer.

Pensando que Warrick Farrell era realmente un buen hombre con quien contar en una crisis, Alex agarró a Philip por el hombro.

Las mujeres salieron de la casa como pájaros piando liberados de la jaula.

Jenny se arrodilló junto a su afligido marido.

Eliza pasó su brazo alrededor de la cintura de Alex y se inclinó hacia él.

Amelia le preguntó a Farrell si había algo que pudiera hacer para ayudar.

—Pon tus manos sobre las mías, muchacha y presiona fuerte —respondió.

Con la mandíbula apretada, Lady Penélope fulminó con la mirada a su hija menor, arrodillada en el suelo junto a un hombre sin corbata y en mangas de camisa.

La dragona se desmayó.

VIVO PERO NO PATEANDO

Una nube de temor se apoderó de Wentworth Manor. Con la ayuda de Farrell, Philip logró llevar a su padre herido escaleras arriba hasta su habitación, donde yacía en un estupor. El anciano médico llamado desde Raventhorpe detuvo la hemorragia. Sin embargo, no era cirujano y no intentaría quitar el plomo alojado en la espalda del duque.

Después de enviar un mensaje a un cirujano que recomendó en Lincoln, se fue con una expresión de aflicción en su rostro que dejaba poco espacio para la esperanza.

Jenny reconoció su papel inmediato. Durante el día, Philip se negó a abandonar el estudio de su padre. Ella permaneció al lado de su afligido marido, le tomó la mano y le ofreció todo el consuelo que pudo. Se acurrucó contra él durante la larga noche de insomnio.

Sin embargo, ahora era marquesa, esposa del futuro duque.

Desafortunadamente, tenía muy poca idea de lo que se requería de ella en estas circunstancias. Alex rápidamente llevó a su familia de regreso a Yorkshire. Ella no lo culpó, pero eso significaba que Eliza no estaba presente para ofrecerle orientación. Incluso Lady Penélope parecía haber quedado muda por la atmósfera de fatalidad.

Una vez que se recuperó de su conmoción inicial, Lady Dorothea no se separaba de su marido. ¿La duquesa tenía miedo de perder un marido poderoso y su propia posición, o amaba genuinamente al duque?

Si fuera Philip el que yaciera gravemente herido, Jenny estaría desesperada por tener un hombro sobre el que llorar. Pero ella tenía sus hermanas. Lady Dorothea no tenía a nadie. Philip estaba inmerso en su propia culpa y hacía mucho tiempo que se había hecho evidente que no era cercano a su madre.

Sin embargo...

La mañana después del tiroteo, cuando Philip y ella eran los únicos que quedaban en el rincón del desayuno, aprovechó el momento.

—Deberíamos acompañar a tu madre —susurró ella, entrelazando sus dedos con los de él.

Para su sorpresa y alivio, él asintió con la cabeza. Ella le apartó un rizo de la frente, le besó la mejilla y le tomó la mano. Levantándose, lo hizo ponerse de pie.

* * *

Aparentemente incapaz de seguirla, se sintió como un cobarde. Por su culpa, su padre estuvo al borde de la muerte. Había sido necesario el impulso de su valiente esposa para obligarlo a actuar.

—Gracias a Dios que te tengo —le dijo mientras se detenían fuera de la cámara principal—. No estoy manejando esto muy bien.

—Es comprensible —respondió ella—. Acabas de empezar a mejorar tu relación y ahora temes perderlo.

—Hasta ahora nunca me había dado cuenta de cuánto amo y respeto a mi padre.

—Asegúrate de que él lo sepa —susurró mientras alcanzaba el pomo de la puerta.

Él detuvo su mano. —Siempre supe que heredaría el ducado pero, para ser honesto, la perspectiva me asusta muchísimo.

—Ahora ya sabes cómo me siento —bromeó—. No podría parecerme menos a una duquesa...

Él tomó su hermoso rostro y sacudió la cabeza.

—La certeza de que estarás a mi lado es lo único que me da valor para afrontar el futuro .
Se inclinó para robarle un beso, pero la puerta se abrió abruptamente y la doncella de su madre salió de la habitación. Beatrix parecía tan sorprendida como él.

—Mi señor marqués — dijo, desviando la mirada—. Por favor, convenga a su madre para que descanse un poco. Ella no me escucha.

Claramente al borde de las lágrimas, ella huyó antes de que él pudiera responder.

Obligando a sus pies de plomo a moverse, entró en la cámara. Últimamente, su relación con su madre había estado llenas de tensión. No estaba seguro de cómo lo recibiría y no podía con más tormentos. Lady Dorothea estaba sentada en una silla de mimbre, con la cabeza apoyada en la cama de su marido.

—¿Hay algún cambio, mamá ? — preguntó en voz baja.

—Baja la voz —gruñó su padre—. Está dormida.

—Papá —exclamó Philip, agarrando la mano de su padre—. Estas despierto.

—Lo he estado por un tiempo —dijo con voz ronca débilmente—. Necesitamos hablar, hijo. Quizás su marquesa pueda llevar a mi esposa a su habitación. Ha estado aquí toda la noche.

* * *

Jenny reconoció de inmediato que el duque quería hablar con su hijo sin que la duquesa y ella estuvieran presentes. Después de llenar sus pulmones de coraje, agarró a Lady Dorothea por los hombros y la sacudió suavemente.

—Venga, Su Alteza —dijo en voz baja—. Necesita descansar.

Esperaba una pelea, pero su suegra lentamente se puso de pie sin protestar.

—Estás despierto —dijo cuando miró a su marido.

—Sí —respondió el duque—. Y me siento mucho más fuerte. Philip está aquí. Ve con Jenny.

—Apóyese en mí, Lady Dorothea —dijo Jenny mientras se dirigían lentamente hacia la puerta. Sorprendentemente, la madre de Philip lo hizo. Aunque estaba contenta de que la mujer hubiera mostrado fe en ella por primera vez, Jenny se alegró de ver a Beatrix esperando en el pasillo.

Juntas ayudaron a la duquesa a llegar a su habitación. Jenny retrocedió discretamente cuando Beatrix le quitó los zapatos a su ama y se sorprendió aún más al escuchar a su suegra susurrar: —Gracias, hija.

Reacia a interrumpir la conversación entre padre e hijo, regresó a la suite de Philip. Por el bien de su marido, tendría que afrontar lo que sucediera en los próximos días con fuerza y entereza. Ya sola, se rindió ante las lágrimas que brotaban y sollozó sobre la almohada que aún conservaba un rastro persistente del aroma de Philip.

* * *

— El cirujano debería llegar pronto —dijo Philip.

—No hará la menor diferencia —respondió su padre—. Ya sé lo que va a decir.

—No es propio de ti ser pesimista.

—No pesimista, hijo, realista.

Philip apretó la mandíbula.

—No vas a morir.

—Estoy de acuerdo. Estoy vivo pero, lamentablemente, no coleando. No tengo sensación en las piernas.

—Probablemente temporal.

—No lo creo, pero no importa. Tengo entendido que se han realizado grandes mejoras en

la silla inventada en Bath hace años. Sobre ruedas, ya sabes. Maravilloso invento. Nunca pensé en eso hasta hoy.

—Estarás de nuevo en pie en poco tiempo .

—Bueno, esperaremos y veremos qué dice el médico, pero tengo muchas ganas de que mi esposa satisfaga todos mis caprichos, como solía hacerlo.

—¡Papá !

—Lo digo en serio, muchacho. Las personas mayores casadas tienden a distanciarse. Esto podría hacer que tu madre y yo volvamos a estar juntos.

Philip captó la nota de advertencia en la voz de su padre.

—Naturalmente —continuó su padre antes de que pudiera responder—. Esto significa que tendrás que hacerte cargo del ducado de inmediato.

A Philip se le puso la piel de gallina.

—No estoy preparado para eso —exclamó.

—Pamplinas. Eres más que capaz. Probablemente lo hagas mejor que yo. Y te has casado con una chica que será una excelente duquesa.

Las ramificaciones de tomar el poder ahora se arremolinaban en el cerebro de Philip, pero los ojos de su padre se estaban cerrando.

—Pidamos la opinión del médico —dijo, pero el duque ya estaba roncando.

SECUELAS

Eliza no tenía muchas ganas de informar a Mildred Thompson de la muerte de Derrick, pero era necesario. Siempre le habían molestado los intentos de Mildred de imponerle a Alex el bastardo de su amante. Si bien no envidiaba la situación de la mujer como madre soltera de un niño engendrado por un monstruo, nunca había entendido la situación de Peplow respecto a una persona de la que había abusado constantemente.

Eliza no le pidió a Alex que la acompañara a Winifred Oliver House. Su marido no podía soportar ver a Mildred, lo cual era irónico dada la repugnancia que sintió su ex prometida cuando vio por primera vez sus heridas de guerra.

Tras reconocer las corteses reverencias de varias residentes al pasar, Eliza no pudo quedarse mucho tiempo afuera de la puerta de la oficina de Mildred sin atraer miradas curiosas. Golpeó ligeramente pero no esperó permiso para entrar.

Mildred permaneció sentada, con los labios fruncidos. La falta de respeto no fue una sorpresa. Después de todo, Eliza era duquesa de Harrowby, un título que Mildred podría haber tenido si hubiera apoyado a Alex cuando él regresó de la guerra. Se desconocía el alcance de la participación de Mildred en el complot revolucionario de Derrick, por lo que Eliza actuaría con cuidado.

—Buenos días —comenzó.

Mildred entrecerró los ojos y la miró fijamente durante lo que pareció una eternidad.

Eliza se aclaró la garganta seca, molesta por su repentino ataque de nervios. No había habido ninguna invitación cortés para sentarse, ni la habría.

—Derrick está muerto, supongo —dijo Mildred, con voz plana.

—Sí, así es —fue todo lo que a Eliza se le ocurrió decir. ¿Cómo consolar a una mujer que acababa de enterarse de que el padre de su hijo había muerto?

Ella no debería haberse preocupado.

—Nicholas está libre de él ahora —dijo Mildred sin rastro de lágrimas.

Eliza se arriesgó. —Al igual que tú.

—Sí. Gracias por hacérmelo saber.

Había una cosa más que decir, aunque las palabras se atascaron en la garganta de Eliza.

—Alex y yo estamos agradecidos de que nos hayas alertado de la presencia de Derrick en Lincolnshire. Estamos en deuda contigo.

Un encogimiento de hombros fue la única respuesta.

Eliza sintió escalofríos cuando subió a su carruaje en la calle. Se preguntó si Derrick había destruido la capacidad de Mildred de tener sentimientos o si ella había nacido así.

* * *

Jenny apretó la carta de Eliza contra su pecho. Supuso que la noticia de que Mildred había sido informada de la muerte de Derrick era buena. Después de una semana de acontecimientos inesperados, Wentworth Manor necesitaba buenas noticias.

Habían ido y venido nada menos que cuatro cirujanos, uno de ellos procedente de lugares tan lejanos como Londres. Todos opinaban que cualquier intento de quitarle el plomo a la espalda al duque pondría en peligro su vida. Claramente, su columna estaba dañada y nunca volvería a caminar incluso si sobreviviera a la cirugía.

—Te lo dije —fue la respuesta del duque—. Hemos perdido el tiempo que podríamos haber empleado comprándome una de esas sillas de Bath.

Tan pronto como expresó esta queja, inmediatamente decidió viajar a Bath mismo para obtener dicha silla.

—Y por las aguas termales, supongo —añadió—. Nunca hemos estado allí, ¿verdad Dorothea?

Así, a pesar de las enérgicas objeciones de Philip, Jenny y él permanecieron en el patio de Wentworth Manor observando a dos lacayos sacar a su padre de la casa y subirlo a su carruaje.

La reacción de Lady Dorothea ante todos estos acontecimientos había sido nada menos que asombrosa. Después de las objeciones iniciales, dio un giro radical y se dedicó de todo corazón a organizar el viaje a Bath.

—Son como dos recién casados que van de luna de miel —le dijo Philip a Jenny después de que su sonriente madre lo besara y subiera al carruaje, luciendo más joven de lo que había parecido durante años.

—Nunca había visto a tu padre tan feliz —respondió ella—. Tal vez sea un alivio estar libre de sus responsabilidades ducales.

—Sí, ahora me las ha transmitido —se quejó su marido—. Me informó esta mañana que envió un mensaje al Regente con la inusual solicitud de que se me permita heredar el título antes de que mi padre muera.

—¿Se puede hacer eso ? —ella preguntó.

—Sólo el tiempo lo dirá —respondió—. Mientras tanto, no tengo mucha opción más que quedarme aquí y administrar la propiedad. No la luna de miel que tenía en mente, mi amor.

Jenny suspiró melodramáticamente.

—Pobre de mí ! Estoy atrapada en una mansión opulenta con un apuesto marqués que insiste en hacer lo que quiere conmigo. ¡Tendré que aprovecharlo lo mejor posible!

—Supongo —bromeó—. Tendré que resignarme a abandonar a mis pacientes en Hull y a mi investigación.

A pesar de los comentarios de su marido, Jenny percibió su entusiasmo por asumir sus responsabilidades como duque.

—¿Y no podrías hacerlo aquí?

—¿Quieres decir montar un laboratorio ?

—¿Por qué no?

Él la rodeó con sus brazos.

—Eres una maravilla, Jenny Fortescue. Pero, en serio, ¿cómo te sientes viviendo tan lejos de tu familia?

Ella puso su mano sobre su pecho.

—Tú eres mi familia, Philip.

* * *

—No tengo ninguna objeción a ir contigo —le dijo Beaufort a Warrick mientras bajaban las escaleras hasta el vestíbulo de Wentworth Manor.

A pesar de la insistencia de su padre en que su vida anterior en los barrios marginales de Hull ya no tenía ninguna importancia, Warrick estaba ansioso por que Beaufort no viera la choza en la que vivía. Nunca antes se había avergonzado de ello, pero ahora lo estaba y esa verdad no le sentaba bien.

También había muchas posibilidades de que un elegante carruaje ducal no saliera sano y salvo de los barrios marginales.

—Llevaré a los muchachos a la enfermería en Hull y ellos podrán recogernos allí.

—Muy bien —asintió su padre—. Si eso es lo que prefieres. ¿Anticipas que algunos de

tus huérfanos se negarán a acompañarte?

Warrick contuvo las ganas de reír.

—Bueno, Su Alteza, diría que si me dieran a elegir entre vivir en una mansión y...

Beaufort levantó la mano.

—Lo entiendo, pero desearía que me llamaras papá.

Warrick había intentado cumplir con esta petición antes, pero parecía no poder sacar la palabra de su boca.

—¿Podemos conformarnos con Beaufort?

—¡Ciertamente! Poco a poco, ¿eh?

—Pues sí —respondió Warrick, preguntándose si debería sentirse culpable por agradarle al hombre genuinamente agradable con el que había resentido durante la mayor parte de su vida.

La visión de Amelia Saxton esperando en el vestíbulo le hizo sonreír. Beaufort se había ofrecido a llevar a las mujeres Saxton a su casa en Beverly. Warrick esperaba con ansias la compañía de Amelia en su viaje al norte; su madre, no tanto.

—La gente educada dice *Sí*, no *Pues sí* —, dijo Lady Penélope, obviamente decidida a hacerle saber que lo desaprobaba.

—¡Qué maleducada, mamá! —Respondió Amelia.

—No te preocupes, Amelia —respondió Warrick. Supongo que tendré que aprender a hablar correctamente.

—No le he dado permiso para que se dirija a mi hija por su nombre de pila —declaró la señora Saxton.

—Le pedí a Warrick que me llamara por mi nombre de pila, mamá —, replicó Amelia cortésmente.

Lady Penélope resopló mientras tomaba el brazo de Beaufort.

—Vamos, Su Alteza. Ha sido muy amable al ofrecerse a llevarnos a Beverly.

—¿Lista, Amelia? —Preguntó Warrick, ofreciéndole el brazo.

—Estoy lista, Warrick —respondió con un brillo en los ojos.

* * *

INSTALÁNDOSE

— Sé que tienes sentimientos encontrados acerca de pasar la Navidad aquí solo conmigo como compañía —le dijo Philip a Jenny una semana después de que sus padres se fueran a Bath.

Hizo una pausa en el proceso de llenar el plato de desayuno de su marido con las sopas que había sobre el aparador.

—Tu compañía es todo lo que necesito y entiendo que es demasiado pronto para que abandones tus nuevas responsabilidades, aunque sea por unos días.

Philip se acercó a ella junto al aparador.

—También es comprensible que Alex se niegue a traer a su esposa embarazada al sur, a Ravensthorpe.

Si bien era cierto que Jenny esperaba con ansias su primera Navidad con Philip, nunca había celebrado la temporada festiva lejos de su familia.

—Esperaba que Amelia y mi madre hicieran el viaje hacia el sur pero, pero la carta que recibimos ayer cuenta que mamá se enfermó e insiste en que necesita que Amelia se quede en casa con ella.

—Pobre Amelia —comentó Philip tomando ambos platos y colocándolos sobre la mesa—. No me sorprendería que Lady Penélope sufriera un ataque de resentimiento. Estaba buscando una invitación para Beaufort, pero no la recibió.

Sonriendo, ella le dio una palmada en el brazo.

—Esa es mi madre de quien estás hablando.

—Lo siento —respondió con una sonrisa, frotándose el brazo.

—Creo que Amelia también esperaba ir a Beaufort —reflexionó Jenny.

Philip asintió.

—Atraída por Farrell, ¿crees?

—Se llevaban bien.

—En efecto.

Comieron sus huevos mimados y salchichas en amigable silencio, hasta que Philip preguntó.

—¿Cuál es tu opinión sobre darle a Algernon Weatherby la responsabilidad de algo?

Jenny dudaba que hubiera muchos caballeros con título que buscaran la opinión de sus esposas sobre cuestiones de administración de sus propiedades. Philip incluso le había solicitado ayuda para revisar la multitud de libros de contabilidad.

—Tienes mejor cabeza para las sumas que yo —había dicho. Estaba encantada de que él reconociera sus habilidades aritméticas.

—¿Qué tienes en mente para tu primo?

—Nada demasiado complicado. Es un tipo afable que probablemente podría hacer un buen trabajo sirviendo de enlace con los inquilinos, conociendo sus inquietudes, etc.

—Buena idea. Creo que tu padre lo aprobaría.

—Eso me recuerda —respondió, sacando un sobre de su bolsillo interior—. Esto estaba en el correo.

Abrió el sobre, sacó el contenido y se aclaró la garganta.

Queridos Philip y Jenny, espero que gocéis de la mejor salud. Por fin tengo mi silla de baño. Tu madre ha contratado a un lacayo fornido que me empuja a todas partes. Mis piernas todavía se niegan a funcionar, pero las aguas de aquí han demostrado ser reconstituyentes para

otras partes de mi anatomía, lo que agrada enormemente a tu madre. ¡Basta de charla! Hemos alquilado una casa adecuada. Debéis visitarnos algún día. Feliz Navidad, papá.

A Jenny no le sorprendió que Philip se quedara mirando la página durante un buen rato.

—Parece que tus padres se están divirtiendo —comenzó—. Obviamente planean quedarse en Bath por un tiempo .

Su marido negó con la cabeza.

—Apenas puedo creer que mi padre haya escrito esto. ¿Otras partes de su anatomía? Se ha vuelto senil.

—Al contrario —respondió ella—. Creo que está redescubriendo su juventud.

* * *

A lo largo de enero y febrero de 1820, Philip a menudo recordaba con cariño la mejor Navidad que jamás había celebrado. Su esposa y él habían pasado la mayor parte del tiempo en la cama, regalándose mutuamente el regalo de placeres sexuales apasionantes.

Una vez terminada la temporada festiva, Wentworth Manor se convirtió en un imán para la nobleza terrateniente de todo Lincolnshire y el sur de Yorkshire, que poco a poco se habían enterado de las noticias de los acontecimientos recientes.

La mayoría afirmó que habían venido a presentar sus respetos y transmitirle buenos deseos para la recuperación del duque. Después de la muerte del rey en enero, el principal tema de conversación fueron las especulaciones sobre la próxima coronación del Regente. El príncipe George había jurado *eclipsar a Napoleón* y aparentemente había enviado a un sastre a Francia para estudiar el traje de coronación del Emperador.

A pesar de todo el supuesto interés en la sucesión, Philip no se dejó engañar. Los visitantes habían venido principalmente para medirlo a él y a su futura duquesa.

En esto, Jenny no decepcionó. Insistió en que había aprendido a comportarse con el ejemplo de Eliza. Philip se dio cuenta de que ella tenía una habilidad innata para relacionarse con personas de diferentes niveles de la sociedad de una manera genuina, pero con un aplomo digno.

Muchos de sus visitantes pasaban la noche. Si bien Philip hubiera preferido una cena íntima con su esposa, se encontró disfrutando del papel de anfitrión y a Jenny claramente le encantaba recibir invitados.

Sin embargo, ambos esperaban con ansias el consuelo de los brazos del otro cuando finalmente les daban las buenas noches a los invitados y se retiraban a su habitación.

Después del primer grupo de visitas a principios de enero, la doncella de Dorothea sugirió discretamente llamar a Madame Fouquet para diseñar un vestuario adecuado para una marquesa. Beatrix se había convertido en la doncella de Jenny después de negarse a acompañar a su amante a Bath.

Con su habitual estilo vertiginoso, la modista creó rápidamente una selección de trajes de montar (aunque Jenny todavía tenía que aprender), vestidos de día, de noche y de fiesta, guantes, chales, sombreros y zapatos. Philip quedó impresionado favorablemente, pero fue ver a Jenny pavoneándose en ropa interior de encaje y bordado lo que le encendió la sangre.

Eliza se había quejado a menudo del gasto que suponía vestirse como una duquesa. Jenny se regocijaba lanzando una exclamación con cada nueva creación que entregaba la francesa. Llevaba su nuevo guardarropa con gracia digna, pero sin rastro de vanidad.

El amor de Philip por su esposa crecía a pasos agigantados cada día, confirmando lo que su corazón siempre había sabido: ella era la mujer adecuada para él.

* * *

Jenny aprovechó una mañana inusualmente cálida de principios de marzo para pasear por

los jardines de Wentworth, una parte hasta ahora inexplorada de su nuevo hogar. Estaba encantada de ver señales de la primavera: montoncitos de azafranes y campanillas bajo los árboles en brotes. Narcisos y tulipanes se alzaban desafiantes contra la fuerte brisa.

Se sentó en un banco y miró hacia la casa.

Los dictados de la sociedad de clase alta decían que ella no tenía derecho a estar ahí, ni a ser marquesa, ni a usar ropa cara y joyas costosas.

Sin embargo, sentía una sensación de pertenencia que nunca había sentido en ningún otro lugar. Ella volvía a su hogar.

Y fue el amor de Philip lo que la trajo a Wentworth, lo que le dio la confianza para encajar en su mundo y, al mismo tiempo, permanecer fiel a sí misma.

Había sido una tonta al dudar de él.

* * *

A finales de junio, llegó a Wentworth un visitante inesperado. Philip había escrito a Fotheringay explicándole sus nuevas funciones. Su contacto comprendería la necesidad de retirarse de su papel como agente de Whitehall. Por eso quedó asombrado cuando su antiguo superior fue hecho pasar a su estudio.

Nunca le había gustado ese tipo, pero *la nobleza obliga* y todo eso. Se levantó de su silla y le ofreció la mano.

—Bienvenido a Wentworth —dijo, esperando haber inyectado calidez genuina en sus palabras—. ¿Qué le trae a Lincolnshire?

—Reina Caroline —fue la respuesta inesperada.

Philip había oído rumores sobre el inesperado regreso de la escandalosa reina del exilio en Europa.

—Ya veo —dijo, aunque no vio la conexión en absoluto.

—Ella exige ser coronada Reina Consorte de Inglaterra en la coronación de George en agosto.

—No puedo imaginar que nuestro nuevo rey apoye esa idea. Odia a su ex esposa . Fotheringay asintió.

—Bueno, a pesar de los rumores de larga data sobre el estilo de vida inmoral de Caroline, ella se ha ganado una considerable simpatía pública.

Philipse rió entre dientes.

—Probablemente porque su marido es muy poco popular.

—Ella también se ha ganado el respaldo de los políticos de Whitehall

—Naturalmente. Forman la oposición al gobierno conservador .

—Exactamente. Promete ser una batalla real... eh... perdón por el juego de palabras.

Philip nunca había visto a Fotheringay intentar sonreír, pero su diversión duró poco cuando el tipo sacó su pipa. El espíritu guía de su padre impregnó el estudio. La perspectiva de que la habitación apestara a humo de pipa le revolvió el estómago.

—Lo siento, viejo amigo. Mi esposa no permite fumar en la casa.

Los ojos de Fotheringay se desorbitaron.

—¿No fumar ?

Philip no sintió la necesidad de explicar que el olor acre del humo del tabaco le revolvió el estómago a Jenny ahora que se encontraba en las primeras etapas de su primer embarazo.

Se alegró de ver a su visitante guardarse la pipa en el bolsillo, pero se estremeció cuando sacó la tabaquera. Ansioso por llegar al propósito de la visita, tanteó: —No estoy seguro en qué me concierne todo esto .

—A instancias del nuevo rey, el gobierno ha presentado un proyecto de ley en la Cámara de los Lores cuyo objetivo es privar a Su Majestad del título, prerrogativas, derechos, privilegios y exenciones de Reina Consorte del reino, y disolver el matrimonio entre Su Majestad y Caroline.

—Dios mío —respondió Philip.

—En efecto. Estos procedimientos adquirirán algo parecido a un juicio —continuó Fotheringay—. Esto llevará algún tiempo, por lo que la coronación se ha pospuesto hasta el verano del próximo año.

Philip podía imaginarse perfectamente la ira desenfrenada del nuevo monarca ante este giro de los acontecimientos. Estaba demasiado acostumbrado a salirse con la suya.

Fotheringay se aclaró la garganta.

—En lo que podría describirse como un continuo ataque de resentimiento, Su Majestad ha tomado varias decisiones que van en contra de reglas establecidas desde hace mucho tiempo. Por ejemplo, ha accedido a la petición de su padre de que asuma inmediatamente el título de duque de Wentworth. Su Majestad me pidió que entregara personalmente este documento oficial en sus manos.

Philip se quedó mirando la misiva adornada con cintas que le entregó Fotheringay. Éste había sido su destino desde su nacimiento, pero sintió que se le doblaban las rodillas cuando la responsabilidad de la gestión exitosa del ducado repentinamente lo golpeó con toda su fuerza.

Consideró la posibilidad de levantar físicamente a Fotheringay de su silla para poder correr al lado de Jenny con la noticia.

—Por cierto —dijo su visitante—. No hemos encontrado nada que sugiera que Middleditch conociera las intenciones traidoras de Peploe. Sin embargo, haremos que alguien lo vigile.

Las cosas parecían haber encajado, pero Philip tenía una última pregunta persistente. —No sabía que usted y mi padre se conocían.

—¿Quién creías que me recomendó? —fue su respuesta inesperada.

* * *

CEREMONIA DE INVESTIDURA

Mientras esperaba en la sacristía de la histórica catedral de Lincoln, Alex escuchó la fanfarria de las trompetas seguida de la atronadora proclama del heraldo real.

—Con la complacencia de Su Majestad. Su leal súbdito, el Más Noble Marqués de Clavering, habiendo demostrado con su valor, habilidad y fuerza en las armas su lealtad a este reino y, por lo tanto, por su propia capacidad, habiéndose ganado el título y patrimonio de Duque de este Reino, le hacemos entrega del galardón real y ser investido con las dignidades del alto cargo. Y en muestra de su continua lealtad a la Corona y el Trono de este Reino, el Marqués de Clavering entrega su espada al cuidado de Su Majestad.

—Esa es nuestra señal —le dijo Alex a Philip—. Por cierto, el uniforme todavía se ve bien.

Luciendo majestuosa con un impresionante vestido con incrustaciones de perlas especialmente diseñado para camuflar su vientre apenas perceptible, Jenny se puso de puntillas y besó a su marido.

—Estoy muy orgullosa de ti —dijo.

Eliza, que acababa de dar a luz sana y salva a su segundo hijo, acompañaría a su hermana a la catedral cuando llegara el momento. Alex sintió su corazón henchido. Completamente satisfecho de que él y su amigo de toda la vida hubieran encontrado a sus almas gemelas, tomó su lugar en el séquito de Philip.

Empujado en su silla de Bath por un lacayo real, Wentworth encabezó el séquito como portador de espada de su hijo. Con el manto ducal de Wentworth sobre los brazos extendidos, Beaufort lo siguió. Alex llegó el último, orgulloso de llevar ante él la corona que colocarían en la cabeza de Philip.

Wentworth usó ambas manos para sostener la espada que Philip había blandido contra los franceses en Waterloo. Alex se tragó el nudo que tenía en la garganta cuando el duque le entregó con orgullo la espada a Su Majestad, inclinó la cabeza y el lacayo lo hizo girar hacia un lado. El rey se liberó del trono tallado con cierta dificultad y apoyó la espada sobre los brazos.

Alex tenía la esperanza de que George IV resurgiera con más dignidad el día de su pospuesta coronación.

—Gente de Lincolnshire y de Inglaterra —entonó el rey—. Para comunicar el valor de este acto, nuestro Marqués de Clavering, que se lea la Proclama de Investidura.

El heraldo hizo un gran espectáculo al desenrollar un pergamino, se aclaró la garganta y anunció: —Proclamamos que por su valor, habilidad y fuerza en las armas, el Marqués de Clavering se ha ganado y merece el honorable y noble título y propiedad de Duque de Wentworth, con todos los honores y dignidades que corresponden a este rango. En reconocimiento de lo cual, firmamos la presente con Nuestra Firma y Sello, el día 6 de septiembre de 1820. George Rex, Rey del Reino Unido.

Philip se acercó al rey y se arrodilló.

—En señal de su nuevo estado —comenzó el rey George—. Que Su Alteza sea investida como corresponde a su puesto.

Beaufort pasó su carga a un escudero real que ayudó al rey a colocar el manto sobre los hombros de Philip. Luego, el monarca recuperó la espada y golpeó a Philip tres veces con la parte plana de la hoja: el hombro izquierdo, luego el hombro derecho y luego la coronilla.

—Mi señor duque, nos complace mucho que reciba el galardón ducal de nuestra mano.

—Mi Señor, de su mano me complace mucho recibirlo — respondió Philip obedientemente.

El rey hizo una seña a Alex, quien le pasó la corona entre sus dedos regordetes.

—Que Su Alteza sea coronado con la corona que simboliza su nuevo estado —declaró el monarca, colocando la corona en la cabeza de Philip.

—De ahora en adelante —declaró el ex Regente—. Será conocido como Duque de Wentworth en todo Nuestro Reino.

Philip se levantó. El Rey le entregó la espada y dijo:

—Devolvemos esta espada a su custodia, mi señor duque, y le encargamos que la use de ahora en adelante como lo ha hecho hasta ahora, de una manera noble y caballeresca.

—Mi señor, por mi honor, me comprometo a hacerlo —recitó Philip, envainando la espada en su vaina vacía.

El rey extendió la mano y dijo: —Bienvenido, hermano duque, a nuestra más noble orden

Philip hizo una reverencia y aceptó el apretón de manos.

A instancias del rey, estalló un estridente aplauso entre la multitud reunida para presenciar la inusual casualidad de que un nuevo duque fuera investido con el título mientras el antiguo duque todavía estaba vivo.

* * *

Mientras esperaba en la sacristía, Jenny escuchó los aplausos. Le irritaba que el protocolo exigiera que no presenciara la primera parte de la ceremonia, ¡pero estaba eufórica de que su Philip fuera ahora duque!

Eliza y ella se abrazaron.

—Emocionante —dijo su hermana mayor—. Y además obtendrás la investidura completa. Sólo hubo una breve mención de que me convertiría en duquesa cuando Alex y yo nos casamos.

Amelia besó la mejilla de Jenny.

—Te ves maravillosa. Como una duquesa.

—Preparémonos —instó Lady Penélope—. En fila. Amelia primero como portadora de la rosa —dijo, colocando a su hija menor cerca de la puerta—. Luego Eliza con la corona, ya que es duquesa y la única a la que se le permite llevarla.

—Y luego tú, mamá —dijo Eliza—. Portadora del manto.

Lady Penélope se acicaló y se deslizó hasta su lugar, con la túnica ducal sobre sus hombros.

—Ser la portadora del manto no significa usar la túnica tú misma —reprendió Eliza—. No eres duquesa, por lo tanto es un honor singular que se te haya permitido llevarla.

La madre de Jenny se quitó la bata con adornos de armiño.

—Pero soy madre de dos duquesas —dijo enfurruñada.

Respirando profundamente, Jenny se unió a la fila cuando escucharon la voz del heraldo.

—Con la complacencia de Su Majestad, Su más leal súbdita, Lady Jennifer Fortescue, la Marquesa de Clavering se atreve a acercarse a usted para recibir el Galardón Real y ser investida con los emblemas y dignidades del alto cargo de Duquesa del Reino.

Amelia encabezó la procesión por el pasillo central de la catedral. Jenny admiraba el porte digno de su hermana. Caminó con gracia y aplomo, a pesar de la presencia de cientos de testigos. Amelia se había convertido en una hermosa joven.

—En muestra de su lealtad a la Corona y el Trono de este Reino, la Marquesa entrega

esta rosa dorada al cuidado de Su Majestad .

Amelia le entregó la rosa al rey George. Jenny pensó que era triste que no tuviera una reina a su lado para recibirla, pero se rumoreaba que había pocas posibilidades de que eso sucediera.

—Que el heraldo lea la Proclamación de Investidura —dijo el Rey.

—Por la presente proclamamos que por su belleza, gracia y virtudes, la Marquesa de Clavering se ha ganado y merece el honorable y noble título y patrimonio de Duquesa de este Reino, con todos los honores y dignidades correspondientes. En reconocimiento de lo cual, firmamos la presente con Nuestra Firma y Sello el día 6 de septiembre de 1820, George Rex, Rey de este Reino Unido.

—En señal de su nuevo patrimonio, que Su Alteza sea investida como corresponde a su puesto.

Lady Penélope se adelantó, se detuvo frente a Jenny y cubrió los hombros de su hija con el manto ducal. Inusuales lágrimas brotaron de sus ojos mientras susurraba: —Estoy muy orgullosa.

Como había practicado muchas veces, Jenny se arrodilló ante el trono en el momento justo. Su temor desapareció cuando miró hacia arriba y vio a Philip de pie junto al rey. Parecía un dios olímpico cobrando vida con su túnica ducal y la corona en la cabeza. Y su duque le sonreía con los ojos llenos de amor.

El cetro real que se cernía sobre su cabeza devolvió su atención al proceso. El Rey la rozó con el cetro, a la manera de un caballero: hombro izquierdo, hombro derecho, coronilla.

—Mi señora duquesa, me complace que reciba este galardón de mi parte.

Jenny respondió según lo requerido.

—Mi Señor, estoy muy contenta de recibirlo.

—Que Su Alteza sea coronada con la corona que simboliza su nuevo estado —declaró el rey.

Eliza le entregó la corona. Para deleite de Jenny, se la pasó a Philip, quien dio un paso adelante y le colocó la corona en la cabeza.

—Hoy es un placer para mí hacerte duquesa —dijo su marido en voz baja.

Cuando finalmente cesaron los aplausos, Philip y Jenny se dieron la mano ante el trono.

—El duque Philip y la duquesa Jennifer —anunció el heraldo—, ¿Jurarán ahora lealtad a la Corona del Reino Unido?

—Lo haremos —respondieron al unísono.

LLÁMAME DOT

La sorprendente decisión del rey de no acompañar a los Fortescue al banquete de celebración en Wentworth Manor no disuadió a cientos de otros invitados de hacer el viaje desde Lincoln.

—Su ausencia puede incluso haber alentado a asistir a algunos que de otro modo no habrían venido —compartió Philip con su duquesa mientras el carruaje giraba hacia la avenida que conducía a la casa.

Mientras ayudaba a Jenny a descender, estallaron los aplausos. Beckley había reunido a todo el personal en las escaleras.

—Parecen realmente contentos por ti —dijo Jenny.

—Por los dos —respondió—. A mí me respetan. A ti te han llegado a querer.

El carruaje de sus padres llegó después. El lacayo contratado en Bath saltó desde atrás. El corpulento Briggs parecía haberse vuelto indispensable. El ex duque y él claramente se apreciaban. El hombre pronto lo tuvo a su cargo instalado en su amada silla de ruedas. Lady Dorothea lo supervisaba, cloqueando como una mamá gallina.

—Me cuesta creer que estas personas alegres sean mis padres —dijo Philip.

—Lo sé —respondió ella con una sonrisa—. En los dos días que llevan aquí, tu madre no me ha criticado ni a mí ni a ningún miembro de mi familia.

Philip se preguntó si eso estaba a punto de terminar cuando su madre lo llamó por su nombre. Se acercó, sorprendido al ver a Briggs sosteniendo a su maestro en posición vertical. Se tragó el nudo que tenía en la garganta cuando de repente se encontró envuelto en un cordial abrazo.

—Quería estar de pie para hacer esto —dijo su padre con voz cálida, dándole una palmada en la espalda—. Serás el mejor duque de Wentworth que haya habido.

—Ambos pensamos que así será —añadió su madre, uniéndose al abrazo.

Al no detectar el habitual y abrumador aroma de las fresas, pensó en preguntarle a Jenny más tarde si había notado alguna diferencia en su madre.

Estaban llegando más carruajes, así que se enderezó, ayudó a Briggs a acomodar a su padre en la silla, luego tomó el control y empujó a su padre hacia la casa que había evitado durante años. Ahora era como volver al hogar.

* * *

—Tenía el presentimiento de que vendrías —le dijo Eliza a Jenny cuando su hermana entró en la guardería de Wentworth Manor.

—Están llegando invitados y no puedo quedarme mucho tiempo

—respondió su hermana mientras se abrazaban—. Quería agradecerte por tu participación en la ceremonia. No imaginamos que viajaras al sur tan pronto después del nacimiento de Avery. Philip también aprecia mucho la participación de Alex. No habría sido lo mismo sin vosotros dos.

—Disparates. Para nosotros era importante desempeñar un papel en su investidura.

—Es difícil de creer, ¿no? ¡Dos de nosotras, las chicas Saxton, ahora somos duquesas, y ya le has proporcionado a Alex un heredero y ahora otro!

Se trasladaron al moisés donde Avery dormía tranquilamente.

—Es una pena que no hayas traído a Saxton también —susurró Jenny—. Habrá crecido desde la última vez que lo vi.

—Así es. Sin embargo, era mejor que lo dejáramos en casa con Nanny. Puede ser un problema ahora que gatea y yo no habría tenido la energía para estar con ambos.

—Imagínate —respondió Jenny, mirando a su alrededor—. Philip fue el último bebé que durmió aquí.

Eliza le dio unas palmaditas en el estómago a su hermana.

—Pronto tendrás tu propio pequeño al que acostar en esta guardería y lo entenderás.

Con lágrimas en los ojos, las hermanas se abrazaron de nuevo. Ambos se habían embarcado en la creación de nuevas familias con maridos que amaban y ya no necesitaban depender la una de la otra.

—Ahora debemos preocuparnos por Amelia —dijo Jenny.

—Esperemos que consiga un puesto de institutriz —respondió Eliza—. Es lo que siempre ha querido y eso la sacará de las garras de mamá

—Sí —concordó Jenny, rozando un beso en la frente de Avery— Parece bastante cautivada por Warrick Farrell, pero a él estaba tan incómodo en la ceremonia de investidura que no creo que ni siquiera se haya fijado en ella.

—Beaufort sigue insistiendo en la importancia de que Warrick se case con alguien con un título —dijo Eliza—. Para establecer su credibilidad como duque —.

—Entonces, no hay esperanza para Amelia —suspiró Jenny—. Uy, me tengo que ir.

Eliza besó la mejilla de su hermana y dijo: —Esperaré aquí a la niñera.

—Esa era tu tía Jenny —le susurró a su hijo recién nacido después de que su hermana se fue—. Llegarás a amarla tanto como yo.

* * *

Hasta el momento, las festividades se habían desarrollado sin problemas. Los invitados elogiaron la abundante comida, bailaron hasta que parecían a punto de desplomarse y levantaron copa tras copa brindando por los nuevos duques. La risa y la alegría del momento hicieron que Jenny estuviera deseosa de ser anfitriona de bailes y otros eventos sociales.

La madre y el padre de Philip parecían divertirse y agradecieron los buenos deseos expresados por muchos de los asistentes. Según todas las apariencias, las cosas habían cambiado. Jenny sintió que el ex duque ya no estaba resentido con ella. Sin embargo, siempre había encontrado a Lady Dorothea antipática e impredecible. Entre los ensayos para la investidura y la llegada de los Harcourt y su propia familia, sus caminos se habían cruzado raramente desde que sus suegros llegaron de Bath. Se preparó cuando lady Dorothea se acercó, preguntándose si su suegra había aprovechado la momentánea ausencia de Philip para menospreciarla.

La falta de una sonrisa la inquietó más, pero se sorprendió cuando la madre de Philip le tomó la mano y le dijo: —Te debo una disculpa, Jennifer.

Era inútil negarlo. Se le debía una disculpa, pero ella estaba tan estupefacta que se limitó a mirar sus manos juntas.

—He sido un snob insoportable. Debería haberme dado cuenta de que cumplirías tu promesa de hacer feliz a Philip.

—Lo dije en serio —fue todo lo que se le ocurrió decir.

—Lo sé. Para ser sincera, había olvidado qué era la felicidad hasta que mi marido perdió el uso de sus piernas.

Para mayor asombro de Jenny, ella se rió. ¡Se rió!

—Eso no suena del todo bien ¿verdad? Pero creo que sabes lo que quise decir. De repente me sentí útil y necesitada.

—Me alegro —respondió Jenny.

—Philip se enfrentará a desafíos en los próximos años a medida que las cosas cambien rápidamente en Inglaterra, pero es afortunado de haberte elegido como su esposa. Has aportado una perspectiva diferente. Al principio no lo vi, pero ahora sí.

—Gracias, Lady Dorothea —dijo Jenny, demasiado atónita para encontrar una respuesta más elocuente.

—Oh, llámame Dot, por favor. Siempre he odiado el nombre Dorothea.

* * *

— Mi madre no te estaba acosando, ¿verdad? —preguntó Philip cuando regresó a su lado con un vaso de ponche.

—Quiere que la llame Dot —respondió.

No pudo ocultar su sorpresa.

—¿De verdad? Es un honor. Pocas personas pueden llamarla así.

—Creo que le estoy empezando a gustar.

—¿Cómo no le vas a gustar? —Preguntó, acariciando su cuello.

—Eres demasiado imparcial —respondió ella.

Se dio cuenta de que ella sólo estaba fingiendo que no disfrutaba de sus atenciones.

—¿Y por qué no? Eres mi duquesa y, además, magnífica.

—Debo decir que hoy las cosas han ido bastante bien.

—Efectivamente así es, y estoy seguro de que podemos olvidar la noción de una gran boda y un gran banquete después del éxito de este evento.

—Estoy totalmente a favor de eso —fue su respuesta.

Él se colocó detrás de ella y le rodeó la cintura con los brazos.

—¿Crees que alguien se dará cuenta si nos escapamos? —susurró cerca de su oído. El aroma de las rosas invadió sus fosas nasales.

—¿Por qué querríamos hacer eso? —bromeó, despertando un interés aún mayor bajo su vientre.

—Porque soy duque y quiero hacer el amor con mi duquesa por primera vez.

—Hemos hecho el amor muchas veces —respondió ella, recostándose contra él.

—Ah, pero yo era sólo un marqués y tú una marquesa. ¡Gran diferencia!

INSACIABLE

Al final, pasaron varias horas más antes de que los últimos invitados se fueran o se retiraran a pasar la noche y el duque y la duquesa de Wentworth pudieran buscar su cama. Philip había pospuesto la mudanza a la habitación de su padre hasta que sintió que tenía derecho a hacerlo. Ésta sería su primera noche en una cama extraña: aquella en la que Philip había sido concebido.

Habían despedido a su ayuda de cámara y a la doncella de ella, prefiriendo ayudarse mutuamente a desvestirse en esa noche especial.

—Ya sabes —dijo Philip, quitándose las botas mientras se aflojaba la corbata—. La mayoría de las parejas ducales tienen dormitorios separados. Se sorprenderían al saber que nosotros no.

—Qué lástima por ellos —respondió Jenny, descalzándose para quitarse las medias—. Supongo que es comprensible que un duque no esté enamorado de su duquesa.

—Esa no es necesariamente la raíz del problema —continuó, sacándose la chaqueta—. Mis padres tenían habitaciones separadas desde que tengo uso de razón. Mi madre dormía en la habitación de al lado.

—Bueno, deben haber dormido juntos en esta cama al menos una vez —bromeó.

Se desabrochó los pantalones y se los bajó hasta las caderas.

—¡Ja ja! Lo que quiero decir es que aquí comparten dormitorio y sospecho que duermen juntos en su casa de Bath.

—Me estás distrayendo —se quejó cuando rápidamente se hizo deliciosamente obvio que no llevaba calzones—. ¿Imagino que usaste ropa interior para la investidura?

—Eso es algo que yo debo saber y tú debes preguntarte.

—Eres incorregible —respondió ella. Él la conocía demasiado bien ¡eso la habría preocupado durante semanas! ¡Si lo hubiera sabido en ese momento, podría haberse desmayado!

Se despojó de la camisa y se paró desnudo ante ella. Ella alcanzó con avidez su impresionante erección, pero él la giró para poder desabrocharle los botones del vestido.

—No te preocupes —dijo—, no estoy abogando por habitaciones separadas.

—Espero que no. En serio, la percepción de la mayoría de los plebeyos es que las parejas nobles no duermen juntas.

—Bueno, ese no será el único comportamiento aristocrático típico que tú y yo cambiaremos.

—El futuro es emocionante y un poco aterrador —suspiró, sus pezones clamaban por sus labios mientras él le bajaba el corpiño.

Como siempre, él sintió su necesidad e inclinó la cabeza para succionar la tela transparente de su camisola.

Ella gimió cuando el familiar dolor del anhelo se apoderó de su cuerpo y alma.

* * *

Como cualquier joven sano, Philip tenía impulsos. De vez en cuando lo habían tentado a acostarse con una conocida. Pero la tentación había ido y venido sin mucha angustia por su parte. Con Jenny, se encontraba en un perpetuo estado de excitación desenfrenada.

¡No es que a ella le importara! De hecho, su respuesta generosa e inmediata siempre lo estimuló. Ambos eran insaciables.

—¿Crees que esta necesidad constante de estar dentro de ti algún día desaparecerá? —.

Preguntó mientras la ayudaba a quitarse el vestido y la camisola.

—No —respondió ella agitando sus largas pestañas mientras se recostaba sobre las sábanas, completamente desnuda, con las piernas bien abiertas.

—Creo que tienes razón —dijo mientras se arrodillaba entre sus piernas—. ¿Cómo puede un hombre cansarse de esto?

No había duda de lo que ella quería y él estaba feliz de chupar los jugos íntimos de su esposa.

Su cuerpo ardía, al igual que el de Philip. Jenny clavó los talones en el colchón, gimiendo mientras se agarraba a las sábanas. Él tenía la intención de probar algo nuevo, algo de lo que había oído alardear a sus compañeros oficiales del ejército, para prolongar su placer y retrasar su final, pero optó dejarlo para otra ocasión. El aroma de su clímax que se acercaba le tenía el falo a punto de explotar.

Sin embargo...

Sintiendo que ella se acercaba al orgasmo, sacó la lengua del interior de su dulce canal y se sentó en cuclillas. Los ojos de Jenny se abrieron de golpe. No parecía contenta, de hecho, *exasperada* la definiría mejor. Por su culpa. ¿Debería explicarle que deseaba prolongar su placer? Haz que dure.

Luego sonrió lánguidamente y él felizmente volvió a su tarea. Pronto, ella estaba gritando su nombre, rogándole que entrara.

Los cálidos y palpitantes músculos de su duquesa le dieron la bienvenida mientras empujaba profundamente, sintiéndose totalmente el poderoso duque que estaba destinado a ser.

EPÍLOGO

— Qué niño tan hermoso —canturreó la madre de Philip mientras miraba a su nieto gorgoteando—. Rubio como su papá. Rollie se habría sentido muy orgulloso.

Philip y Jenny habían decidido llamar a su primer hijo Rowland Alexander en honor a su difunto padre y a su amigo de toda la vida. Esperaban que Rowland y los chicos Harcourt se convirtieran en mejores amigos como sus padres. Sin embargo, Philip estaba dudando sobre el nombre si eso significaba que terminase llamándose Rollie. Antes de que dispararan al duque, la madre de Philip siempre se refería a él como Rowland. Y él la llamaba Dorotea. Pero eso cambió cuando se mudaron a Bath. De repente él se convirtió en Rollie y ella en Dot.

Había anticipado meses de llanto y lamentos melodramáticos cuando su madre pidió que la permitieran permanecer en Lincolnshire y vivir en una de las casas después del funeral de su marido. Sin embargo, parecía contenta con su nuevo hogar y, a menudo, los obsequiaba con divertidas historias de sus aventuras en Bath.

—Rollie sabía que la bola de plomo eventualmente lo mataría —confió—. Pero cómo lo pasamos aprovechando al máximo los meses que nos quedaban...

Philip no podía discutir esa lógica. Lo hizo comprender la importancia de vivir cada día al máximo. Rowland Fortescue, duque de Wentworth, se había sacrificado voluntariamente para salvar a su hijo. Philip tenía que honrar eso. Se preguntó qué sacrificios tendría que hacer por su bebé en la cuna, que empezaba a agitarse.

La partera había ordenado a Jenny que permaneciera en cama unos días, pero a ella le irritaba el encierro.

—Me siento bien —insistió—. Quiero estar activa.

Philip pensó que se veía más que bien. Resplandeciente fue el adjetivo que me vino a la mente. Sin embargo, no iba a discutir la actitud inflexible de la partera de Raventhorpe. Incluso la temible Jenny parecía sentirse intimidada por la robusta mujer.

Unos gritos estridentes les hicieron saber que Rowland quería que lo alimentaran. Philip esperaba que su madre captara la indirecta y se fuera. Solía excitarse viendo a su esposa amamantar a su hijo. Un hombre no quisiera que su madre lo viera salivando ante los adorables globos de su esposa. Totalmente fuera de lugar, incluso para la nueva y mejorada versión de Lady Dot.

Exhaló un suspiro de alivio cuando la viuda besó la mejilla de su esposa y dijo: —Os dejaré a los dos tortolitos en paz. Gracias por este maravilloso regalo, Jenny .

—Me alegro de que tenga al menos una abuela cerca, Dot —, respondió su esposa con una sonrisa genuina.

Cuando se fue, Philip casi esperaba un comentario cortante sobre la otra abuela de la niña, pero no hubo ninguno. ¡Cómo habían cambiado las cosas!

Decidido a seguir el ejemplo de Alex y desempeñar un papel en la educación de su hijo de un día, Philip levantó con cuidado a Rowland de su cuna, contento de que cada vez tuviera más confianza en la tarea.

—Paciencia, hombrecito, tu mamá está aquí —susurró mientras caminaba hacia Jenny.

Su miembro dio el predecible saludo cuando su esposa descubrió uno de sus hinchados senos. Colocó al bebé en sus brazos y lo miró asombrado mientras mamaba con avidez.

—Obviamente no necesita ninguna lección de mi parte en ese sentido —dijo.

—No te preocupes —respondió ella con una sonrisa descarada. —Ya llegará tu turno.

Solo tienes que ser paciente.

—Para ti es fácil decirlo —dijo.

NOTAS A PIE

William Middleditch

Basé este personaje en el activista William Godwin. Wikipedia tiene una gran cantidad de información sobre este influyente personaje.

https://en.wikipedia.org/wiki/William_Godwin

Hasta donde yo sé, Godwin nunca vivió en Hull. Tampoco participó nunca activamente en complots contra la monarquía.

Por razones obvias, Godwin utilizó seudónimos cuando escribía para niños. Como 'Edward Baldwin, Esq.', Godwin se hizo un nombre como formador del conocimiento juvenil. La obra más popular de Baldwin, *Fábulas antiguas y modernas* (1805), fue una revisión de las fábulas de Esopo con un toque libertario.

Las fábulas pasaron por diez ediciones británicas en 1824, así como varias en Estados Unidos. En 1806 apareció una traducción al francés de Mary Jane Godwin.

Otras producciones de Baldwin incluyeron *El Panteón* (1806), en la que subvirtió la moral cristiana al hablar de las bellezas de la mitología griega. El libro presentaba imágenes de dioses y diosas desnudos. (En ediciones posteriores después de que los maestros protestaran, estaban vestidos). Baldwin también escribió tres libros escolares de historia (de Inglaterra, Grecia y Roma) que transitan por una delgada línea entre la tradición y la provocación.

En la *Historia de Inglaterra* (1806), rompió la secuencia de sucesión legítima de los reyes y reinas de Inglaterra al incluir al Lord Protector, Oliver Cromwell.

Irónicamente, el subtexto político de los libros escolares de Baldwin era tan sutil que fueron elogiados por muchos críticos conservadores, que nunca cuestionaron la identidad del autor. La popularidad de Godwin entre sus antiguos enemigos divirtió mucho al aristócrata Whig Lord Holland, quien escribió la famosa frase:

Los buenos libritos en los que a nuestros maestros y señoritas se les enseñaban los rudimentos de la historia profana y sagrada, bajo el nombre de Baldwin, eran en realidad composición de Godwin, tildado de ateo por aquellos que sin saberlo compraron, recomendaron y enseñaron sus lecciones elementales. .

Godwin fue el padre de Mary (Arbor en mi historia), quien más tarde se casó con el poeta Percy Bysshe Shelley. Ella, por supuesto, escribió la novela *Frankenstein* como resultado del desafío de escribir una historia de terror. Este reto fue entre Mary, su marido y Lord Byron.

* * *

La biblioteca juvenil

La editorial de Godwin en realidad se llamaba Biblioteca Juvenil. Estaba ubicada en Skinner Street, pero en Londres, no en Hull. A Mary Jane Godwin se le atribuye la traducción de *Swiss Family Robinson* al inglés. De hecho, Aaron Burr visitó el salón de los Godwin.

<https://pamelaclemmit.wordpress.com/2019/10/08/new-post-william-godwins-juvenile-library-in-the-idler/>

* * *

Mary Wallwork

Basé este personaje en la primera esposa de Godwin, Mary Wollstonecraft.

https://en.wikipedia.org/wiki/Mary_Wollstonecraft

* * *

Viruela

<https://www.who.int/news-room/spotlight/history-of-vaccination/history-of-smallpox-vaccination?>

Incluí la mención de no vacunar a las mujeres embarazadas por motivos personales. En el curso de mi investigación genealógica descubrí que mi bisabuela murió de viruela en 1881. Dadas las edades de los tres niños pequeños que dejó, creo que probablemente estaba esperando su cuarto hijo cuando se vio obligada a someterse a la prisión obligatoria. Por supuesto, las vacunas de todo tipo han mejorado mucho desde entonces.

El marido de Alice murió menos de un año después (no de viruela). Mi abuelo y sus hermanos fueron enviados entonces a vivir con sus abuelos, circunstancia que tendría un efecto duradero en su vida y, en consecuencia, en la mía.

* * *

Alumbrado público a gas

<https://www.mcgill.ca/oss/article/technology-general-science/electricity-streets-were-filled-gas-lights>

Ley de reforma de 1832

Una reforma tangible no se produjo hasta la Ley de Reforma de 1832, que, entre otras cosas, transfirió la representación de los barrios despoblados a los distritos industrializados. Esto redujo el poder de la corona británica y de la aristocracia terrateniente.

* * *

La locura de George III

Las investigaciones modernas sobre los registros que llevaban los médicos y sirvientes del rey sugieren que George III no estaba loco en absoluto. Se cree que padecía un trastorno bipolar. Las sangrías, los purgantes, el encierro y las sanguijuelas que soportó nunca habrían equilibrado su mente trastornada. Se cree que los episodios maníacos, a veces violentos, pueden haber sido provocados por la muerte de sus dos hijos menores. George tuvo quince hijos y se dice que fue un padre devoto. Después de la muerte de sus hijos, encargó un retrato de Alfred y Octavio siendo recibidos en el cielo por ángeles. Lo colgó donde lo vería todos los días al levantarse de la cama. Su dolor debe haber sido intenso.

La Revolución Francesa había sumido a Europa en la confusión. Las masas exigían reformas. Los periódicos que contenían historias de acontecimientos nacionales e internacionales eran cada vez más accesibles. Gran Bretaña había perdido en gran medida las colonias americanas. Era una época desafiante y potencialmente peligrosa para ser rey. Una carta escrita a mano por George y encontrada en sus documentos reales decía que se consideraba un monarca fallido y tenía la intención de dimitir. Un acontecimiento así no había ocurrido en Inglaterra desde hacía más de mil años y no habría hecho más que aumentar la turbulencia de la época. Es una indicación del enorme estrés al que estaba sometido George. Al final, la abdicación no se produjo. Su hijo mayor finalmente vio la oportunidad de hacerse con el poder y se convirtió en Regente. ¡Y el resto es historia!

* * *

Descontento social e intentos de asesinato

Mucho antes de la aparición de sus problemas mentales, George III fue atacado por una mujer que empuñaba un cuchillo llamada Margaret Nicholson. No resultó herido. Mientras se la llevaban a rastras, instó a sus captores a no hacerle daño. En consecuencia, no fue ahorcada por el delito, sino que pasó el resto de su vida en una institución para locos.

El único incidente registrado de un complot contra George IV se conoce como la *Conspiración de Cato Street*. Los detalles simplistas de Derrick Peplow sobre cómo los revolucionarios atacarían al Regente en Harrowby Hall provienen de esa conspiración. Irónicamente, el complot de Cato Street fue orquestado por un agente provocador a sueldo del gobierno.

<http://www.historyhome.co.uk/c-eight/distress/riots.htm>

Este sitio tiene información sobre otros ejemplos de disturbios, así como la debacle de la reina Caroline y el ataque al carruaje del Regente en 1817.

https://en.wikipedia.org/wiki/Cato_Street_Conspiracy

* * *

Sociedad correspondiente de Hull

Basé esta organización ficticia en la Sociedad Correspondiente de Londres.
https://en.wikipedia.org/wiki/London_Corresponding_Society

* * *

Investir un duque

Por supuesto, una investidura como la de Philip era muy improbable. Simplemente no podía con la idea de matar a su padre en un punto en el que los dos hombres se estaban reconciliando.

[\[P1\]](#)

[\[P2\]](#)